



DIPLOMÁTICOS,
ARQUEÓLOGOS Y
AVENTUREROS



LUIS FRANCISCO MARTÍNEZ MONTES

LUIS FRANCISCO MARTÍNEZ MONTES

Diplomático y escritor. Ha estado destinado en la embajada de España en Kazajstán; en la Representación Permanente de España ante la OSCE, en Viena; en la Representación Permanente de España ante Naciones Unidas, en Nueva York y en la Representación Permanente de España ante la Unión Europea, en Bruselas. Ha sido Asesor Ejecutivo para asuntos Parlamentarios en el Gabinete del Ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación y asesor en el Gabinete del Secretario de Estado de Asuntos Exteriores e Iberoamericanos. Es autor de los libros *Historias del mundo. La gran aventura de la diplomacia española*; *España. Una historia global*; *Los Estados Unidos y el ascenso de China*; *España, Eurasia y el nuevo teatro del mundo*; *A Game at Chess: the Grand Strategy of the Spanish Empire* y co-autor de *Apuntes sobre el Ártico y La disputa del pasado. España, México y la Leyenda Negra*.



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN

MAN
MUSEO
ARQUEOLÓGICO
NACIONAL

SUBSECRETARÍA

Secretaría General Técnica

Vicesecretaría General Técnica

Área de Documentación y Publicaciones

© Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, para esta edición.

© Luis Francisco Martínez Montes

© de las imágenes: los autores y/o las instituciones.

Este libro se ha realizado con la inestimable colaboración del Museo Arqueológico Nacional.

•NIPPO en papel: 108-20-051-5

•NIPPO en línea: 108-21-010-7

•Depósito Legal: M-30518-2020

•ISBN: 978-84-95265-94-4

Diseño: Pilar Seidenschnur

Impresión: Gráficas 82

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor.

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado: <https://cpage.mpr.gob.es/>

En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro reciclado y/o papel de fibra virgen de bosques gestionados de manera sostenible con el certificado “FSC”, de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.

A tenor de lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, no está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de su uso, sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo aquellas copias que se realicen para su uso exclusivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación.

Imagen de cubierta: máscara funeraria egipcia perteneciente al Imperio Nuevo (Dinastías XVIII a XX). Colección Toda i Güell. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

Í N D I C E

PREFACIO 7

SOBRE RUINAS E IMPERIOS 8

EL CAMINO A PERSIA 40

ATARDECER EN PERSÉPOLIS 58

EN COMPAÑÍA DE HERODOTO 86

UN RENACIMIENTO EGIPCIO 120

LA TUMBA DEL ARTESANO 150

BIBLIOGRAFÍA 190



PREFACIO

Desde inicios del siglo XVI, cuando el humanista Pedro Mártir de Anglería visitó las pirámides de Guiza en el transcurso de su *Legatio Babylonica*, pasando por la descripción de las ruinas de Persépolis por el embajador García de Silva y Figueroa en el siglo XVII, hasta los viajes, ya en el siglo XIX, de los vicecónsules Adolfo Rivadeneyra por Mesopotamia y Persia y Eduard Toda a través de Egipto, la diplomacia ha estado ligada al nacimiento y primeros pasos de la arqueología española en el Mediterráneo oriental y Oriente Medio. Las colecciones de antigüedades reunidas por varios de nuestros diplomáticos e incipientes arqueólogos contribuyeron a nutrir las salas de los gabinetes y museos españoles consagrados a conservar, estudiar y divulgar el fascinante legado de la cuna de las civilizaciones, entre ellos, de forma prominente, el Museo Arqueológico Nacional. Este libro recoge algunos episodios significativos de esta historia, situándolos en el más amplio ámbito geopolítico e intelectual en el que tuvieron lugar. Su modesto fin no es otro que recordar la vida y la obra de algunos compatriotas que, pese a las incomprensiones y dificultades a menudo encontradas en el transcurso de sus aventuras, nunca perdieron su vocación por ir siempre más allá en la búsqueda del conocimiento, en el servicio a su país y en la consecución del mejor entendimiento entre los pueblos. A ellos, y a los arqueólogos de ayer, hoy y mañana, desde el respeto y la admiración, están dedicadas estas páginas. Si, como decía Eurípides, es afortunado quien enseña la historia, más aún ha de serlo quien la despierta del sueño de los siglos y la devuelve a la vida.



SOBRE RUINAS E IMPERIOS

Mi más temprana pasión intelectual fue la arqueología. Hay una razón, deudora del azar, para que así fuera. El primer museo que visité con mi clase de EGB, a principios de los ya lejanos años ochenta del pasado siglo, fue, incluso antes que el Prado, el Museo Arqueológico Nacional en Madrid, el legendario MAN. Recuerdo con trepidante nostalgia el descenso a la angosta cueva, situada en el jardín de la entrada, donde se exponían algunas réplicas de las pinturas de Altamira y aún guardo la indeleble impresión que me produjo contemplar el enigmático rostro de la Dama de Elche en las salas consagradas al arte ibérico. Aquella excursión escolar me marcó para siempre.

Ya adolescente, mi biblioteca pronto contó entre sus modestas joyas con el clásico de C.W. Ceram *Dioses, tumbas y sabios* y con la obra no menos fascinante de Samuel Noah Kramer *La historia comienza en Sumer*. Mi memoria todavía evoca las deliciosas horas estivales, bajo el sol del Mediterráneo, dedicadas a adentrarme *En el país de los mayas* y allí descubrir con Pierre Ivanoff ocultos templos precolombinos en las profundidades de la selva lacandona; o a gozar con las *Quince aventuras de la arqueología* recreadas por Claude Appell y traducidas en España por la editorial juvenil Publicaciones Fher, imprescindible, junto con la mítica Editorial Juventud, para los miembros de mi generación apasionados por los libros y ávidos de aventuras. Leer aquellos episodios tan vívidos sobre el hallazgo de tesoros aztecas en los cenotes mexicanos o sobre las excavaciones que permitieron sacar a la luz las ruinas de Nínive o Ur, en Mesopotamia, excitaron mi imaginación incluso más que las novelas o cuentos recomendados

◆ Bajorrelieve de un templo de Nimrud, en Iraq, grabado en la obra del diplomático y arqueólogo británico Austen Henry Layard, *A Second Series of the Monuments of Nineveh*. Editorial Murray, Londres, 1853.



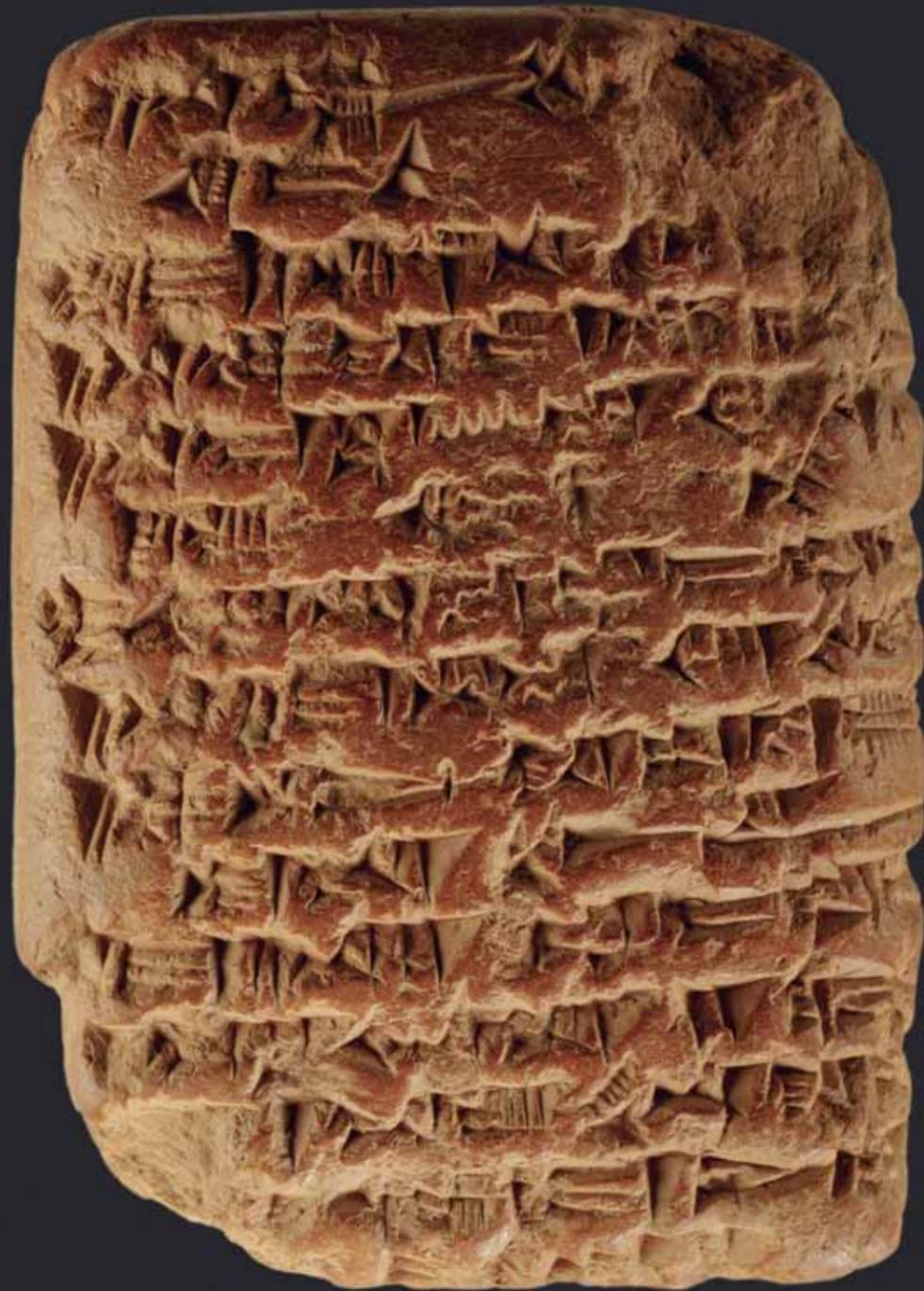
◆ Adolfo Rivadeneyra, por Arturo Carretero. *La Ilustración Española y Americana*, 1882 / Juan de Dios de la Rada, Museo Arqueológico Nacional, Madrid. / Eduard Toda con el uniforme reglamentario de vicecónsul español (1883). Museu de Reus Salvador Vilaseca.

en las clases de literatura. Sin duda, pasados los años, contribuyeron a orientar mi vocación hacia una Carrera, la diplomática, eminentemente viajera y en la que el conocimiento del pasado, incluso del más remoto, forma parte del bagaje indispensable para comprender el presente y atisbar el apenas previsible futuro de los países a dónde me han llevado los avatares de una vida nómada. Ha sido en el transcurso de ese deambular por el mundo cuando he tenido ocasión de encontrarme, a veces en las circunstancias más peregrinas, con las huellas de varios compatriotas —García de Silva y Figueroa, Eduardo Ribadeneyra, Eduard Toda o Juan de Dios de la Rada— en quienes convergieron la pasión por el redescubrimiento del pasado y el servicio público en el exterior, aunque en circunstancias muy distintas a las actuales, pues sus ricas biografías se desplegaron, en el caso de Silva y Figueroa, entre los siglos XVI y XVII y, en la de los otros tres personajes, entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, coincidiendo en estos últimos casos con el despertar de la arqueología como ciencia moderna.

Fue mientras investigaba para escribir una obra previa, *Historias del mundo. La gran aventura de la diplomacia española*, cuando me vino la idea de ampliar uno de sus capítulos, el dedicado al papel de la diplomacia española decimonónica en la formación de las colecciones del Museo Arqueológico Nacional, y darle forma de libro, introduciendo referencias a los precedentes y al contexto histórico en el que tuvieron lugar las aventuras de nuestros protagonistas. Podía para ello aprovechar los documentos que, gracias a su excelente personal, había frecuentado en la rica biblioteca y archivos del MAN, así como los admirables estudios de los autores que a aquellas ilustres figuras han consagrado parte de sus desvelos. A ambas fuentes habría de sumar, por supuesto, los relatos donde los propios viajeros habían narrado sus expediciones por tierras del Mediterráneo oriental, Egipto, Mesopotamia y Persia, muchos de ellos hoy accesibles en la Biblioteca Digital Hispánica y objeto de renovadas ediciones. Material no iba a faltar, así que era cuestión de pasar del proverbial dicho al más exigente hecho. El resultado lo tiene el lector en sus manos.

Este libro es, por tanto, la respuesta a una doble llamada que es, también, invocando a Octavio Paz, una llama doble: la de la diplomacia y la de la arqueología. No en vano, ambas disciplinas están más cerca de lo que pudiera parecer a primera vista. Algunos de los documentos más antiguos exhumados del polvo de los siglos tienen que ver con las relaciones establecidas desde el segundo milenio a.C. por Egipto con otros Estados vecinos, ya fueran independientes o tributarios. La llamada *Correspondencia de Amarna*, pues toma su nombre de la antigua capital egipcia donde las cartas fueron encontradas a finales del siglo XIX, constituye uno de los primeros testimonios escritos de la diplomacia entendida, en su acepción tradicional, como la ciencia, y el arte, que se ocupa de las relaciones pacíficas entre comunidades políticas soberanas, pero, al mismo tiempo, interconectadas por una miríada de redes materiales, intelectuales y espirituales.

En una de esas cartas, escrita sobre una tablilla de arcilla en asirio, el rey Ashur-uballit se dirige a un innombrado faraón, probablemente Akhenatón, anunciándole la partida de un enviado con regalos preciosos y rogándole que le deje retornar sano y salvo a su lugar de origen:



“He enviado a mi mensajero para visitarte y ver tu país. Lo que mis antepasados no hicieron, lo hago hoy; le acompañan como presentes un bello carro, dos caballos, una piedra preciosa tallada y un abalorio de lapislázuli en forma de dátíl. No retengas a mi legado, pues le he enviado solo para rendirte visita. ¡Que pueda ir y regresar! ¡Que pueda conocer tu parecer y observar la situación de tu país y tras concluir su misión déjale partir!”

El rey asirio solicitaba así que a su embajador o legado le fueran concedidas por el faraón la inmunidad e inviolabilidad personales que le permitieran cumplir con su misión y regresar incólume a su patria. Algo que no era del todo evidente en la época, pues otras cartas también halladas en Amarna relatan el asesinato de diplomáticos durante sus viajes e incluso en una de ellas un rey se queja amargamente de que sus enviados sean retenidos en el país anfitrión hasta el final de sus días. Desde luego, un destino muchas veces trágico y muy alejado del tópico del diplomático dado a la buena vida que todavía prevalece en algunos medios.

Sucesores de aquellos lejanos diplomáticos cuyos nombres nos son desconocidos y que tan a menudo se dejaban la vida portando los mensajes y regalos de sus soberanos a través de inmisericordes desiertos, impredecibles cursos fluviales y altivas cordilleras, otros, relativamente más cercanos a nuestros días, recorrieron durante el siglo XIX los mismos paisajes, pero con un propósito muy distinto y sirviendo a otros señores. Heraldos y representantes de las potencias occidentales que competían para imponer su hegemonía o influencia sobre las civilizaciones antaño poderosas de Egipto, Mesopotamia o Persia, su afán fue exhumar las ruinas y tesoros que yacían entre la arena y el olvido desde hacía milenios.

En el tiempo libre que les dejaban sus quehaceres oficiales, o a veces instruidos al efecto desde sus propias capitales, diplomáticos y cónsules británicos, franceses y, más tarde, alemanes, italianos o, como el caso que nos ocupa, españoles trocaban los uniformes de gala por trajes de fatiga y las plumas y cartapacios por picos y palas para lanzarse a descubrir palacios, templos y tumbas. Entre ellos, había algunos guiados por

¹ Spar, Ira (editor), *Cuneiform Texts in The Metropolitan Museum of Art. Volume I: Tablets, Cones, and Bricks of the Third and Second Millennia B.C.* Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1988.

la curiosidad y, en los mejores casos, por un genuino afán de conocimiento científico. Otros, sin embargo, tan solo actuaban movidos por el ánimo de lucro e instigados por la desaforada rivalidad colonial entre sus países de origen.

Conviene evocar, siquiera brevemente, la historia de los escenarios donde se desarrollaron las vidas de nuestros protagonistas y el marco geopolítico y científico decimonónico en el que tuvieron lugar sus aventuras. Un marco en el que España estaba destinada, ya en la recta final de su largo ciclo como potencia global y en medio de las vicisitudes de una política interior y exterior accidentada, a desempeñar un papel secundario, pero aun así digno de evocación y estudio. No en vano, durante el siglo precedente, el ilustrado siglo XVIII, España todavía había conseguido mantenerse como el mayor Imperio ultramarino occidental y enviado docenas de expediciones científicas alrededor del orbe. No todo se perdió en el tránsito al nuevo siglo. Quedó, entre algunos de nuestros mejores compatriotas, el afán de salir al mundo, conocerlo y divulgar entre las generaciones presentes y futuras las noticias de lo que habían visto, oído y aprendido durante sus viajes.

Comencemos nuestra excursión, sin más demora, por la situación de Oriente Medio, entonces dominado en su mayor parte por el Imperio otomano, quizá el menos conocido y el más vilipendiado de los que alcanzaron el umbral de nuestro tiempo. Recordemos que, desde su base en Anatolia, los otomanos habían conseguido extender su poder sobre las tierras y pueblos árabes desde que en el siglo XVI derrotaron al poderoso Imperio mameluco, con capital en Egipto. El hito en su ascenso fue su victoria en la batalla de Marj Dabiq, librada en agosto de 1516. Esa batalla está hoy casi olvidada, pero fue una de las más decisivas de la temprana Edad Moderna. En ella se decidió nada menos que la suerte de Oriente Medio durante los siguientes cuatro siglos. Los mamelucos, de goyesca fama, pues Napoleón los usó para cargar en 1802 contra los alzados en Madrid para frenar la ocupación francesa, habían sido en origen una casta de soldados extraídos de tierras cristianas por los ejércitos musulmanes, convertidos en esclavos y adiestrados en el arte militar. Con el tiempo, se convirtieron en la principal vanguardia islámica contra los cruzados y contra los mongoles y terminaron por avasallar a sus antiguos señores árabes. Por su parte, los otomanos eran una rama más

de la gran familia de pueblos túrquicos, originarios de Asia central, dominada por la dinastía osmanlí. A finales del siglo XIII, los turcos otomanos formaron un Estado que fue poco a poco engullendo a otros principados túrquicos y terminó por convertirse en el gran rival del Imperio bizantino, cuya capital, Constantinopla, cayó en 1453. Tras su victoria sobre Bizancio, el principal enemigo de los otomanos en tierras del Islam pasó a ser el Imperio persa, por entonces bajo el dominio de la dinastía safávida, también de origen túrquico, pero de confesión chiíta, a diferencia de los turcos otomanos, que eran suníes, como gran parte de sus súbditos árabes. El gran peligro para los otomanos a inicios del siglo XVI era, por tanto, que se formara contra ellos una pinza entre persas y mamelucos. La derrota mameluca y la toma de El Cairo en enero de 1517 lo evitó y significó que por vez primera desde el nacimiento del Islam, gran parte de las tierras que otrora habían formado parte de los califatos omeya y abasí, incluyendo los lugares sagrados de La Meca y Medina, pasaran a ser gobernadas por una potencia ajena al mundo árabe. A pesar de que en Occidente no goza de buena reputación, el Imperio otomano, conocido en las cancillerías europeas como la Sublime Puerta, sobrevivió a multitud de vicisitudes gracias a una eficaz burocracia, un poderoso ejército y, sobre todo, a su capacidad para acomodar a las elites de los pueblos conquistados. No todo fue fácil, empero, y ya desde el siglo XVIII comenzaron a extenderse revueltas como la del mameluco Ali Bey en Egipto o la protagonizada en el corazón de la península arábiga por Mohammed ibn Abd al-Wahhab, el fundador del movimiento reformista Wahhabita. Fue el creciente deterioro de la autoridad central otomana en el mundo árabe, y sobre todo en Egipto, el factor que explotaron inmisericordemente las potencias europeas desde finales del siglo XVIII para lanzarse sobre sus provincias más levantiscas. Por su parte, Persia, el actual Irán, siguió su propio devenir, al que más tarde aludiremos al examinar el extraordinario periplo de Adolfo Rivadeneyra cuando allí estuvo destinado al servicio de España.

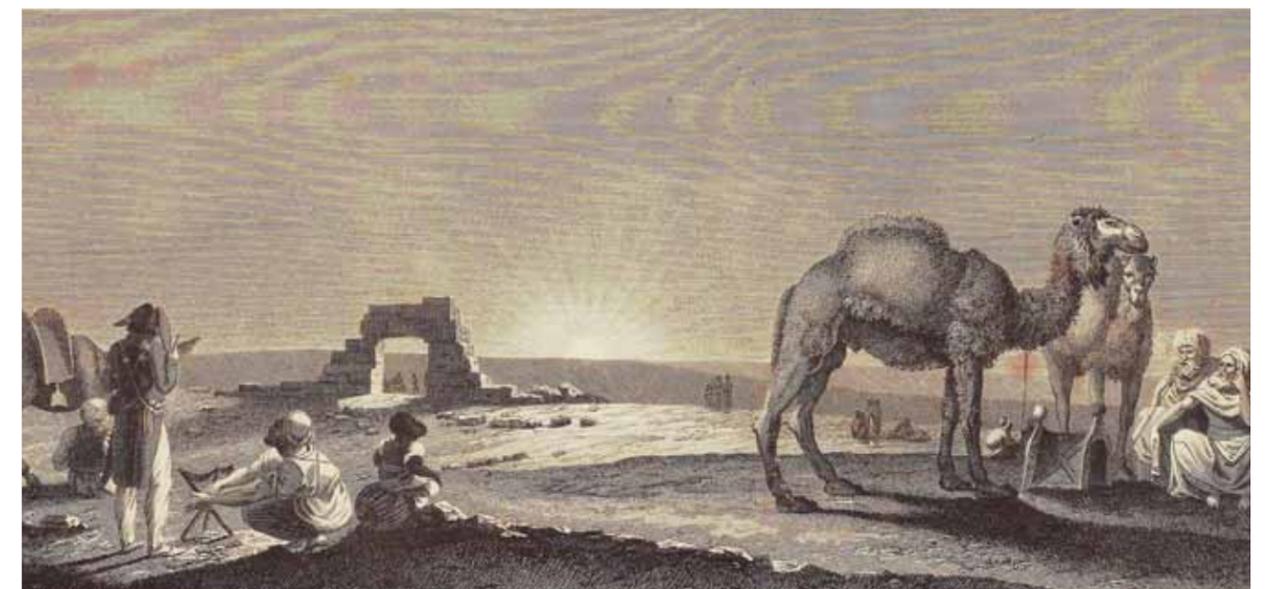
Repasado a vuela pluma el paisaje político de Oriente Medio, situémonos en los prolegómenos de nuestra aventura, a caballo entre la diplomacia y la arqueología. El pistoletazo de salida para la apropiación, en sentido muchas veces literal, del pasado medio-oriental por Europa lo dio Napoleón Bonaparte en su malograda expedición a Egipto. Derrotado finalmente por los ingleses, el ejército francés estaba acompañado desde su desembarco



◆ Batalla de las Pirámides, Louis-François Baron Lejeune, Palais de Versailles.

en Abukir, el 1 de julio de 1798, por una Comisión de Sabios formada por 167 artistas y científicos cultivadores de diversas disciplinas: químicos, como Claude-Louis Berthollet; zoólogos, como Étienne Geoffroy Saint-Hilaire; orientalistas, como Venture de Paradis y, prominente entre todos ellos, el diplomático, dibujante, coleccionista e impenitente libertino Dominique-Vivant Denon. En Vivant Denon encontramos a uno de los personajes más fascinantes y controvertidos en la naciente historia de la Egiptología y también en el origen de los museos contemporáneos. Fue toda su vida lo que podría llamarse un arribista con suerte. Hombre del Antiguo Régimen, había servido como diplomático a Luis XV en las cortes de San Petersburgo, Estocolmo y Nápoles. Exiliado al inicio de la Revolución, regresó a París tras arruinarse en el extranjero y pudo sobrevivir al Terror gracias a su amistad con el pintor David, entonces próximo a Robespierre. Se dedicó entonces a la confección de estampas y grabados, algunos ciertamente subidos de tono, para su venta al por mayor. A la postre, gracias a las dotes sociales de su esposa, encontró acomodo en el entorno de Napoleón, quien, tras culminar su ascenso, le reclutó como dibujante en su campaña egipcia. Durante la misma, demostró no solo sus dotes artísticas, sino también su coraje físico. En plena batalla, no dudó en exponerse al fuego

enemigo mientras terminaba el dibujo de unas ruinas junto al Nilo; se dice que un ligero quiebro en la línea del horizonte tras la silueta del monumento fue debido a que una bala rozó su oreja justo cuando la trazaba. Al retornar sano y salvo a su patria, Denon publicó en 1802 su célebre *Voyage dans la Basse et la Haute-Egypte pendant les campagnes du Général Bonaparte*. La obra, lujosamente editada e ilustrada, contribuyó a la popularidad del país de las pirámides entre la alta sociedad francesa y europea y le procuró buenos ingresos crematísticos, pues pronto se agotaron cuarenta ediciones sucesivas. Su posición académica fue, asimismo, realzada al ser nombrado consejero artístico del propio emperador. En esta calidad, acompañó a los ejércitos napoleónicos en Europa, guiando a sus generales a la hora de elegir las obras de arte que debían requisar en los países que ocupaban, incluyendo España, con el fin de nutrir con lo mejor de cada escuela nacional el futuro, e inacabado, Museo Napoleón, precursor del Louvre. La caída de su protector y el inicio de la Restauración pusieron fin al sueño del museo imperial. El propio Denon fue obligado a formar parte de las comisiones de devolución del botín artístico a sus propietarios, aunque pudo gozar hasta el apacible fin de sus días de su rica colección particular, en cuyo catálogo se encontraban pinturas y dibujos de Velázquez, Sánchez Coello y del propio Goya, muy probablemente acumuladas durante su estancia en Madrid.



◆ Vivant Denon, de pie, ante las ruinas de Hieracónpolis, en Egipto.

Pese a su mejorable reputación póstuma, ha de reconocerse que Denon fue de los primeros en divulgar, y encarecer, las virtudes del arte egipcio en medios intelectuales y académicos que hasta entonces solo habían mostrado veneración por Grecia y Roma. *Sentí que estaba en el santuario de las artes y las ciencias. Nunca se me presentó la raza humana en tal esplendor. En las ruinas de Dendera, los egipcios se me aparecían como gigantes*, escribió en su libreta de viaje. Muy pronto, su opinión fue compartida por muchos europeos, no siempre con las mejores consecuencias.

En la Antigüedad Tardía, la idea del traslado del Imperio, la *translatio imperii*, había servido para legitimar la transmisión de la potestad imperial de Roma a Bizancio y, ya en la edad Media, desde el Imperio carolingio al Sacro Imperio Romano Germánico. Otro tipo de *translatio imperii*, lejos de Roma, Constantinopla o Aquisgrán, tuvo lugar a principios del siglo XIX. Su escenario no fue una ornada capilla palatina o una magnificente catedral romana, sino las ardientes arenas del desierto, ante las puertas de Alejandría. El objeto simbólico en el que se encarnó esa transferencia del poder no fue una corona o un cetro, sino una piedra de granito con arcanas inscripciones en su superficie. El 30 de agosto de 1801, las fuerzas expedicionarias francesas al mando del general Menou capitularon ante un ejército británico comandado por el general Hutchinson. Fue el fin del sueño napoleónico en Egipto y de su intento de emular a Alejandro Magno siguiendo sus pasos hasta el Indostán. Como parte de las negociaciones subsiguientes, los británicos exigieron que les fueran entregadas las antigüedades egipcias acumuladas durante sus trabajos por la Comisión de Sabios que acompañó al corso en su aventura hasta los pies de las pirámides. Entre ellas estaba la célebre piedra de Rosetta, hallada por un oficial francés en las afueras del puerto de Rashid un 15 de julio de 1799. El general Menou se negó en principio, pues consideraba la pieza que terminaría siendo la piedra filosofal para descifrar el lenguaje de los jeroglíficos como su propiedad personal, y los científicos franceses amenazaron con quemar todas las riquezas expoliadas antes de entregárselas a sus enemigos. Finalmente, un acuerdo fue posible: la piedra Rosetta quedó en manos británicas y el resto del botín siguió su camino hacia Francia.

En nuestros días, la piedra Rosetta puede contemplarse en el Museo Británico y el Louvre continúa albergando una de las mayores colecciones de arte egipcio fuera de las



◆ El cónsul francés Bernardino Drovetti midiendo una cabeza colosal durante sus exploraciones en Egipto. Litografía realizada por Godefroy Engelmann para el libro de Auguste de Forbin, *Voyage dans le Levant*, 1819.

tierras del Nilo. Londres y París, en una suerte de *legatio imperii* arqueológica, pretendieron así erigirse en causahabientes del imperio faraónico para redorar, y justificar, sus propias pulsiones coloniales.

La capitulación de Alejandría no puso fin a la rivalidad entre las dos potencias europeas. Si Francia fue derrotada en el campo de batalla, siguió en su empeño de dominar el nascente campo de la Egiptología. Los británicos, por su parte, no estaban dispuestos a dejarse avasallar tampoco en ese terreno. La arqueología, tanto egipcia y, como veremos, mesopotámica, se convirtió en la continuación de la guerra por otros medios, entre los que destacó la diplomacia.

Frustrado el proyecto napoleónico, Londres devolvió Egipto al Imperio otomano y este lo puso en manos de un gobernador, o pachá, de origen macedonio, Mehemet Ali, quien iba a controlarlo con mano de hierro durante más de cuatro décadas. Ali era un gobernante a menudo cruel y venal, pero también un modernizador deseoso de emplear la técnica occidental para sacar a Egipto del atraso. Una de las formas que encontró para atraer el capital y la tecnología europeos fue poner en venta el riquísimo patrimonio cultural de su tierra de adopción. Pronto, las naciones que no hacía tanto se habían batido con las armas por el dominio del país se dieron cuenta de que bastaba con comprarlo piedra a piedra. Para ello, contaron con sus representantes en El Cairo o Alejandría. El primero en tomar ventaja en la gigantesca subasta que se abrió por entonces fue Bernardino Drovetti, cónsul francés de origen italiano. Su conocimiento milimétrico del país, su cercanía al pachá y su falta de escrúpulos le permitieron crear una red de agentes que se dedicaron a esquilmar templos, palacios y pirámides, a menudo destruyendo todo lo que no consideraban de valor suficiente. El fruto de su rapiña fue dividido en tres colecciones que terminaron nutriendo, previa compra, al Museo Egipcio de Turín, al Museo del Louvre y al Museo de Berlín. Por parte inglesa, su rival fue el también cónsul Henry Salt, protegido por el formidable Joseph Banks, explorador, naturalista y administrador del Museo Británico, y por William Hamilton, subsecretario de Asuntos Exteriores y antiguo embajador en Nápoles, donde su mujer, Emma, mantuvo un escandaloso romance con el almirante Nelson. Ambos, Banks y Hamilton, utilizaron sus considerables recursos y su influencia para financiar las expediciones de Salt, quien no dudó en rivalizar con Drovetti creando su propia red de expoliadores. Entre estos, pronto sobresalió la figura pintoresca de Giovanni Belzoni.

Hijo de un barbero de Padua, Belzoni destacó desde joven por su enorme estatura y corpulencia. Su colosal fortaleza hizo que fuera contratado por un circo para recorrer Gran Bretaña y otros países en el continente, incluyendo España. Su imaginativo nombre artístico era el de Sansón de la Patagonia, pues, se decía, era capaz de formar una pirámide con más de veinte personas subidas sobre su hercúlea persona. Lo de la Patagonia, nadie sabe de dónde vino. Al cabo de varios años, cansado de la vida errabunda y con cierto talento para los inventos mecánicos, se propuso viajar a Egipto tras conocer a un agente del ya anciano Mehemet Ali en Malta. El pachá no había cejado en su empeño de llevar a sus súbditos las novedades de la ciencia europea, por lo general con más entusiasmo que

buenos resultados, y así se avino a probar una noria hidráulica propuesta por Belzoni, cuyo fin era extraer agua del Nilo con la ayuda de un solo buey en lugar de la media docena que normalmente eran requeridos, con el consiguiente ahorro para las arcas públicas. Llegado el momento de la prueba, el experimento fue un rotundo fracaso y el gran Belzoni se encontró en tierra extraña, rodeado de enemigos y sin fuentes de ingresos seguros con los que mantener a su familia. Fue entonces cuando conoció al aventurero suizo, pero al servicio de Gran Bretaña, Johann Ludwig Burkhardt, el primer europeo que vio las ruinas de Petra y, en su viaje a El Cairo, descubrió el templo de Abu Simbel, semioculto por la arena. En el mismo trayecto también avistó el llamado Coloso de Memnón, en realidad una estatua de Ramsés II, cerca de Tebas, la misma que había sido dibujada años antes por Denon. Puesto sobre aviso Henry Salt, el cónsul británico aprovechó la disponibilidad y la temeridad de Belzoni para contratarle como su agente y así poder aventajar a su rival, el cónsul francés Drovetti. Después de todo, entre cónsules se libraba el juego. Huelga decir que tanto el representante de Londres como el de París contaban en su particular competición arqueológica con el permiso del artero Mehemet Ali y la aquiescencia de sus señores en Constantinopla, escasamente interesados en las glorias pasadas de una más de las provincias del extenso Imperio otomano. Si, además, unos y otros obtenían ventajas pecuniarias o diplomáticas de la masiva venta al por mayor en que se convirtió el pasado egipcio, tanto mejor para ellos.

Bajo tan conveniente cobertura, Belzoni no tardó en montar una expedición hasta Tebas y, tras vencer con todo tipo de artes la resistencia del gobernador local, consiguió hacerse con la estatua de Ramsés II antes que los franceses. El transporte del coloso por el Nilo hasta El Cairo, sin embargo, se hizo esperar hasta que una barcaza con la capacidad suficiente pudiera estar disponible. El agente británico no perdió el tiempo. Aprovechó el paréntesis para explorar los templos de Karnak y Luxor. Finalmente, con todo el botín acumulado, pudo alcanzar la capital egipcia y de allí prosiguió su ruta hasta Alejandría, donde fue recompensado, no todo lo que quisiera, por Henry Salt, quien además comenzó a atribuirse la gloria de los descubrimientos realizados por el italiano. Herida su vanidad y animado por el creciente mercado de los coleccionistas europeos ganados por la egiptomanía, Belzoni se lanzó a una actividad frenética durante los siguientes tres años para hacerse un nombre respetable en la ciencia emergente de la Egiptología y, de paso, aumentar su fortuna. Tras

despejar la entrada del templo de Abu Simbel, concentró sus considerables energías en los enterramientos cercanos a Tebas, en particular en Deir el-Bahari, donde descubrió el 17 de octubre de 1817 la tumba de Seti I, el padre de Ramsés II, con su famoso sarcófago de alabastro, sus fastuosos frescos y bajorrelieves, diligentemente reproducidos por el talentoso dibujante italiano Alessandro Ricci, y sus más de ochenta estatuas de tamaño natural acompañadas por centenares de ushebtis, o pequeñas estatuillas funerarias cuya función era asistir al difunto en sus quehaceres de la otra vida. Gran parte de los tesoros de tan espectacular hallazgo se encuentra ahora en el Museo John Sloan, de Londres. Muchas otras piezas esquiladas por Belzoni en sus numerosas expediciones terminaron siendo exhibidas en la gran exposición de arte egipcio que tuvo lugar en el Egyptian Hall de Picadilly, Londres, en 1821, y, previa subasta, fueron adquiridas para ornamentar numerosas mansiones aristocráticas británicas.

Una de las más célebres antigüedades adquiridas en aquella venta masiva fue el esbelto obelisco de File, erigido bajo la dinastía ptolemaica, que todavía se puede contemplar en la que fuera propiedad de la familia Bankes, la conocida como Kinston Lacey House, en Dorset. William Joseph Bankes, uno de los miembros del linaje y amigo de Lord Byron y Wellington, fue un viajero y coleccionista de renombre. Entre sus pasiones estaba el arte español. Tras participar en las campañas peninsulares contra Napoleón, se hizo con una estimable pinacoteca, en la que no faltaban obras de Murillo y Velázquez, que todavía puede admirarse en la llamada Sala Española de Kinston Lacey. Aficionado también a la arqueología, recorrió Egipto, donde conoció al cónsul Henry Salt, de quien fue cliente en la compra de antigüedades locales. Ambos rivalizaron con Champollion, sin éxito, en la carrera por descifrar el lenguaje jeroglífico. Acusado de homosexualidad, entonces considerada en Gran Bretaña como un delito que podía conllevar la pena de muerte, Joseph Bankes tuvo que huir de su patria protegido por la influencia de su poderosa familia y terminó sus días en el exilio veneciano. El resto de los protagonistas de la primera ola de egiptomanía en Europa corrieron también dispar suerte. El sin par Belzoni, el Sansón de la arqueología, tras alcanzar la fama con la exposición de Picadilly y el éxito material con sus relatos de viajes —su *Narrative of the Operations and Recent Discoveries within the Pyramids, Temples, Tombs and Excavations, in Egypt and Nubia*, fue publicada en 1820 y llegó a ser un superventas— terminó sus días en octubre de 1822, ya casi olvidado, en la costa occidental de África, a donde le había llevado

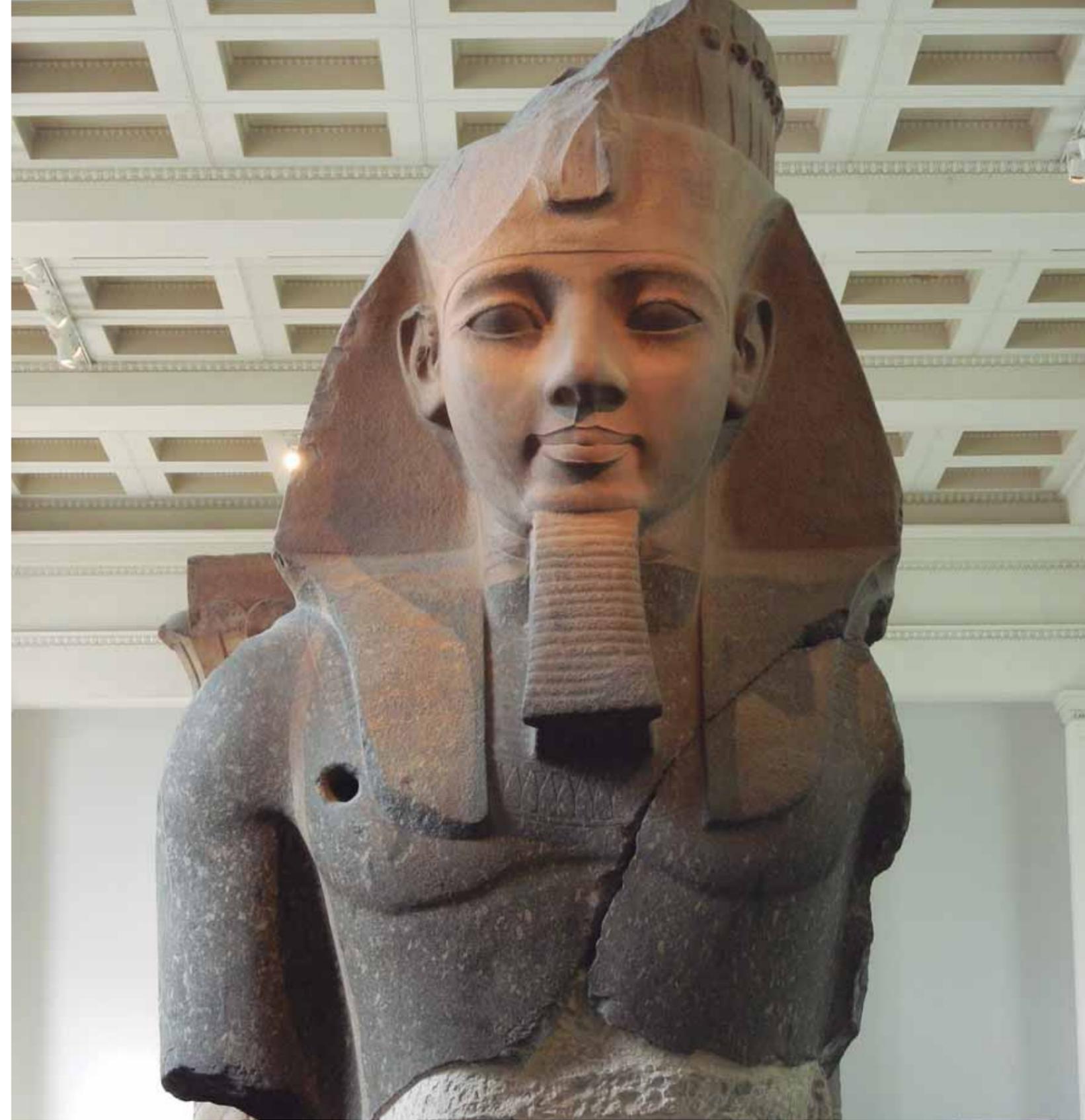
su insaciable afán de aventuras. Su tumba, excavada bajo un árbol en las afueras de la vieja capital de Benín, fue buscada varias décadas más tarde por el mismo Richard Burton, descubridor del lago Tanganica, consumado orientalista y traductor al inglés de las *Mil y una noches* y del *Kama Sutra*. No fue capaz de encontrarla, aunque los lugareños más ancianos le aseguraron recordar todavía a aquel enorme y barbudo hombre blanco, quien, aun consumido por la fiebre, invocaba en su delirio extraños nombres de divinidades entrevistadas en la ardiente arena del desierto. En cuanto a Salt y Dovretti, ambos cónsules siguieron con sus expediciones a lo largo y ancho de Egipto hasta sus respectivos fallecimientos, en 1827 y 1852. Con ellos terminaba el período más controvertido de la historia de la Egiptología, aunque, por desgracia, durante varias décadas más continuó el saqueo al que la tierra de los faraones estaba siendo sometida desde los tiempos de Napoleón y Nelson. Como legado y contrapunto lírico de aquel brutal expolio, nos queda el inmortal poema que Percy Bysshe Shelley escribió en 1817, al tener noticia de la próxima llegada al Museo Británico del busto de Ramsés II, el mítico Coloso del joven Memnón que había sido excavado y transportado a través del Nilo por Belzoni en la que fuera su gesta más conocida. El poema es una advertencia contra la hubris de los poderosos cuyos sueños de inmortalidad son reducidos a ruinas por el inexorable paso del tiempo:

*I met a traveller from an antique land,
Who said—“Two vast and trunkless legs of stone
Stand in the desert. . . . Near them, on the sand,
Half sunk a shattered visage lies, whose frown,
And wrinkled lip, and sneer of cold command,
Tell that its sculptor well those passions read
Which yet survive, stamped on these lifeless things,
The hand that mocked them, and the heart that fed;
And on the pedestal, these words appear:
My name is Ozymandias, King of Kings;
Look on my Works, ye Mighty, and despair!
Nothing beside remains. Round the decay
Of that colossal Wreck, boundless and bare
The lone and level sands stretch far away.”*

He aquí la traducción al español:

*Conocí a un viajero de una tierra antigua
quien dijo: “dos enormes piernas pétreas, sin su tronco
se yerguen en el desierto. A su lado, en la arena,
semihundido, yace un rostro hecho pedazos, cuyo ceño
y mueca en la boca, y desdén de frío dominio,
cuentan que su escultor comprendió bien esas pasiones
las cuales aún sobreviven, grabadas en estos inertes objetos,
a las manos que las tallaron y al corazón que las alimentó.
Y en el pedestal se leen estas palabras:
“Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:
¡Contemplad mis obras, poderosos, y desesperad!»
Nada queda a su lado. Alrededor de la decadencia
de estas colosales ruinas, infinitas y desnudas
se extienden, a lo lejos, las solitarias y llanas arenas”*

Los traumáticos inicios de la Egiptología, hija indirecta de las guerras napoleónicas y de la carrera colonial, fue dando paso a una versión más científica o, si se quiere, menos romántica, de la disciplina emergente. El hito en ese tránsito, como es sabido, fue el desciframiento de la escritura jeroglífica por Jean-François Champollion, anunciado al mundo el 27 de septiembre de 1822. La llave que permitió abrir los enigmas de toda una civilización fue la misma piedra Rosetta que, dos décadas antes, había sido protagonista de un tenso enfrentamiento, a las puertas de Alejandria, entre británicos y franceses, con victoria para los primeros, al igual que había sucedido en el campo de batalla. Por fortuna, los previsores sabios galos que habían acompañado a Napoleón en su trágica expedición habían hecho calcos de las inscripciones sobre la piedra que pronto comenzaron a circular por Europa. Durante los años siguientes, decenas de aficionados y académicos intentaron interpretar dos de los tres tipos de escritura, la tercera era el griego clásico, identificados sobre su superficie: el demótico y el jeroglífico. Un joven polímata británico, Thomas Young, quien, entre sus estudios de óptica y física de materiales, encontró tiempo para dominar varias lenguas orientales, vivas y



◆ La estatua de Ramsés II tal y como puede ser hoy contemplada en el Museo Británico, Londres.

muertas, fue quien primero llegó a la conclusión de que el demótico era una variante tardía y de uso popular de la lengua de los jeroglíficos. Además, se pudo colegir que el mensaje en cada una de las tres escrituras era casi idéntico. Se trataba de un edicto religioso de la era ptolemaica. Pero con eso no bastaba. El gran interrogante que nadie era capaz de resolver era si la lengua de los jeroglíficos, empleada por los escribas y sacerdotes, era de naturaleza ideográfica —los grafos son símbolos que representan ideas o acciones— o fonética, es decir, cada grafo, o determinadas combinaciones de grafos, representan un sonido. Para salir de la duda, Champollion, otro joven con enorme talento para las lenguas, decidió salirse de los caminos trillados y, utilizando como referencia el copto, una lengua litúrgica empleada todavía por los cristianos en Egipto, llegó a la conclusión de que los jeroglíficos podían representar tanto ideas y objetos, como sonidos. Por poner un ejemplo, un grafo con forma de león puede representar tanto al animal como la letra y el sonido L. Fue el momento *Eureka* que todos habían estado esperando. Como merecida recompensa, Champollion fue nombrado conservador del Museo del Louvre y, dado que, irónicamente, nunca había pisado Egipto, fue invitado en 1828 a recorrerlo con una nueva comisión científica. Era la ocasión que tenía para poner a prueba su método y no la desaprovechó. Durante diecisiete meses se dedicó a descifrar todo tipo de textos y a rehacer la cronología de la historia egipcia, ampliando hacia el pasado mucho más remoto las raíces de su civilización. Tuvo también tiempo de comprobar sobre el terreno los estragos causados en los monumentos por los Belzoni, Drovetti, Salt y toda la legión de aventureros europeos y locales que habían participado en el expolio del Egipto moderno. Alarmado, Champollion logró convencer a Mehemet Ali para que pusiera fin a tal estado de cosas. En agosto de 1835 entraron al fin en vigor las normas que prohibían la exportación de antigüedades, proponían la apertura de un museo en El Cairo y creaban una Inspección General con control sobre todas las excavaciones que se realizaran en el país. Como quien hace o, en este caso, propone, la ley hace la trampa, Champollion tuvo la astucia para convencer al pachá de que donara a Francia uno de los obeliscos de Luxor antes de que las nuevas reglamentaciones entraran en vigor. Hoy, el obelisco puede contemplarse en la Plaza de la Concordia de París. El joven lingüista había conseguido gracias a su talento y capacidad de convicción lo que su admirado Napoleón no pudo lograr por la fuerza. Por desgracia, no pudo disfrutar demasiado de su bien merecida gloria. Murió en 1832,



◆ Anotaciones en el cuaderno de trabajo de Jean-François Champollion que le sirvieron de base para redactar su *Precis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens*, la primera gramática del antiguo egipcio, publicada en 1824.

a los cuarenta y un años, consumido por las enfermedades contraídas en Egipto y por la pasión que había gobernado su vida.

Casi en los mismos años en que una generación de aventureros sin escrúpulos y algunos, pocos, genuinos sabios con afán de conocimiento exhumaban el pasado egipcio, algo semejante comenzaba a suceder en la cuna de otra milenaria civilización. Al igual que Egipto, las tierras de la antigua Mesopotamia, en los actuales Iraq y Siria, estaban a principios del siglo XIX en manos del Imperio otomano. Y al igual que en el vecino país, las potencias coloniales del momento se lanzaron a una desaforada carrera por ser los primeros en descubrir e interpretar las ruinas del pasado y, de paso, hacerse con ellas. Como sucedió en las tierras del Nilo, donde fueron franceses y británicos, o sus agentes de otras procedencias, los primeros involucrados en los orígenes de la moderna Egiptología, en Mesopotamia el protagonismo inicial recayó en dos personajes de ambas nacionalidades. Paul-Emile Botta y Austen Henry Layard ejercieron labores consulares al servicio de sus respectivos países en las fronteras orientales del Imperio otomano, convirtiéndose de paso en formidables arqueólogos al mejor, y peor, estilo decimonónico.

Austen Henry Layard nació en 1817 en el seno de una familia de banqueros y diplomáticos británicos. Su padre estuvo destinado en el Servicio Civil de Ceilán, por entonces una colonia británica, pero desde niño recibió una educación cosmopolita en Suiza, Italia y Francia. Gracias a los contactos paternos, de joven entró en 1842 al servicio de Sir Stratford Canning, el embajador británico en Constantinopla. En aquel momento, el Imperio otomano ya daba muestras de debilidad y Rusia, bajo el pretexto de ayudar a las poblaciones de confesión ortodoxa bajo su dominio, estaba al acecho para hacerse con los restos de su potencial desmembramiento. Temeroso de que el Imperio zarista ganara así un acceso al Mediterráneo, Londres se erigió en el principal garante de la supervivencia otomana.

La labor de Canning ante la Sublime Puerta era más la del gobernador de un protectorado informal que la de un mero embajador. Canning era, además, un gran aficionado a la historia y no tardó en animar a Layard para que explorara las provincias otomanas más orientales, que antaño habían formado parte del poderoso Imperio asirio. Había además otra razón relacionada con la geopolítica. Desde hacía varios años, un excéntrico cónsul francés había comenzado a realizar excavaciones en altozanos bajo los que comenzaron a aparecer restos de antiguas ciudades mencionadas en la Biblia. Canning temía que aquellas exploraciones arqueológicas fueran una cobertura para avanzar los intereses políticos y comerciales franceses. No se equivocaba del todo. Paul-Émile Botta, tal era el nombre del cónsul galo, era otro ejemplo, como Drovetti en Egipto, de italianos identificados con la suerte de Francia durante las aventuras napoleónicas e incluso tras su estrepitoso fracaso. En el caso de Botta, tras realizar estudios de medicina y ciencias naturales y viajar con la marina francesa por distintas partes del mundo, inició su carrera diplomática en Alejandría y, tras realizar varias expediciones por las costas del Golfo Pérsico, fue enviado como cónsul en 1842 a Mosul, una ciudad en el norte del actual Iraq que por entonces contaba con una importante población de cristianos asirios a los que Francia intentaba atraerse. Ello no quiere decir que Botta careciera de interés por la historia, al contrario. Una de sus pasiones era el estudio de las civilizaciones antiguas y, en particular, de aquellas relacionadas con la historia bíblica. Su sueño era encontrar los restos de Nínive y Babilonia. Fue así cómo en 1843, durante una de sus numerosas excursiones por las afueras de Mosul, se topó en la aldea conocida como Khorsabad con

los restos del palacio de Sargón II, un monarca asirio que reinó en el siglo VIII a.C. Ni corto ni perezoso, contrató mano de obra local y a no tardar demasiado, gracias a la complicidad de las autoridades locales, pudo embarcar a través del Tigris y luego del puerto de Basora hasta Francia piezas suficientes como para crear en París el primer museo europeo consagrado a Asiria, cuyo contenido fue más tarde transferido al Louvre. Lejos de disfrutar con la gloria del descubrimiento, Botta pasó el resto de sus días frustrado porque las ruinas que había exhumado no fueran las de Nínive. En realidad, fue su rival británico, Layard, quien encontraría la mítica ciudad no muy lejos del lugar donde Botta había explorado. Años más tarde, el escritor Gustave Flaubert dejó el melancólico retrato de un hombre al que había eludido su sueño más preciado:

“Cena en casa de Botta. Hombre en ruinas, hombre de ruinas. Niega y odia. Se ha cansado de intentarlo todo: médico, naturalista, arqueólogo, cónsul. Ahora aprende el piano e insiste en que no es un mero picapedrero.”

La suerte de Botta contrasta con la de Layard quien, sin la obsesiva fijación del italo-francés sobre las ruinas de Nínive, aunque sin duda intrigado por sus hallazgos en la región de Mosul, fue quien finalmente las descubrió. Dotado con una gran intuición y gracias a la experiencia acumulada por sus predecesores, Layard era capaz no solo de identificar los *tells*, o montículos artificiales, bajo los que podían encontrarse restos arqueológicos, sino también de trazar sobre ellos la disposición de los palacios y templos que albergaban antes de proceder a la excavación. Raramente se equivocaba. Uno de los jefes tribales de Mosul, al ver aparecer tras varias jornadas de arduo trabajo la entrada al palacio de Senaquerib, hijo de Sargón II, flanqueada por gigantescos leones alados bajo el montículo sobre el que generaciones de sus ancestros habían levantado sus tiendas, se preguntó si aquel occidental tenía poderes mágicos o si había sido tocado por la gracia de los profetas. Uno de los hallazgos más célebres encontrados por Layard en el antiguo palacio de Senaquerib fueron los bajorrelieves donde se representa el asedio y toma de Lachish, una ciudad de Judea cuyos habitantes intentaron resistir sin éxito el avance asirio hacia Jerusalén y fueron masacrados o enviados al exilio.

² Citado en André Parrot y René Neuville, "Heurs et malheurs des Consuls de France à Jérusalem aux XVIIe, XVIIIe et XIXe siècles". *Syria*, t. 27, n° 3-4, 1950, pp. 373-374.



◆ Soldados asirios ascendiendo por una rampa para asaltar las murallas de Lachish. Museo Británico, Londres.

Al retornar a Inglaterra tras su primer periplo mesopotámico, Layard publicó en 1848 su obra señera en dos volúmenes, la todavía fascinante *Nineveh and Its Remains*, acompañada por una versión en folio con ilustraciones titulada *The Monuments of Nineveh. From Drawings Made on the Spot*, que vio la luz al año siguiente. Ambos libros fueron un éxito de ventas para la época y todavía son considerados joyas de la literatura arqueológica y de viajes. Poco después, tras regresar a Constantinopla como *attaché* de la embajada británica, reanudó sus exploraciones sobre el terreno y fue en el transcurso de las mismas cuando descubrió la celeberrima biblioteca del rey asirio Asurbanipal, ahora en el Museo Británico. Entre las más de veinte mil tablillas de arcilla encontradas en la misma, destacó el descubrimiento del más antiguo testimonio, en lengua acadia, del *Poema de Gilgamesh*, la primera gran obra literaria de la historia de la humanidad, así como del *Enuma Elish*, o *Poema de la Creación* mesopotámico, la primera cosmogonía escrita de la que existe constancia. Tras tan exitosa carrera como arqueólogo, Layard entró en política y fue nombrado en dos ocasiones subsecretario del Foreign Office, el ministerio británico de Asuntos Exteriores. Finalmente, retornó al exterior en 1869 como embajador en Madrid y, desde 1877 hasta 1880, en Constantinopla. Durante su estancia en Madrid, que coincidió con el llamado sexenio democrático tras la caída de Isabel II, escribió un diario en el que aparece retratado el convulso mundo político, social y artístico de la España de la época. Retirado en 1883, pasó varios años en Venecia, en el palacio Ca Cappello, donde se dedicó apasionadamente a coleccionar cuadros de la escuela veneciana. Antes de morir en Londres retornó, al menos con su mente y con su pluma, a su querida Mesopotamia. Su última obra escrita, publicada en 1887, fue una memoria de su primer viaje a Oriente Medio, titulado *Early Adventures in Persia, Susiana and Babylonia*.

El renacimiento decimonónico de Asiria gracias a hombres como Botta y Layard fue incluso más espectacular y, desde luego, inesperado, que el de Egipto. Después de todo, muchas pirámides habían estado expuestas a la vista desde su creación, aunque los primeros viajeros en la Edad Media y temprana Edad Moderna que las visitaron pensaron que habían servido como gigantescos silos y no como mausoleos. Hubo también autores clásicos, como Herodoto, Diodoro de Sicilia o Estrabón, que dejaron testimonio de sus visitas al país del Nilo en las postrimerías de su milenaria historia dinástica. Sin

embargo, buena parte del pasado asirio, y mesopotámico en general, había permanecido enterrado, oculto o envuelto en veladas referencias bíblicas que ni los hombres de ciencia, ni los teólogos se tomaban en serio como fuentes históricas. Para complicar más la cosa, los restos de la biblioteca de Asurbanipal y otras fuentes escritas desenterradas por los arqueólogos en los actuales Iraq o Siria permanecieron ininteligibles hasta que las variantes de la escritura cuneiforme en las que se escribieron las diversas lenguas mesopotámicas pudieron ser descifradas por varios equipos de filólogos trabajando de forma aislada o en colaboración durante varias décadas. Al cabo, la piedra Rosetta de la escritura cuneiforme fue la inscripción de Behistún, realizada sobre un enorme farallón en el oeste del actual Irán, en los montes Zagros, en tiempos de Dario I (522 a.C.-486 a.C.). La inscripción contiene un texto en tres idiomas, persa, elamita y babilonio y pudo ser descifrada en 1838 por Henry Rawlinson, el Champollion de la asiriología, un oficial de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales que desempeñó labores de consejero político en las representaciones británicas en Kabul, Teherán y Bagdad. Estando en Persia demostró su coraje físico escalando la vertiginosa roca donde se encontraba la inscripción de Behistún y realizando, mientras desafiaba la gravedad, copias exactas de la escritura cuneiforme que luego le servirían para su investigación. Más tarde, destinado en Iraq, acompañó a Henry Layard en alguna de sus excavaciones en Nínive. Rawlinson culminó su carrera académica publicando entre 1870 y 1884 un corpus traducido por él mismo de inscripciones cuneiformes en cuatro volúmenes. Poco más tarde, otro sabio británico, George Smith, fue capaz de descifrar la célebre tablilla número 11 del *Poema de Gilgamesh* hallado por Layard en la biblioteca de Asurbanipal. En dicho fragmento se encontraba una descripción del diluvio universal anterior a la Biblia protagonizada por Utnapishtim, el Noé mesopotámico.

Buena parte de los restos descubiertos por Botta, Layard o Rawlinson terminaron, al igual que sus pares egipcios, en museos europeos. En el caso de Iraq, la aprobación de leyes que prohibieran o, al menos, limitaran el expolio de su pasado tuvo que esperar hasta la década de los veinte del siguiente siglo, gracias a la labor de la exploradora, arqueóloga y espía Gertrude Bell, coetánea de Lawrence de Arabia y asesora del rey Faisal, a quien logró convencer para que protegiera en un museo nacional las riquezas arqueológicas del naciente, aunque bajo tutela británica, moderno Estado iraquí. Los

años que siguieron a la I Guerra Mundial, con la partición del Imperio otomano y la creación de mandatos dirigidos desde Londres o París en sus antiguos dominios del Levante y Oriente Medio, fueron decisivos para el avance de la arqueología en Mesopotamia. Por desgracia, también para que continuara el tráfico incontrolado de antigüedades, una maldición que ha seguido abatiéndose sobre la región hasta nuestros días, aunque nada comparable a la devastación que tuvo que sufrir recientemente a manos del llamado califato de Daesh.

La figura clave en el ciclo que se abrió tras la primera gran conflagración mundial para la arqueología mesopotámica fue Leonard Woolley. Su contribución más conocida fue la exhumación de las ruinas de Ur, incluyendo su fascinante cementerio real. Ya en 1854, James E. Taylor, cónsul británico en Basora, en el sur de Iraq, había reparado que, en el camino hacia Bagdad, bajo un prometedor montículo, o tell, llamado Tell al-Muqayyar, se recortaba la silueta de un antiguo zigurat, una pirámide escalonada típica de la zona, con decenas de tablillas con inscripciones cuneiformes dispersas a su alrededor, algunas de las cuales se referían al lugar de nacimiento de Abraham, en la ciudad conocida en la Biblia como “Ur de los caldeos”. Hubo que esperar, sin embargo, hasta 1922 para que el lugar comenzara a ser sistemáticamente excavado por un equipo dirigido por Leonard Wolley, ya entonces un reputado arqueólogo que había trabajado con Lawrence de Arabia en Siria realizando tareas de espionaje antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.

Ese mismo año de 1922, por cierto, tuvo lugar el descubrimiento en Egipto de la tumba de Tutankamón por Howard Carter. La nueva oleada de egiptomanía que recorrió Europa y Estados Unidos tras el deslumbrante anuncio y los mitos que la prensa sensacionalista comenzó de inmediato a divulgar sobre la supuesta maldición de la momia del joven faraón eclipsaron los más relevantes hallazgos, desde el punto de vista científico, que tuvieron lugar en Ur. Después de todo, lo que hizo Woolley fue algo más que encontrar una tumba por muy rica que fuera: devolvió a la vida una entera civilización sobre la que apenas se sabía nada desde el punto de vista material. Algunas de sus más deslumbrantes muestras fueron halladas en las llamadas Tumbas Reales de Ur. Allí, acompañando a los esqueletos de varios soberanos y de sus guardias y doncellas, sacri-



◆ Leonard Woolley y T.E. Lawrence, más tarde conocido como Lawrence de Arabia, a la izquierda, posando como arqueólogos en Carchemish, Siria, *circa* 1912. Su auténtica misión era reconocer las principales vías de comunicación de la zona e informar sobre las actividades de los alemanes en Oriente Medio.

ficados ritualmente para asistir a los monarcas en el más allá, apareció el fascinante Estandarte de Ur, datado hacia el tercer milenio a.C. Expuesto en el Museo Británico junto con el Arpa de la reina Puabi, también descubierta en las mismas tumbas, el estandarte es una de las principales fuentes visuales, con un sentido casi cinematográfico, sobre la sociedad sumeria en tiempos de paz y de guerra.

Una anécdota para los aficionados a la novela negra viene al caso. Uno de los asistentes durante las excavaciones en Ur fue el joven arqueólogo Max Mallowan, el segundo marido de Agatha Christie. La gran dama del crimen visitó las ruinas de Ur, a invitación de Leonard Woolley, cuando intentaba superar el dolor causado por el fallecimiento de su madre y olvidar el divorcio de su primer esposo. Tras recorrer parte de Europa hasta Estambul en el Orient Express, escenario de una de sus más célebres novelas, la escritora llegó a Iraq y allí, aparte de conocer a su futura pareja, se aficionó a la arqueología, una pasión que ya no abandonaría durante el resto de su vida e inspiraría varias de sus obras. El argumento de una de sus novelas, *Asesinato en Mesopotamia*, escrita en

1936, sucede precisamente en el transcurso de una campaña de excavaciones en Ur y la mujer cuyo asesinato desencadena la trama es un trasunto de Katharine Wolley, la esposa de Leonard, el director de expedición. No en vano, Katharine, una excelente arqueóloga por derecho propio, llegó a detestar a la escritora e intentó hacerle la vida imposible mientras duró su estancia. La venganza de Lady Agatha tuvo forma de libro y fue, como las míticas maldiciones de la antigüedad, eterna.

Como hemos visto en las páginas anteriores, la arqueología egipcia y mesopotámica estuvo protagonizada durante gran parte del siglo XIX por dos países occidentales, Francia y Gran Bretaña, y estuvo en buena medida condicionada, y propulsada, por su rivalidad colonial en Egipto y Oriente Medio. Cada pieza egipcia, sumeria o asiria que entraba en el British Museum o en el Louvre era considerada como una victoria simbólica sobre el competidor y como una confirmación de la gloria nacional. A finales de aquel siglo y principios del XX irrumpió con fuerza en la historia de la arqueología una tercera parte en discordia, Alemania. Tras su unificación y un primer período dominado por el Canciller de Hierro, Bismarck, la política exterior de la nueva potencia estuvo centrada en las combinaciones diplomáticas en Europa. Pero ya con el acceso al trono



◆ El Estandarte de Ur, con el llamado *Panel de la Paz*, mostrando a un rey sumerio presidiendo sobre una festividad con sus cortesanos mientras suena la música y dos hileras de campesinos rinden tributo de animales y grano.

de Guillermo II, en 1888, Alemania se lanzó a una *Weltpolitik*, o política mundial, tendente a rivalizar con otras potencias europeas para la obtención de colonias en África y Asia. Oriente Medio pronto se convirtió también en un objetivo apetecible para la diplomacia y para la pujante ciencia germanas, aunque, como sucedía con franceses y británicos, para Berlín era todavía necesario contar con el ineludible Imperio otomano, ya fuera como potencial enemigo, o como aliado de circunstancias. A su vez, para la Sublime Puerta, no le era del todo inconveniente poder jugar la carta alemana cuando la influencia británica se hacía demasiado onerosa.

Aparte de Karl Richard Lepsius, el sabio que había visitado Egipto a mediados del siglo XIX en una expedición promovida por Federico Guillermo III de Prusia, el gran precursor de la arqueología alemana en Oriente Medio fue el controvertido Max von Oppenheim. Descendiente de banqueros, comerciantes y coleccionistas de origen judío, aunque conversos al catolicismo por razones pragmáticas, Max dejó la carrera de abogado a la que parecía destinado para viajar al mundo árabe, que le fascinaba desde la infancia. En la primera mitad de la década de 1890, tras pasar por España, visitó el Magreb, Egipto y Siria. Interesado en la política exterior, su sangre judía fue la excusa que puso el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores para rechazar su ingreso formal en la Carrera diplomática, pero su conocimiento del árabe y de la región facilitaron que fuera enviado como *attaché* al consulado alemán en El Cairo, en 1895. Allí, haciendo buen uso de su fortuna personal y de su indudable encanto social, comenzó a extender una red de influencia filogermana entre las elites locales que llamó la atención de las representaciones británica y francesa. Después de todo, Londres y París habían conseguido establecer un semi-protectorado sobre el país aprovechando el enorme endeudamiento en el que había incurrido el sucesor de Mehemet Ali, Ismail Pachá, como virrey al servicio del Imperio otomano. Siguiendo los pasos de su predecesor, Ismail Pachá se lanzó a una costosa carrera para modernizar Egipto y para embellecer su capital con vistosos palacios y obras públicas que incluían la iluminación con gas de sus calles. Su objetivo último, también en la estela de Mehemet Ali, era independizar Egipto de la tutela otomana y convertirlo en un instrumento para la emancipación del mundo árabe. Para ello, buscó una mayor involucración de las potencias europeas. Fue su mayor error, pues significaba sustituir una dependencia por otra, como a no tardar sucedió. Bajo su supervisión tuvo lugar la culminación e inauguración,

en 1869, del Canal de Suez, una obra faraónica llevada a cabo por la compañía del diplomático y empresario francés, de ascendencia española por parte materna, Ferdinand de Lesseps. La idea de construir un canal que uniera el Mediterráneo y el Mar Rojo era antigua, pero fueron la visión de Lesseps y el capital, tanto francés como egipcio, que consiguió movilizar para la obra los que finalmente permitieron su realización. Eso sí, con la firme oposición de la Sublime Puerta y de Londres. Esta última capital veía en el proyecto una amenaza para sus líneas de comunicación con la India, la joya de la corona británica. Finalmente, cuando los británicos no pudieron impedir que el Canal viera la luz, aprovecharon que el derrochador Ismail Pachá se vio en la necesidad perentoria de vender sus acciones en la compañía que lo gestionaba para hacerse primero con ellas y, en un posterior golpe de mano, con el control total no solo del Canal, sino del entero país. La excusa para hacerlo fue aplacar un levantamiento local contra el sucesor de Ismail Pachá, su hijo Tawfik, lo que dio origen a la llamada guerra anglo-egipcia de 1882. Tras su victoria, que incluyó un inmisericorde bombardeo de Alejandría, los británicos seguirían ocupando Egipto, de forma más o menos formal, hasta 1956.

La completa sumisión de Egipto a Gran Bretaña fue la ocasión que Alemania, con Max von Oppenheim como uno de sus principales agentes sobre el terreno, intentó explotar con un doble juego. Por una parte, fomentando el nacionalismo árabe, e incluso la yihad o guerra santa, contra la influencia anglo-francesa en el norte de África y Oriente Medio. Por otra, azuzando a la Sublime Puerta, sometida a las pulsiones modernizadoras de los Jóvenes Turcos desde inicios del siglo XX, contra Londres, alegando que era precisamente el imperialismo británico el que más se estaba aprovechando de su debilidad. Complemento de esa doble estrategia fue la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad, con extensión al puerto de Basora en el Golfo Pérsico. Iniciado en 1903 y tan solo terminado en 1940, su propósito era abrir para la economía alemana los recursos de Oriente Medio y, de forma más ambiciosa, del mercado global sin necesidad de pasar por el Canal de Suez bajo control británico. El propio Oppenheim recibió el encargo de realizar varias misiones de reconocimiento para el futuro trazado del ferrocarril por los territorios sirio e iraquí. En el transcurso de una de ellas, en noviembre de 1899, fue cuando descubrió el yacimiento que le haría famoso, en Tell Halalf, en el norte de Siria. Obnubilado por el hallazgo, en 1910 abandonó el servicio diplomático y, aprovechando el restante capital



◆ Max von Oppenheim en el yacimiento de Tell Halaf, Siria, en marzo de 1912.

familiar, se consagró en cuerpo y alma a la arqueología de aquel sitio, que se reveló uno de los más ricos para la comprensión de nuestro pasado. En el mismo fueron halladas las primeras muestras entonces conocidas de cerámica decorada del período neolítico, datada hacía unos 6000 años a.C. Por encima de aquellos antiquísimos estratos, la labor de Oppenheim sacó a la luz los restos de una ciudadela aramea, Gozan, que floreció alrededor del primer milenio a.C antes de ser tomada por los asirios e incorporada a su dominio. Pareciera que el destino de aquellas ruinas, como las de tantas otras en Egipto y Mesopotamia, era pasar de las manos de un imperio a otro.

Cuando la I Guerra Mundial convirtió Oriente Medio en uno de sus escenarios, como todo buen amante del cine conoce tras haber visto a Peter O'Toole encarnando al *Lawrence de*

Arabia de David Lean, Oppenheim tuvo que abandonar el pico y la pala para contribuir al esfuerzo de guerra alemán. Lo hizo de la mejor manera que sabía. En aquella contienda, la Sublime Puerta, en ese momento gobernada por los Jóvenes Turcos, se alió con las potencias centrales con la esperanza de sacudirse la tutela británica. Para animar a su población y, de paso, a los súbditos árabes del Imperio otomano, contra los Aliados, Oppenheim, recién nombrado jefe del *Nachrichtenstelle für den Orient* (Oficina de Inteligencia para el Oriente), utilizó el recurso que ya había ensayado antes de la guerra cuando estaba destinado en El Cairo: la llamada a la yihad global, esta vez dirigida por el sultán otomano como cabeza de los creyentes. Era demasiado tarde. Los árabes estaban siendo movilizados también para librar su particular guerra santa, pero en este caso contra la dominación otomana. En esa guerra de sombras, Oppenheim perdió la contienda contra otro arqueólogo tornado en espía, su némesis Lawrence de Arabia, reclutado por el *Arab Bureau* británico en El Cairo para liderar la que sería conocida como Revuelta Árabe contra Constantinopla. No todo estaba perdido, empero, para poder proseguir su otra pasión. Tras retornar a su país en 1917, fundó en Berlín un Instituto para la Investigación de Oriente, el *Orient-Forschungsinstitut*, desde el que pudo reanudar en 1927 las excavaciones en el yacimiento de Tell Halaf. Parte de las piezas allí extraídas fueron transportadas a Alemania, donde Oppenheim abrió con ellas su propio museo, que más tarde sufrió los bombardeos aliados durante la II Guerra Mundial. Los restos que pudieron ser rescatados del desastre fueron almacenados en el Museo de Pérgamo durante los años de la Alemania comunista. Tras la reunificación, fueron mostrados, una vez restaurados, en una exhibición especial que tuvo lugar en Berlín en 2011 para conmemorar la figura y el legado del arqueólogo, aventurero, espía y frustrado diplomático alemán. Con él se cerró toda una época en la historia de la arqueología en la que, demasiado a menudo, la voluntad de poder, la vanidad y la codicia se impusieron al método científico y a la sana cooperación entre las naciones en la búsqueda del conocimiento. Por fortuna, hubo honrosas excepciones, y a algunas de ellas vamos a dedicar el resto de este ensayo. Comenzaremos por quien fue, muy probablemente, el mejor orientalista español del siglo XIX: Adolfo Rivadeneyra y su viaje en el interior de Persia. Pero, antes, exploraremos en los dos siguientes capítulos algunos episodios en la historia de aquel fascinante país, que hoy conocemos como Irán, y redescubriremos las ruinas de Persépolis en compañía de otro de nuestros protagonistas en la senda de la diplomacia, la arqueología y la aventura, el embajador García de Silva y Figueroa.

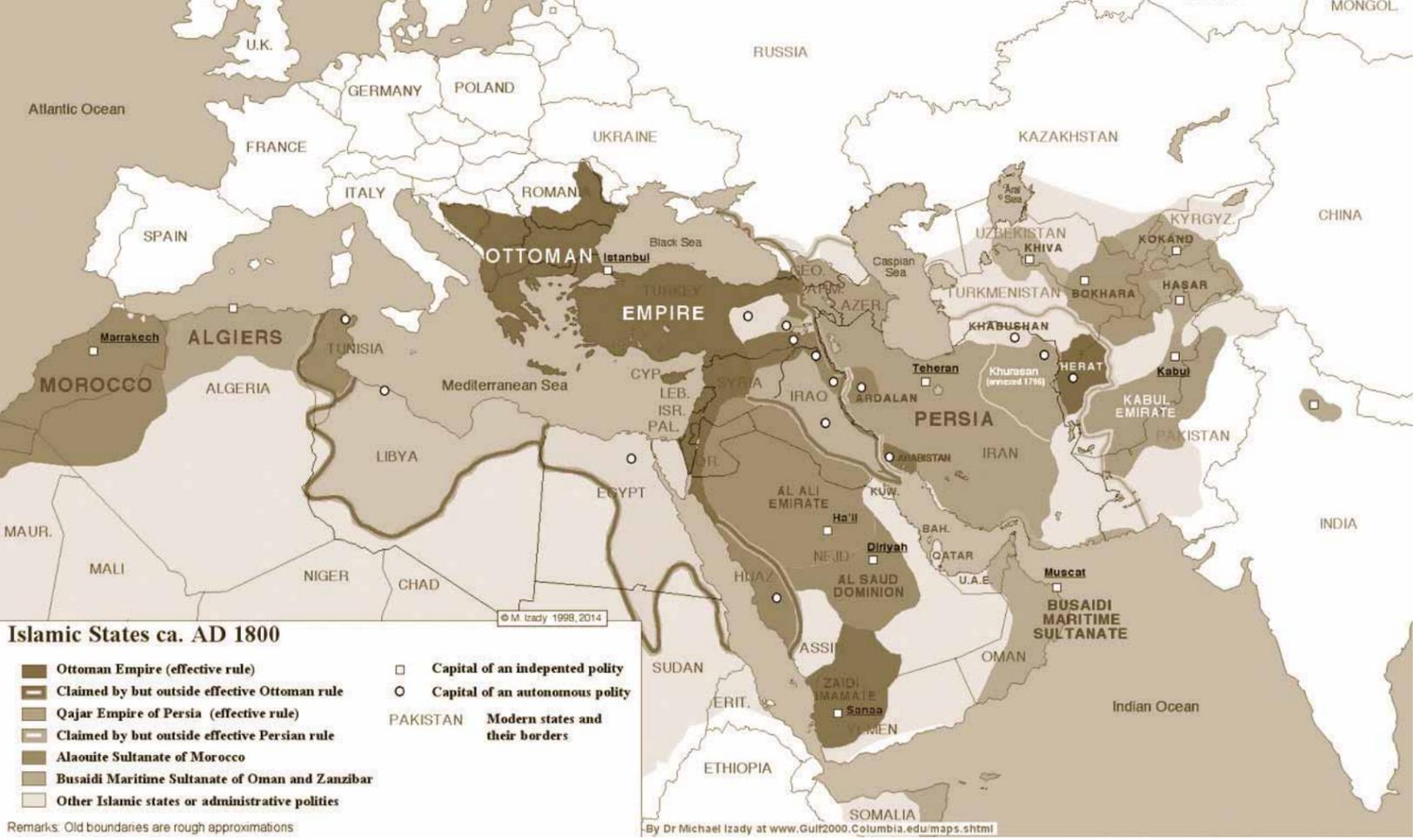


EL CAMINO A PERSIA

Persia, o Irán, como es oficialmente denominado el país desde 1935, no fue ajeno a las vicisitudes de Oriente Medio durante el siglo XIX y a los intentos por parte de las potencias occidentales para extender sus respectivos protectorados o esferas de influencia en la región. Sin embargo, a diferencia de las provincias árabes del Imperio otomano y en mayor medida que la Sublime Puerta, pudo mantener su independencia. No fue fácil, pues en Persia convergían las apetencias y las rivalidades de Londres y Moscú en un preludio de lo que a finales del siglo sería conocido como el Gran Juego, cuyo fin era controlar las rutas de Asia central que permitían, prolongándose a través de Afganistán y Pakistán, el acceso a la India británica.

Merced a su localización geográfica privilegiada, Persia ha desempeñado a lo largo de la historia una función de pivote entre Oriente y Occidente y, dentro del mundo islámico, al que se incorporó en el siglo VII, entre el Imperio otomano y los pueblos árabes. En el siglo XIX, esa situación, tantas veces plena de oportunidades, se convirtió en una fuente de amenazas. La señal estaba escrita en la pared desde hacía tiempo. En 1722, la tierra de Zoroastro, Ciro el Grande, Darío I o Jerjes I, la cuna de uno de los imperios y civilizaciones que habían contribuido a definir el curso de la Antigüedad en su épico enfrentamiento contra Grecia, hasta la conquista de Alejandro Magno en el siglo IV a.C., fue invadida por una tribu procedente de Afganistán. La reinante dinastía safávida, que regía los destinos de Persia desde 1501, cayó como un castillo de naipes. Los safávidas eran en origen una orden religiosa sufí de estirpe turco azerí que fue ganando adeptos

◆| Fotograbado coloreado de Antoin Sevruguin, un fotógrafo de origen georgiano, mostrando un vendedor de especias y farmacopea en Teherán. *Autour du monde, aquarelles, souvenirs de voyages, en Perse. Types, costumes et Moeurs*. Editorial L. Boulanger, París, 1890.



◆ A inicios del siglo XIX, el Imperio persa bajo la dinastía Qajar se encontraba en la intersección entre el mundo otomano y el árabe y entre las pulsiones expansionistas del Imperio zarista hacia Asia central, el Golfo Pérsico y el Índico y la determinación británica de impedir que dicha expansión pusiera en peligro las vías de comunicación de la Royal Navy a través del Mediterráneo oriental y alcanzara la joya de su corona: la India.

gracias al carisma de su fundador, Safi ad-Din. Uno de sus sucesores, Ismail, profesaba la fe chií duodecimana, es decir, la que considera que la legitimidad en el Islam se manifiesta en los Doce Imanes descendientes de Ali, el yerno del Profeta, casado con su hija Fátima. Al extender a inicios del siglo XVI su control territorial sobre gran parte de Persia, los safávidas hicieron que el chiismo terminara convirtiéndose en la variante del Islam que se impuso en el país hasta nuestros días. La dinastía safávida así consolidada fue la primera en más de un siglo, desde el fin del anterior Imperio timúrida, capaz de reunificar el Imperio persa y convertirlo nuevamente en una potencia regional. Ello provocó el recelo del Imperio otomano, de confesión suní, que temía la formación de un poderoso Estado en sus fronteras orientales. Las guerras entre otomanos y safávidas fueron constantes durante los siguientes tres siglos por el control de las provincias fronterizas del Cáucaso, Anatolia y Mesopotamia. Persia tenía, además, que enfrentarse

a las incursiones de uzbekos y afganos desde el este y a la creciente presencia de los europeos a lo largo del Golfo Pérsico, primero portugueses y españoles y posteriormente ingleses y holandeses. Pese a los múltiples frentes abiertos, los safávidas consiguieron sobrevivir y, bajo el Shah Abbas (1588-1629), alcanzaron su momento de mayor esplendor. Abbas, conocido como el Grande, situó la nueva capital de Persia en Isfahán, reorganizó el ejército, creó una eficaz burocracia centralizada y meritocrática e impulsó las artes. En política exterior, buscó establecer alianzas con las principales potencias europeas para enfrentarse al común enemigo otomano. La más interesada, en principio, era la Monarquía Hispánica, que a principios del siglo XVII también incorporaba al Imperio portugués. Pero cuando la embajada de García de Silva y Figueroa fracasó, como veremos más adelante, al empeñarse Abbas en recibir como compensación de su alianza las plazas portuguesas de Ormuz y Bahrein, el shah persa se inclinó por afirmar los lazos con Inglaterra y su Compañía de las Indias Orientales, con cuya ayuda consiguió hacerse con aquellos enclaves estratégicos en el Golfo Pérsico. La expansión safávida también se produjo en territorios del actual Iraq, en el oeste, y, en el este, hacia Afganistán y la India, donde había comenzado a reinar la dinastía mogul. Todos estos avances, sin embargo, no fueron duraderos. Durante el resto del siglo XVII, sobre la frontera del Cáucaso comenzó a proyectarse la sombra del cada vez más poderoso Imperio ruso, mientras que ingleses y holandeses, que habían utilizado a Persia como un aliado de circunstancias contra la Monarquía hispano-lusa, terminaron por limitar sus vías de comunicación comerciales con Asia oriental, la península arábiga y las regiones costeras de África. Así rodeada y gobernada por monarcas cada vez más ineficaces tras la muerte de Abbas, la Persia safávida fue declinando irremediabilmente. Sus fronteras, crecientemente desprotegidas, fueron reiteradamente invadidas desde el Cáucaso y Mesopotamia. Pero la mayor amenaza provino de Afganistán, entonces una provincia safávida, cuando el gobernador local pretendió convertir a la población, mayoritariamente suní, al chiismo. Rebelados, los afganos llevaron la guerra al corazón de Persia. Uno de sus líderes, Mahmud, tomó en 1722 Isfahán, forzó al último shah safávida a abdicar y se proclamó monarca. Al mismo tiempo, la Rusia de Pedro el Grande aprovechó el caos para hacerse con las provincias persas del norte del Cáucaso y los otomanos recuperaron los territorios de Iraq que habían sido conquistados por Abbas, incluyendo Bagdad. Por el Tratado de Constantinopla de 1724, Rusia y la Sublime Puerta acordaron

consolidar y reconocerse sus respectivas ganancias a costa de Persia. Pese a un conato de recuperación bajo el liderazgo de Nader Shah, un antiguo esclavo de la provincia de Jorasán, la dinastía safávida finalmente desapareció en 1760. Su sucesora fue la dinastía Qajar. Como los safávidas, los qajar eran una tribu turcomana dedicada al pastoreo que habitaba en el norte de Irán. Aprovechando el estado de anarquía en que se sumió Irán tras la muerte de Nader, Aga Mohamed Khan, un miembro de la tribu que había sido hecho prisionero y castrado por sus rivales antes de conseguir escapar, se erigió en el unificador del Imperio, estableció una nueva capital en Teherán en 1786 y se lanzó a la reconquista del Cáucaso. Tras afirmar su poder, se proclamó shah en 1789, estableciendo así una nueva dinastía que habría de reinar hasta 1925. Una de las principales líneas de continuidad entre los qajar y los safávidas fue la pervivencia del chiísmo como religión oficial, perpetuando una difícil coexistencia entre el liderazgo secular y el religioso que, demasiado a menudo, degeneraba en fuente de querellas y conflictos abiertos entre ambos. Esta fractura permanente y el hecho de que el país se encontrara en la encrucijada geográfica donde confluían un imperio a la defensiva, el otomano, y dos extraordinariamente dinámicos y agresivos, el británico y el ruso, puso a Persia en una situación muy delicada. Tentados a principios del siglo XIX por Napoleón, que esperaba, una vez conquistado Egipto, atravesar Persia en el camino hacia la India, los qajar se percataron de que Francia se había aliado con su archienemiga Rusia por el Tratado de Tilsit de 1807. Esa alianza fue percibida como una traición y echó a Teherán en manos de Gran Bretaña, con consecuencias nefastas. El embajador británico Sir Harford Jones, un orientalista de vocación, fue quien firmó el primer Tratado anglo-persa en 1809 con el segundo soberano de la dinastía Qajar, Fath-Ali-Shah (1797-1834). Ello no impidió que Persia tuviera que enfrentarse en solitario a los avances rusos, que se consolidaron tras dos guerras sucesivas, entre 1804 y 1827. No sería la última vez que fue abandonada por sus supuestos amigos británicos. Por el Tratado de Torkamantchay, de este último año, Rusia consiguió imponer a Persia unas condiciones humillantes, que se manifestaron en una ulterior pérdida de territorios en el Cáucaso, incluyendo la totalidad de Armenia, así como la creación de un régimen de capitulaciones similar al que las potencias occidentales venían gozando en el Imperio otomano, es decir, el derecho a que los comerciantes rusos y, por la aplicación de la cláusula de nación más favorecida, pronto de otras potencias europeas, fueran tratados por su jurisdicción de origen, así como a

disfrutar de privilegios de los que estaban excluidos los propios locales. A esta humillación, pronto siguió la pérdida de las últimas posesiones persas en Afganistán. Ante una situación tan desesperada, el nuevo monarca, Mohamed Shah (1834-1848), hubiera debido afrontar la reforma en profundidad de las estructuras del Imperio, comenzando por un ejército que dejaba mucho que desear, pero su indolencia le dejó en manos del visir Mirza Aqasi, un sufí que aprovechó su poder para enriquecerse y confrontar la influencia de los clérigos chiíes a favor de sus correlegionarios. Una de las medidas que adoptó para limitar el control de los ulemas fue abrir Persia a misioneros cristianos. El país comenzó a recibir decenas de misiones católicas y protestantes, lo que supuso la gradual penetración de costumbres y técnicas occidentales. Aunque el proselitismo entre los musulmanes seguía estando estrictamente prohibido, la presencia tolerada de enclaves europeos provocó el interés de los sectores más progresistas e incitó el despertar de algunas minorías dentro del Islam con tendencia sincretistas, como el baháismo. Por otro lado, no se hizo esperar una fuerte reacción ultraconservadora por parte de los más fervientes creyentes chiíes y de los clanes tradicionales en el seno de los qajar. Su alianza supuso el relegamiento del visir y el fin de su tímido aperturismo. Al cabo, le cupo al cuarto soberano de la dinastía, Naser od-Din Shah (1848-1896), intentar acometer las reformas que sus predecesores habían abandonado. Fue durante la primera parte de su reinado, con la inestimable ayuda del nuevo visir Amir Kabir, cuando Persia se adentró en un consistente programa de reformas orientado a hacer entrar el país en la modernidad y fortalecer su autonomía estratégica. A tales fines, Kabir puso en marcha un ambicioso plan de obras públicas, mejoró el sistema impositivo, estableció un sistema regular de levas para nutrir el ejército y creó escuelas de formación técnica y científica con profesores europeos para educar a las nuevas elites. Sobre todo, se atrevió a continuar recortando el poder de los ulemas, lo que, en última instancia, y como fue el caso de su predecesor, provocó su caída. Sus sucesores, más prudentes, o menos interesados en abrir el país a los vientos de cambio, frenaron la mayoría de las iniciativas modernizadoras de Kabir. Con todo, Nader od-Din Shah era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que el atraso de Irán, la recurrencia de hambrunas a causa del estancamiento de la agricultura y su debilidad ante vecinos poderosos, demostrada de nuevo durante la Guerra de Crimea y el Tratado de París de 1857 que la puso fin, podían convertirse en tantas mechas para hacer volar el débil entramado

do sobre el que se sustentaba el poder de la dinastía Qajar. Era necesario, al modo del *Gatopardo* de Lampedusa, que todo cambiara para que todo siguiera igual. Si el impulso de la reforma no podía venir desde dentro por la resistencia de los grupos más conservadores, sería necesario buscarlo en el exterior. Su afán era ser percibido como el soberano capaz de elevar Persia a un rango que le permitiera tratar como iguales a las principales potencias del momento. Era necesario para ello aprender cómo sus rivales habían conseguido progresar e importar sus métodos, eso sí, sin poner en riesgo el control absoluto del monarca. Con tal fin, Nader od-Din Shah realizó entre 1873 y 1889 tres viajes que podrían denominarse “de instrucción” que le llevaron sucesivamente al Imperio otomano, a Rusia y a varios países de Europa occidental. Tras cada uno de ellos, retornó con proyectos nuevos para poner en práctica. Por desgracia, lejos de favorecer un despegue nacional, la penetración de capital e ideas desde el exterior favorecida por el shah hizo al país todavía más dependiente de las dos potencias que seguirían condicionando su destino durante la primera mitad del siglo XX, Rusia y Gran Bretaña. Como había sucedido en Egipto bajo los gobiernos de Mehemet Ali y de Ismail Pachá, enteros sectores de la economía persa pasaron a estar controlados desde centros de poder foráneos, aunque, obviamente, con suculentos réditos para los miembros prominentes de la dinastía. Así, el monopolio de los ferrocarriles y de las minas de carbón y de metal fue entregado al barón Reuter, el emprendedor anglo-alemán fundador de la agencia de noticias homónima, si bien la presión de Moscú consiguió que la cesión fuera anulada y entregada a compañías rusas, al igual que la gestión de los puertos del Caspio. Como compensación, los herederos de Reuter obtuvieron en 1889 el permiso para crear el Banco Imperial Persa, con licencia para ser el único emisor de papel moneda. Los británicos obtuvieron asimismo desde 1890 el control de la producción y distribución de tabaco, uno de los principales productos de exportación y consumo persas. Para redondear,

◆ Naser od-Din Shah, IV rey de la dinastía Qajar de Persia, fotografiado por Luigi Pesce, *circa* 1855. Pesce fue un oficial napolitano contratado para entrenar al atrasado ejército persa, aunque su auténtica pasión era la fotografía. Su cámara recogió diversos aspectos de la sociedad persa a mediados del siglo XIX, así como los primeros testimonios fotográficos de numerosas ruinas de la época aqueménida. Las colecciones fotográficas de Pesce se encuentran hoy repartidas entre el Palacio de Golestán en Teherán, el Metropolitan Museum de Nueva York y el Getty Research Institute en Los Ángeles. Esta fotografía del monarca Qajar pertenece a la colección del Metropolitan Museum. El álbum ahora en posesión del Getty Institute había sido ofrecido por Luigi Pesce a su amigo Henry Rawlinson, el cónsul británico en Teherán, quien, como hemos visto, era además un consumado lingüista. A él se debió el desciframiento de la inscripción de Behistún, la llave para abrir el misterio de la escritura cuneiforme.





◆ Fiesta de Salam en el Palacio del Shah, Teherán, *circa* 1855, fotografía por Luigi Pesce. Metropolitan Museum de Nueva York.



◆ La Puerta Nueva de Teherán, *circa* 1855, por Luigi Pesce. Metropolitan Museum de Nueva York.

en 1901, el magnate británico del petróleo William Knox D'Arcy obtuvo el permiso para explorar y explotar petróleo en todo el país, menos en seis provincias del norte bajo influencia rusa. Finalmente, hasta las mismas aduanas fueron puestas en manos de agentes belgas. Esta fue la gota que colmó el vaso. Los ulemas, recelosos de cualquier influencia extranjera, los terratenientes venidos a menos y los comerciantes de bazar cuyos negocios estaban cada vez más supeditados al control extranjero de las finanzas locales y a los vaivenes de los mercados internacionales se revolvieron contra el régimen qajar, al que consideraban vendido a los extranjeros. Al mismo tiempo, los primeros conatos de movimientos nacionalistas y constitucionalistas, formados por jóvenes persas educados en Europa o entre los círculos reformistas otomanos conocidos como los Jóvenes Turcos, comenzaron a demandar cambios políticos en profundidad. Las algaradas se sucedían, a menudo tornándose violentas. En tal ambiente, el 1 de mayo de 1896 un agitador asesinó al shah a la salida de un mausoleo donde se había detenido a rezar.



◆ Eunucos en la Mezquita de Damegán fotografiados por Luigi Pesce, *circa* 1855. Metropolitan Museum de Nueva York.



◆ Mujer armenia en Teherán, *circa* 1855, fotografiada por Luigi Pesce. Metropolitan Museum de Nueva York.

La entrada de Persia en el nuevo siglo fue turbulenta. Las potencias, sobre todo Rusia y Gran Bretaña, intentaron sacar rédito de la confusión que siguió al asesinato del shah Nader y dominar a su débil sucesor, Mozaffar od-Din Shah. Mientras Londres incitaba a los sectores reformistas, Moscú intentaba mantener a toda costa en el poder a los círculos más conservadores de la dinastía próximos a sus intereses económicos y estratégicos. Sin embargo, cuando tras perder la guerra contra Japón en 1905 se produjo en Rusia la primera revolución, la situación se alteró y los reformistas persas empezaron a observar con interés los cambios constitucionales que en 1906 llevaron a la creación de la Duma, el primer parlamento ruso. Para evitar que cundiera el ejemplo y ello se tradujera en una mayor influencia de Moscú, Londres jugó a dos cartas: comenzó a financiar a las fuerzas conservadoras al tiempo que intentaba moderar a las incipientes facciones reformistas. La secuencia siguiente respondió a una intervención “blanda” de manual en los asuntos de otro Estado. El Ministro de la Legación británica en Teherán, Arthur Hardinge, utilizó el control del Banco Imperial Persa para financiar a los ulemas chiítas y para organizar la visita del nuevo shah a Londres en agosto de 1902, tras la coronación de Eduardo VII, con la esperanza de impresionarle con los fastos de la Corte de San Jaime y, al tiempo, realzar su posición doméstica. Poco después, Evelyn Grant Duff, el Encargado de Negocios británico cuando Hardinge abandonó su puesto por otro destino en 1905, ofreció asilo en los jardines de su Legación y cooptó a los partidarios de dotar a Persia con un parlamento y una constitución moderna. Bajo influencia británica, la nueva constitución fue adoptada en 1906, aunque, bajo presión de los clérigos chiítas, también apoyados por Londres, se añadió un suplemento a la misma en cuyo artículo II se afirmaba que ninguna ley aprobada por el legislativo podía ser contraria a los preceptos del Islam. En otras palabras, empleando términos en farsi que continúan resonando en la vida política iraní, un sistema constitucional (*mashruta*) tolerado, no podía sobreponerse en última instancia a un régimen basado en la religión (*mashru’a*). Cualquier conato de revolución pro-rusa quedaba así cortado de raíz. Moscú, con todo, no se quedó de brazos cruzados. El impulso revolucionario que dio origen a la Duma pronto fue frenado y las pulsiones autoritarias terminaron imponiéndose hasta la Revolución de 1917. La renovada política zarista en Irán encontró que el precario equilibrio interno logrado con el compromiso entre las fuerzas seculares y religiosas preservaba también sus principales intereses estratégicos y económicos. La forma de

sellar el nuevo *statu quo* fue mediante el acuerdo secreto anglo-ruso de 1907, por el que Irán quedó dividido en dos zonas de influencia; el norte, hasta Isfahán, para Moscú y el sudeste, cercano a la frontera con Afganistán, para Londres, con una zona neutral intermedia. El acuerdo de 1907 tuvo una gran trascendencia geopolítica más allá de Oriente Medio, pues junto con la Entente Cordiale anglo-francesa de 1902 y el previo acuerdo franco-ruso de 1894 contribuyó a conformar la Triple Entente que habría de enfrentarse a las potencias centrales en la I Guerra Mundial. Durante la misma, Persia declaró oficialmente su neutralidad, pero parte de su territorio terminó siendo un campo de batalla entre Rusia y Gran Bretaña, por un lado, y el Imperio otomano aliado con Alemania, por otro. Al terminar la guerra, y vista la importancia que habían adquirido los yacimientos petrolíferos persas, Londres intentó formalizar su protectorado aprovechando el caos que siguió a la Revolución rusa y la propia anarquía que reinaba en una Persia arrasada por la guerra. La reacción de una parte del ejército persa al intento de ocupación militar británica estuvo dirigida por un oficial carismático llamado Reza Khan, quien en 1921 dio un golpe de Estado de orientación nacionalista y en 1925 depuso al último monarca de la dinastía Qajar. Ese mismo año, Reza Khan ascendió al trono y eligió como nombre Reza Pahlaví, dando origen así a la última dinastía reinante en Irán, la Pahlaví, hasta la revuelta clerical de 1979 encabezada por el ayatolá Jomeini.

Desde el punto de vista del redescubrimiento del pasado, el período que venimos de sobrevolar, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, contempló los primeros pasos de la arqueología moderna en Persia. En un proceso similar al seguido en Egipto o Iraq, fueron algunos pioneros europeos, a menudo llegados al país en cumplimiento de funciones diplomáticas o consulares, los que abrieron el camino. Un primer ejemplo de excavaciones realizadas bajo cobertura de una misión diplomática fueron las emprendidas por William Kennett Loftus, un geólogo aficionado a la historia antigua que formó parte de la Comisión para la delimitación de la frontera turco-persa entre 1849 y 1852. La Comisión, integrada por expertos rusos y británicos, respondía a un intento por parte de Londres y Moscú para evitar que una de las dos capitales aprovechara unilateralmente los continuos conflictos entre las dos potencias islámicas. Loftus, quien había comenzado sus indagaciones arqueológicas en Nínive y Uruk, pronto se sintió tentado por unas ruinas del lado persa de la frontera que identificó como la



◆ Reza Khan al frente de una compañía de cosacos del ejército persa con la que dio el golpe de 1921, preludio de la caída de la dinastía Qajar y del ascenso de la dinastía Pahleví.

bíblica Susa, un centro urbano cuyos orígenes se remontaban al V milenio a.C. y que llegó a ser capital del Imperio aquéménida bajo Darío I. Allí vislumbró la célebre apadana, una sala hipóstila ceremonial semejante a la de Persépolis, donde fue hallada una inscripción en la que el monarca persa relata la construcción de su suntuoso palacio y, de paso, nos permite tener una idea de las vastas redes comerciales que confluían en su imperio y de los pueblos con los que se relacionaba:

“Este palacio que he construido en Susa desde tierras extrañas lo he ornamentado. Hasta la roca bajo tierra alcanzan sus cimientos; sobre los despojos de la tierra ha sido elevado con ladrillos secados al sol por el pueblo de Babilonia. La madera de cedro fue traída del monte Líbano por el pueblo asirio hasta Babilonia y desde esta ciudad fue transportada hasta Susa por jonios y carios. La madera de yaka fue traída de Gandara y Carmania. El oro llegó desde Sardis y desde Bactria y aquí fue labrado. El lapislázuli y la cornalina vinieron desde Sogdiana y aquí fueron labrados. La turquesa vino desde Corasmia y aquí fue labrada. La plata y el ébano provinieron de Egipto y aquí fueron labrados. Los ornamentos de las

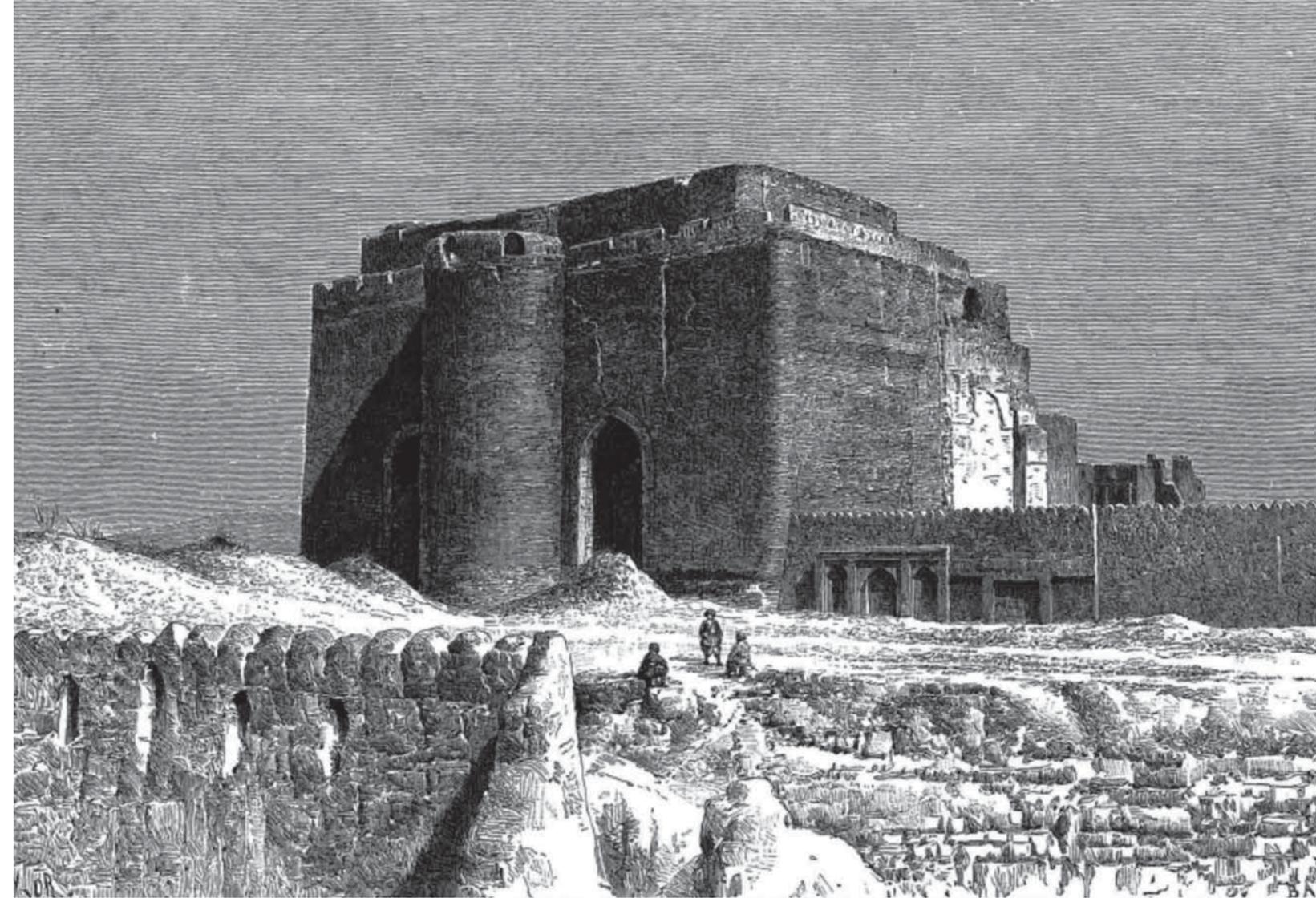
paredes fueron traídos desde Jonia y el marfil desde Etiopía, Sind y Aracosia. Las piedras de las columnas vinieron desde un pueblo llamado Abiradu, en Elam, y fueron esculpidas por sardos y jonios. Los orfebres que trabajaron el oro eran medos y egipcios; quienes tallaron la madera eran sardos y egipcios; quienes cocieron los ladrillos eran babilonios; quienes adornaron las paredes eran medos y egipcios. Darío el rey dice: en Susa fue completada una obra magna. Que Ahuramazda me proteja, y a Histapes, mi padre, y a mi país³. ”

Los británicos no concedieron la importancia que merecía al hallazgo de Loftus, quien terminó retornando a Iraq para seguir cultivando su pasión por las ruinas. Fue una pareja de arqueólogos franceses la que tomó el relevo en Susa. Francia, cierto es, se había quedado atrás en la carrera por influir en Persia, ya que carecía de los medios económicos y militares en la región para intentar competir con Gran Bretaña y Rusia. Esas carencias intentaba compensarlas mediante lo que ahora llamaríamos el “poder blando” o, en buen francés, *le rayonnement culturel*. La idea de los derechos del hombre emanada de la Revolución francesa atraía a una minoría de intelectuales reformistas persas, a menudo reunidos en torno a logias francmasónicas. Por su parte, en el entorno de la corte Qajar no faltaban personajes formados en Francia, así como educadores e institutrices de aquel país. El propio médico personal de Naser od-Din Shah era un francés, el doctor Tholozan. El buen doctor tenía entre sus mejores amigos a un matrimonio interesado en la arquitectura y la historia del arte, Marcel y Jane Dieulafoy. La pareja era adicta a la aventura y la propia Jane no dejaba de asombrar a sus contemporáneos adoptando vestimentas y cortes de pelo masculinos para poder adentrarse en lugares vedados por entonces a las mujeres. Cuando su marido fue alistado para la guerra franco-prusiana en 1870, ella se vistió de uniforme para ir al frente con él. Terminado el conflicto, ambos se dedicaron a la conservación de monumentos históricos en el entorno de Toulouse y fue entonces cuando conocieron a uno de los pioneros de la fotografía arqueológica, Eugène Trutat. Deseoso de poner en práctica lo aprendido, el matrimonio Dieulafoy aceptó en 1881 una invitación del Ministerio de Instrucción Pública para recorrer el Cáucaso, Mesopotamia e Irán y realizar una investigación sobre la influencia del arte medio-oriental en la arquitectura europea y, en concreto, en los orígenes del estilo gótico. Durante el periplo, que duró catorce meses,

³ El texto, y otros muchos en antiguo persa, puede consultarse en línea en: www.avesta.org.

Jane anotó en un diario de viaje sus percepciones sobre los lugares recorridos. El resultado fue una colección de artículos aparecidos bajo su nombre en la revista “Le Tour du Monde”, más tarde recogidos en dos volúmenes: *La Perse, la Chaldée et la Susian*, publicado en 1887 y *À Suse: journal des fouilles*, el año siguiente. Marcel, su marido, no se quiso quedar atrás y escribió una obra que se convertiría en un clásico en la materia, *El arte antiguo de Persia*, ilustrada con grabados y fotografías realizados por su esposa. Con la protección del propio shah, los Dieulafoy retornaron a Persia en 1885. Su esperanza era continuar las excavaciones iniciadas por Loftus en Susa y lo consiguieron. La segunda expedición fue un éxito aún mayor que la primera, pues en la antigua capital de Darío I encontraron piezas que hoy forman parte del canon recuperado del arte aqueménida, como el célebre friso de los arqueros y una parte del friso de los leones. Con los hallazgos realizados, el matrimonio llenó casi trescientas cajas de piezas de extraordinario valor que fueron enviadas subrepticamente a Francia y dieron origen a la colección de arte persa del Museo del Louvre, albergada en las salas que llevan su apellido. La reacción del shah al enterarse de que buena parte de los tesoros de Susa habían sido extraídos del país abusando de su confianza fue al principio furibunda. Pero, hombre vanidoso y de voluble carácter como era, bastó una invitación del gobierno francés a la inauguración de las colecciones persas en París para que se apaciguara y, en 1895, terminara otorgando a Francia el monopolio de las excavaciones arqueológicas, con el derecho añadido de hacerse en propiedad con sus hallazgos. La única condición era compensar a las arcas persas las piezas de oro y plata encontradas. El privilegio, que provocó las airadas críticas de la naciente *intelligentsia* reformista, fue finalmente revocado en 1927, tras el derrocamiento de la dinastía Qajar y el ascenso de Reza Pahlaví, un político de clara orientación nacionalista, aunque, al mismo tiempo, muy inclinado hacia Alemania en política exterior como medio para librarse de la tradicional tutela anglo-rusa. De hecho, el gran beneficiario del cambio de aires en Teherán fue el arqueólogo germano Ernst Herzfeld, quien se haría un nombre en los anales de la disciplina con su trabajo, en parte financiado por universidades estadounidenses, en las ruinas de Persépolis y Pasargada.

En cuanto al matrimonio Dieulafoy, tras su aventura en Oriente Medio, Marcel y Jane continuaron su vida errante, realizando numerosos viajes para la revista “Le Tour du Monde” por Europa y América, pero hubo un país que les acabó fascinando tanto o más que



◆ Fortaleza de Tabriz, dibujo de Jane Dieulafoy, 1887.

Persia: España. En efecto, ambos se convirtieron en renombrados hispanistas, evitando el romanticismo pintoresco en el que cayeron tantos de sus compatriotas. Sus sesudos, a la par que amenos, estudios sobre sobre la catedral de Ávila, la escultura policromada o Santa Teresa, así como las obras del Siglo de Oro que hicieron representar en su mansión parisina así lo atestiguan. Marcel llegó incluso a traducir al francés la obra *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro y Jane hizo lo propio con *La perfecta casada* de Fray Luis de León. En nuestro país encontraron, asimismo, un público ávido de leer acerca de sus descubrimientos arqueológicos y sus llamativas vidas. Pronto, revistas como la “Ilustración Ibérica” comenzaron a publicar por entregas sus libros sobre las excavaciones en Persia e “Iris”, la revista de moda barcelonesa, dedicó un amplio reportaje a Jane y su peculiar, para la época, modo de vida, el propio de una mujer culta y dueña de su destino.



◆ Jane Dieulafoy vestida de uniforme en las ruinas del palacio de Darío, 1881



◆ Jane Dieulafoy retratada en su mansión parisina en abril de 1893 por el célebre fotógrafo Dornac. Biblioteca Marguerite Durand, París.

ATARDECER EN PERSÉPOLIS

El interés español por Persia desde la segunda mitad del siglo XIX, aunque menos intenso que el de otras principales naciones europeas, tenía hondas, aunque muchas veces obviadas, raíces. Como nos recuerda el arabista Juan Vernet en su imprescindible obra *Lo que Europa debe al Islam de España*, la común pertenencia de Persia y al-Andalus a la Casa del Islam, aunque en extremos geográficos opuestos, hizo que sus gentes participaran durante varios siglos en un intenso intercambio de arte, ciencia, literatura, usos y costumbres de todo tipo. Sabemos, además, que desde la península ibérica muchos de los saberes importados desde Oriente Medio y, por su intermediación, incluso desde la India, llegaron a Europa occidental y contribuyeron a los sucesivos renacimientos medievales. No faltaron tampoco personajes procedentes de Persia instalados en el sur de España hasta la caída del reino nazarí en 1492. Ibn Battuta, el gran viajero del siglo XIV, relata su encuentro con faquires persas en Granada, donde se habían asentado por la similitud de su paisaje con su patria de origen. En los reinos cristianos había también referencias cultas a Persia, ya fuera por su relación conflictiva con la Grecia clásica o por la historia, entonces muy popular, de la captura de la Vera Cruz por el emperador persa Cosroes II cuando tomó Jerusalén en el siglo VII. Poco después, el emperador bizantino Heraclio la recuperó tras vencer a Cosroes en la batalla de Nínive, en el año 627, y la devolvió a su lugar de origen. Un tapiz flamenco que relata la historia de la toma de Jerusalén por Cosroes y la posterior exaltación de la Vera Cruz obraba en posesión de Fernando el Católico y entró a formar parte más tarde del Museo de la Seo en Zaragoza.



◆ Vista de Persépolis, por Luigi Pesce, circa 1850.
The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.



◆ La batalla de Ninive, por Piero della Francesca, circa 1466. Basílica de San Francisco, Arezzo.

La negativa imagen de Persia, como tradicional enemigo del Occidente clásico y, luego, cristiano, fue variando a medida que ambos tuvieron que enfrentar adversarios comunes. Ya Jaime II de Aragón había intentado, como parte del proyecto de recuperación de los Santos Lugares, urdir una alianza con Ghazan Khan, monarca de la dinastía Ilkana, de estirpe mongola, que gobernó Persia durante el siglo XIII. La idea era ayudar al khan a tomar Jerusalén, entonces en poder de los mamelucos egipcios. La campaña fracasó cuando los persas, tras conquistar Homs y Damasco, tuvieron que retornar apresuradamente a su tierra por el mal tiempo al que tuvieron que enfrentarse en el desierto sirio. Un siglo más tarde, fue un rey castellano, Enrique III, quien envió una embajada encabezada por Ruy González de Clavijo a Tamerlán, dominador entonces de Persia, con el fin de explorar una alianza contra el Imperio otomano. Esta fue una constante en el período posterior a la caída de Constantinopla en 1453 que se exacerbó durante el reinado de la Casa de los Austrias hispánicos, pero que ya se encontraba presente en la política exterior de los Reyes Católicos. Bajo el reinado de estos, el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería fue enviado a Egipto en 1501, en la llamada *Legatio Babylonica*, para negociar con el sultán el acceso a los Santos Lugares, pero también para informarse acerca del estado de las cosas en Persia. En su correspondencia con Pedro Fajardo y Chacón, I marqués de Los Vélez, Anglería se refiere al shah Ismail I, fundador de la dinastía safávida, como uno de los mayores monarcas del orbe, de

quien cabría esperar que se convirtiera al catolicismo y ayudara a la Cristiandad a deshacerse de la amenaza turca. En realidad, Pedro Mártir estaba confundiendo al shah con una variante de la leyenda del Preste Juan, el imaginario rey cristiano que algunos situaban en el Medio Oriente y otros en África, capaz de ayudar a iniciar una nueva cruzada contra los infieles y reconquistar Jerusalén. Sobre Persia también comenzó a circular por la misma época el libro de un aventurero español alistado con las tropas portuguesas del rey Miguel en sus campañas en el Golfo Pérsico y el Extremo Oriente. El mercenario se llamaba Martín Fernández de Figueroa y en 1512 publicó su *Historia de la conquista de las Indias de Persia y Arabia*. Algo más tarde, Hernando Colón, el hijo natural del descubridor, y reputado humanista y bibliófilo, escribió en 1524 al emperador Carlos V un despacho justificando los derechos que le asistirían si decidiera la conquista de Persia en el contexto de las querellas con Portugal sobre los límites establecidos en el Tratado de Tordesillas de 1494. Sea como fuere, bastantes frentes tenía abiertos el emperador como para lanzarse a nuevas aventuras. El ánimo en la corte no era favorable a tomar Persia por las armas, sino continuar explorando la posibilidad de una alianza. Las esperanzas de que así fuera sufrieron un revés con la muerte del shah Ismail I en 1524 y la subsiguiente debilidad de su imperio ante el empuje otomano. Pero la idea no fue abandonada. Carlos V envió a tales efectos una embajada en febrero de 1529 al shah con una misiva portada por el caballero savoyardo Jean de Balby, de la orden de San Juan. La carta fue recibida por el nuevo soberano persa, Tahmasp I, quien se mostró inclinado a la propuesta de alianza, pero el inicio de un nuevo y largo conflicto entre otomanos, con ayuda francesa, y safávidas, que duraría entre 1532 y 1555, hizo la ayuda persa impracticable. Con la Paz de Amasya de 1555, ambas potencias enemigas llegaron a un precario equilibrio por el que gran parte de Mesopotamia quedó en manos otomanas, mientras que el Cáucaso era dividido en sendas zonas de influencia, salvo Azerbaiyán, que quedó bajo control persa.

En las décadas siguientes, ya bajo el reinado de Felipe II, las dos ramas de los Austrias, la hispánica y la centro-europea, siguieron enviando embajadas al shah, sin mayor éxito. Tan solo tras la victoria de Lepanto en 1571, hubo una breve ventana de oportunidad que se cerró cuando la muerte de Tahmasp I en 1576 dio paso a una nueva invasión turca de Persia, liberando así presión sobre el frente Mediterráneo. La necesidad de una alianza

entre los Austrias y los herederos de Darío el Grande ya no parecía tan perentoria. Sin embargo, las circunstancias cambiaron cuando Felipe II obtuvo la corona de Portugal en 1581 y súbitamente se encontró con la necesidad de defender los intereses estratégicos del vecino país en el Golfo Pérsico y en el Extremo Oriente luso. Poco después, en 1588, ascendía al trono persa el shah Abbas I, quien se propuso revivir la maltrecha fortuna de la dinastía safávida y, para ello, dejó saber que estaría abierto a reanudar los contactos con las monarquías cristianas y a recibir misioneros católicos. A tales efectos envió en 1599 una embajada a Occidente encabezada por un aventurero inglés, Anthony Shirley, y por un noble persa, Hossein Ali Beg. La embajada estuvo condicionada desde su inicio por la rivalidad entre sus dos protagonistas por cuestiones de precedencia, pues el inglés nunca aceptó su papel de segundo y parece que tenía ideas propias acerca de la propiedad de los regalos enviados por el shah para agasajar a los monarcas europeos. Tras pasar por Moscú, donde les recibió el zar Boris Godunov, Praga, donde el anfitrión fue el emperador Rodolfo II, Florencia, Venecia y Roma, los enviados llegaron a Valladolid en agosto de 1601. Para entonces, el mercenario inglés ya había abandonado la empresa para buscar fortuna en Italia. Años más tarde, repudiado en su patria, terminó sus días en España muerto en una pendencia. Mejor suerte corrió su hermano, Robert Sherley, quien permaneció en Persia formando al ejército del shah y más tarde sería enviado como embajador a varias cortes europeas para tomar al fin residencia en España en 1615 junto con su mujer circasiana. El resto de la comitiva, con Hossein Ali Beg al frente, fue cortésmente recibida por el nuevo monarca hispano, Felipe III, aunque las negociaciones no fueron demasiado bien debido a las quejas del persa sobre los establecimientos portugueses en la isla de Ormuz, un puesto comercial estratégico que el shah Abbas tenía interés de recuperar, lo que terminaría haciendo gracias a la ayuda inglesa. Con la disputa abierta, aunque con vagas promesas de ayuda mútua frente al turco, Ali Beg retornó a Persia en 1602, dejando atrás a varios nobles de su séquito que decidieron convertirse y permanecer en la corte hispánica. Entre ellos estaba Uruch Beg, conocido como Juan de Persia tras su bautismo. A este personaje le debemos una de las más completas narraciones de la embajada en la que había participado, sobre la que escribió la siguiente valoración en sus *Relaciones*, publicadas en 1604: “después de la peregrinación de Marco Polo Véneto y la que dicen del infante de Portugal, y la vuelta que dio la nao Victoria al mundo no pienso ha habido otro viaje como el nuestro.” Y puede que no le faltara razón.



◆ Hossein Ali Beg y Anthony Sherley en sendos grabados del siglo XVII.

Como respuesta a la primera embajada persa, Felipe III, envió en 1602 una misión diplomática al shah encabezada por un monje agustino portugués, Antonio de Gouveia, quien tenía ya experiencia como predicador en la India. Desde allí, la misión pasó por Ormuz hasta finalmente encontrar al shah Abbas I en la ciudad de Mashhad, en la provincia de Khurazán. Entre sus objetivos estaba mejorar las condiciones para la libertad de culto de los cristianos armenios, lo que le fue otorgado por el shah. El éxito conseguido motivó que Felipe III volviera a encomendar a Antonio de Gouveia una segunda embajada en 1608, de la que retornó acompañando a otro legado del shah Abbas, Denguiz Beg, quien llevaba el encargo de negociar el comercio de seda con Occidente eludiendo las rutas controladas por los turcos en el Mediterráneo oriental mediante la navegación a través del Estrecho de Ormuz y el Océano Índico. Para ilustrar las perspectivas comerciales y militares que parecían abrirse, el agustino escribió en enero de 1611 varias relaciones al monarca hispano, quien, favorablemente impresionado, recomendó al papa Pablo V que le encomendara retornar a Persia como visitador apostólico de las comunidades cristianas. Así fue, y en 1612 de Gouveia partió por tercera vez junto con el embajador Denguiz Beg, a quien más

le hubiera valido quedarse en Europa, pues, acusado de enriquecerse con varios cargamentos de seda que había portado como mera muestra durante su embajada, fue juzgado y descuartizado en presencia del shah. La suerte de Antonio de Gouveia a partir de ese momento fue a peor. De temperamento orgulloso, actuó como si los súbditos cristianos del shah debieran obediencia a Roma y a su legado antes que a su propio monarca. Avisado de que su vida corría peligro y desautorizado por Felipe III, finalmente tuvo que abandonar Persia y, tras ser capturado por piratas argelinos en el Mediterráneo y rescatado previo pago de varios miles de ducados, pudo alcanzar España, donde terminó sus días dedicado a escribir relaciones sobre la evangelización de Oriente, a donde nunca más pudo regresar. Entre los memoriales que dejó escritos destacan por su viveza y detalles de la vida en Persia sus *Relaçam*, publicadas en Lisboa en 1611, en las que se encuentran referencias a los ritos chiitas, incluyendo la Ashura, o conmemoración de la muerte del Imán Huseyn, la vida de las comunidades judías y armenias y, sobre todo, la narración de las guerras entre persas y otomanos que de tan interés eran para las cortes europeas.

Pese al escaso éxito de las embajadas precedentes y a la creciente divergencia de intereses geopolíticos, la Monarquía Hispánica siguió insistiendo en una aproximación a Persia. El siguiente intento lo protagonizó un personaje a todas luces excepcional y, sin embargo, escasamente conocido. De no ser la historia de España tan propensa a las discontinuidades y a dejar caer en el olvido a tantos de sus mejores hijos, el nombre de García de Silva y Figueroa formaría parte de nuestro imaginario colectivo en cuanto uno de nuestros más grandes y eruditos viajeros, un hombre a quienes no faltaron las dotes de etnólogo y arqueólogo, amén de eminente diplomático. Nacido en 1550 en el seno de una familia de la pequeña nobleza, Silva y Figueroa tenía ya una amplia carrera pública a sus espaldas como corregidor y funcionario de la Secretaría de Estado cuando fue llamado para encabezar una nueva embajada al shah Abbas. La elección no pudo ser mejor. Don García era hombre de amplios saberes, gran amante de los clásicos y aficionado a la historia natural, a la geografía y a las antigüedades, conocimientos que le serían de gran utilidad durante los diez años que habría de durar su aventura, iniciada en abril de 1614 al partir su embarcación, junta con otras dos de la llamada Carrera de la India, desde Lisboa con destino a Goa, la capital de las Indias portuguesas. Le acompañaban en la singladura, junto a su familia más próxima, un séquito de más de cien sirvientes y otros tantos

porteadores encargados de acarrear los equipajes y los regalos protocolarios, entre los que se encontraban la espada que Felipe III lució en su matrimonio; una copa de oro; un servicio de mesa de plata; piezas de púrpura y terciopelo; armaduras y armas de parada; un perro mastín y varios centenares de cajas de pimienta. Entre las instrucciones que había recibido el embajador destacaba el conseguir la restitución de varios enclaves en el Golfo Pérsico que habían pertenecido a Portugal, pero habían sido ya conquistados por el soberano persa en su afán por ampliar las fronteras de su reino. Esta iba a ser la parte más difícil de la misión y, en efecto, fue la que motivó su fracaso, pues iba en contra de la política de engrandecimiento en la que se había embarcado Abbas I. Para entender el interés español en defender las posiciones lusas ante persas e ingleses en Oriente Medio y Asia oriental, recordemos que Portugal y su Imperio formaban parte de la Monarquía Hispánica desde que Felipe II hiciera valer sus derechos al trono portugués, vacante tras el fallecimiento del rey Sebastián en la batalla de Alcazarquivir y la muerte de su sucesor, Enrique I, sin descendencia. Con su proverbial prudencia y a fin de no soliviantar a sus nuevos súbditos, Felipe II permitió que la administración de las posesiones portuguesas de ultramar se siguiera llevando desde Lisboa y que fueran los propios portugueses quienes mantuvieran el monopolio de la evangelización, el gobierno y el comercio en sus colonias asiáticas. Esta separación se mantuvo en lo esencial entre 1580 y 1640, año en el que Portugal recuperó su independencia y fue uno de los principales obstáculos con los que se enfrentó el embajador para llevar a buen término su empresa.

En sus *Comentarios*, la obra que escribió Silva y Figueroa durante su viaje, el autor comenzó relatando los avatares de la navegación por el Atlántico sur, deteniéndose en pormenorizadas observaciones astronómicas, de las que era un apasionado, y en la descripción de la fauna marina con la que se cruzó en la travesía, incluyendo el avistamiento de tiburones con sus rémoras, a las que llama romeros, y, lo que más le llamó la atención, de una gigantesca ballena poco antes de alcanzar el cabo de Buena Esperanza. Ya adentrada la nave en el Índico, la impericia de los pilotos casi causó su extravío en el trayecto entre la isla de San Lorenzo, la actual Madagascar, y la costa oriental de Etiopía. La demora en el viaje la aprovechó nuestro protagonista para extenderse en la descripción del variado ecosistema de los mares y costas australes, dando muestra de un amplísimo conocimiento acerca de los especímenes que los exploradores ibéricos, ingleses y holandeses habían encontrado y nombrado



◆ Mapa de Goa en el manuscrito de los Comentarios de García de Silva y Figueroa. Biblioteca Nacional de España, Madrid.

durante sus viajes de descubrimiento. Entre ellos, no faltaban los *sotilicarios*, o pingüinos, y los *vitulos*, o lobos marinos sobre cuyas variedades fisionómicas afirma que *“pueden diferir unos de otros en la grandeza, conforme a los climas y diferencias de mares adonde se crían, como ordinariamente vemos y sucede en casi todas las especies de los animales terrestres⁴.”* Como en toda navegación oceánica de la época, el viaje a la India no estuvo exento de enfermedades como el escorbuto, llamado mal de Luanda, o las continuas plagas de ratas que proliferaban en medio de las pésimas condiciones higiénicas en los barcos. A aquellos males sobrevivió el embajador, a pesar de que ya contaba con más de sesenta años, y finalmente pudo llegar sano y salvo a Goa en noviembre de 1614. Poco

⁴ Silva y Figueroa, García de, *Comentarios de don García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abas de Persia*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1903-1905, Tomo I, p. 67.

podía imaginar que allí habría de pasar más de dos años debido al continuo boicot de las autoridades portuguesas, descontentas con que fuera un español quien encabezara una embajada en la que consideraban era su zona de influencia. Hombre paciente y observador, aprovechó su estancia forzosa para anotar todo cuanto llamó su atención en aquel enclave luso, no solo en lo relativo a la historia y arquitectura, sino en lo tocante a las defensas y organización administrativa, el comercio, la composición étnica y religiosa y las relaciones con los territorios vecinos. Gran amante de la naturaleza, no descuidó la descripción de la exuberante flora, de los principales cultivos —destacando los mangos, plátanos y ananas— y de la fauna, fijándose particularmente en la apariencia y comportamiento de las hienas, camaleones y de las llamadas por los portugueses culebras de capello, en realidad las mortíferas cobras, de las que advierte que *“son de una venenosísima y presentánea ponzoña, no pasando de veinticuatro horas que luego no mueran los mordidos dellas, y algunos en cinco o seis horas no más, si con presteza no son socorridos con antidotos y triacas que acá tiene para este efecto⁵.”* Dicho lo cual, relató que eran muchos los locales que eran capaces de amaestrarlas, ganándose así la vida, como se hacía en partes de la Berbería. Otra variedad de serpiente que le fascinó fue la que los clásicos llamaban jáculo, puesto que sus especímenes se enrollaban en las ramas de los árboles y saltaban sobre sus víctimas, al modo de una jabalina autopropulsada, mordiéndolas mientras estaban en el aire.

De especial interés en los *Comentarios* resultan las anotaciones sobre el hinduismo y su lengua sagrada, el sánscrito, de la que el embajador afirma que es la más antigua y perfecta del mundo, semejante en su escritura al armenio, pero diferente del hebreo, árabe y siríaco. En ella se contienen los textos canónicos y su aprendizaje es obligatorio entre la casta superior de los brahmanes. En ella se expresa, asimismo, la creencia en la reencarnación, de la que Silva y Figueroa da la siguiente razón: *“lo que entre ellos está divulgado como cosa muy sabida, fuera de los muy rústicos, es que las almas en los hombres son inmortales y eternas, con la transmutación de unos cuerpos en otros, ora sea de hombres racionales, ora de otros animales brutos, conforme a los méritos o culpas de cada uno; opinión que, aunque los griegos la atribuyeron a Pitágoras como invención y*

⁵ Op. cit., p. 142.



◆ Encantadores de serpientes en la India, circa 1890.

particular doctrina suya, a la verdad fue imitada y tomada de estos antiquísimos filósofos orientales, de quienes las demás artes pasaron a los caldeos y egipcios, y después a Grecia, a donde por tantos siglos florecieron. La firme y recibida opinión que hoy ha quedado hasta en los vulgares de estos gentiles les hace ser tan piadosos y compasivos para con cualquiera género de animales, aunque sea de los más inmundos, de manera que por ningún caso matan cosa viva, persuadiéndose que en su espíritu hay algún alma racional, teniendo por de más perfección y demás bienaventuranza las almas que entran en las vacas o bueyes⁶.”

Llamaron también la atención del embajador los yoguis, sobre cuyos usos e indumentaria se explicó: “esta superior clase de los brahmanes son tan religiosos y abstinentes que no comen más que hierbas, legumbres y frutas, profesando siempre mu-

⁶Op.cit., p.193.

cha modestia y santidad de costumbres (,,,) Entre ellos se hallan algunos que hacen una vida asperísima y del todo austera y penitente, de modo que excede a la que hacían en los yermos nuestros hermitaños antiguos, porque además de andar casi desnudos, expuestos a las injurias del cielo y durmiendo en el suelo perpetuamente, de propósito se ensucian y ponen muy escuálidos, con polvo y ceniza todo el cuerpo, juntamente con el cabello y barba, tan largo y crecido, y algunos por particular devoción rapado lo uno y lo otro. Solo traen cubiertas las partes anteriores con algún pedazo de cuero o de estera de palma, siendo increíble lo que cuentan de sus abstinencias, no comiendo en muchos días.”⁷

La admiración que desprenden las líneas anteriores no fue óbice para que Silva y Figueroa advirtiera que no faltaban los charlatanes y falsarios entre hombres tan devotos, como sucede en otras religiones: “más aunque los yoguis de los que se ha tratado sean los más penitentes y austeros entre los brahmanes, se hallan en algunos juntamente con la aspereza y rigor de su vida enormes y terribles vicios de toda suerte, encubriéndolos con aquella falsa apariencia de santidad para tener más lugar de usallos y cometellos, de la manera en que entre los turcos y moros se hallan muchos hermitaños y santones, a quienes llaman derviches, los cuales sin ninguna vergüenza andan desnudos engañando a la gente ignorante con las mismas demostraciones que los yoguis indios, siendo iguales los unos a los otros en todo género de maldades y pecados⁸.”

Curiosas resultan, por lo demás, las observaciones que el pudibundo hidalgo hace de la vestimenta de las mujeres locales, incluyendo las portuguesas, adaptadas en su indumentaria a los usos locales, que parece no fue de su entero gusto: “en sus casas, en las visitas de sus amigas o cuando van a entretenerse o bañarse en las quintas de fuera de la ciudad usan un traje feísimo, bestial y del todo bárbaro, no menos que deshonesto, aunque sin ningún género de venustad (sic), que es un paño de algodón de muchas colores, ceñido y rodeado con muchas vueltas desde la cintura igualmente hasta algo más debajo de medias piernas, quedando partes dellas descubiertas, y en los pies unas chinelas o pianelas que les cubren poco más de los dedos y son de terciopelo negro o verde o morado (. . .) Traen asimismo una camisilla de volante o gasa muy delgada y clara, de modo que de ninguna suerte

⁷Op.cit., p.196

⁸Op. cit., p.199.

impide para que no se vea todo el cuerpo, demás que la traen muy abierta por delante, hasta más debajo de los pechos, mostrándolos muy patentes y a la vista de todos⁹. ”

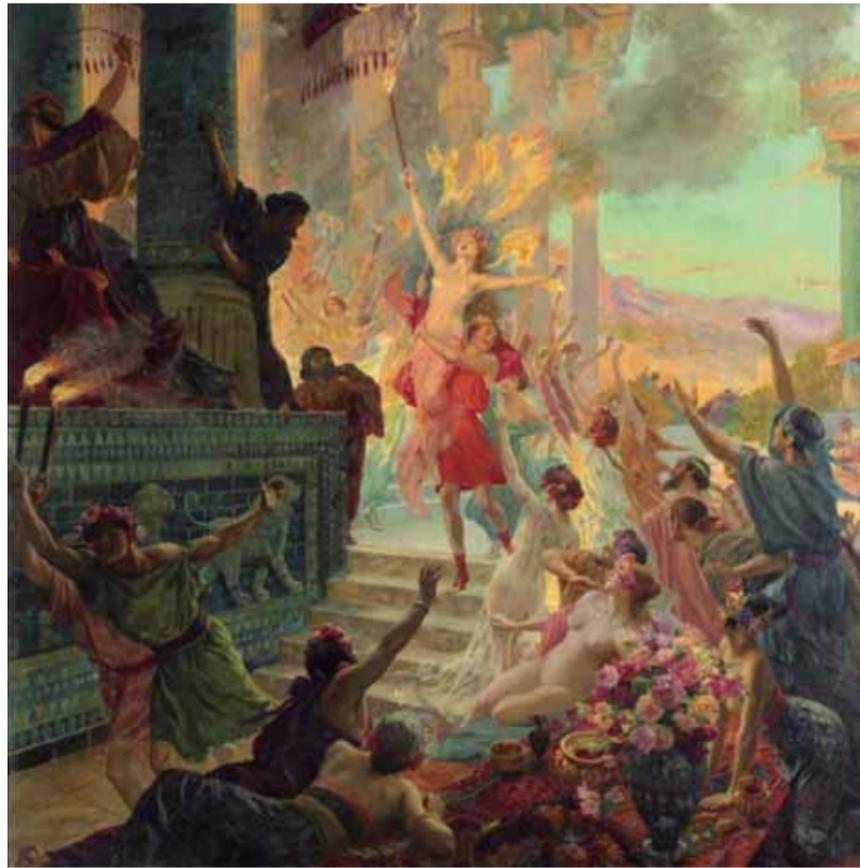
Con estas y otras muchas observaciones, que todavía hoy resultan de amenísima e instructiva lectura, pasó el embajador ocupado su tiempo desde la llegada a Goa, hasta que, finalmente, en marzo de 1617, obtuvo el permiso del virrey portugués para hacerse de nuevo a la mar con destino a Persia. Tras cruzar parte del Índico hasta Omán, en cuya capital, Mascate, la expedición pernoctó, la singladura continuó hasta alcanzar la isla de Ormuz, entrada del Golfo Pérsico, donde se encontró con una pequeña comunidad de judíos sefardíes, algunos de los cuales todavía eran capaces de hablar el español, aunque la mayoría habían perdido el dominio del idioma. Desde Ormuz, la comitiva al fin pudo alcanzar la tierra firme de Persia, donde fue recibida y agasajada por los gobernadores locales conforme avanzaba hacia su interior desde la antigua provincia de Carmania hacia los montes Zagros, pasando por las ciudades de Lara, Safra —que le recuerda al embajador su localidad natal de Zafra, en Extremadura— y Shiraz, donde contempló la construcción de una suntuosa mezquita y descansó durante los meses más duros del invierno a la espera de ser recibido por el shah, quien se encontraba recorriendo la costa del mar Caspio. Por el camino tuvo también ocasión de estudiar las costumbres de los turcomanos, herederos de uno de los grandes imperios de Asia central bajo el gran Tamerlán, pero más tarde reducidos a la condición de pobres pastores nómadas como los que encontró Silva y Figueroa en su viaje. Fue al retomar su itinerario camino de Isfahán, a principios de abril de 1618, cuando el embajador se apartó de la ruta para comprobar in situ las ruinas de Chilminara y determinar que se correspondían a los restos de Persépolis. Podría decirse que aquella fue la primera expedición arqueológica moderna de la que tenemos constancia en nuestro idioma (la de Pedro Mártir de Anglería a las pirámides de Egipto es anterior, sin duda, pero fue narrada en latín), pues fue emprendida con el único propósito de averiguar el emplazamiento de unas ruinas de la antigüedad siguiendo las indicaciones de autores clásicos, sobre todo Diodoro de Sicilia, o Sículo, y proceder a su descripción meticulosa con fines divulgativos. Según el relato de nuestro autor, en los capítulos VI y VII de sus *Comentarios*, el indicio que le puso tras la pista de la antigua

⁹ Op.cit., p. 202.



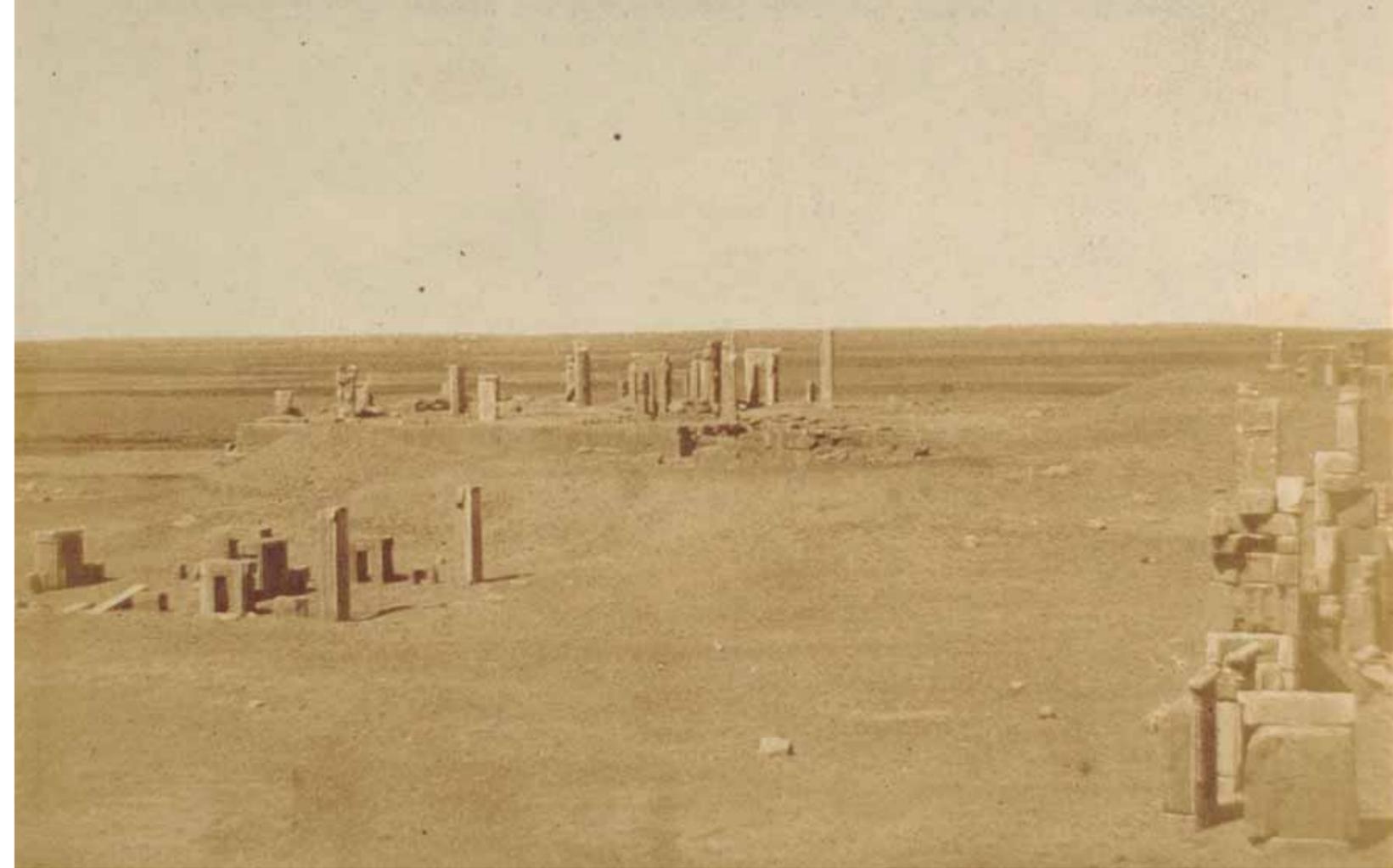
◆ Yoguis de la escuela Nath, en el *Tashrih al-aqvam*, una enciclopedia de costumbres hindúes compilada en 1825 por James Skinner. British Library.

capital persa fue encontrarse a varias leguas de Shiraz con el cauce del río conocido como Araxes o Bramiro, al que comparó en caudal con el río Genil a su paso entre las villas de Palma y Écija, pues por él tuvo que pasar Alejandro Magno durante su marcha hasta Persépolis en 331 a.C. Recordemos que la fundación de esta ciudad, probablemente para conmemorar el Año Nuevo persa, o Nowriz, fue emprendida por Darío en torno a 520 a.C y completada por Artajerjes I varias décadas más tarde. De acuerdo con su concepción, no se trataba de una ciudad residencial, sino ceremonial, lo que explica su plan decorativo, en el que predominan los símbolos de la lucha entre la luz y la oscuridad, y la preeminencia de grandes salas hipóstilas donde desarrollar los ritos del culto avéstico. Tras su conquista por Alejandro, fue incendiada en una noche de excesos por las tropas macedonias, a instigación de la prostituta Thais, probablemente, según relata Diodoro Sículo, para vengar la ruina de Atenas provocada por Jerjes I en 480 a.C.



◆ La quema de Persépolis, por Georges-Antoine Rochegrosse, 1890.

Una vez destruida, Persépolis fue poco a poco cayendo en el olvido y, aunque a lo largo de los siglos numerosos viajeros pasaron por ella, ninguno fue capaz de asociar sus restos con el nombre y esplendor de la antigua capital persa hasta la llegada del embajador español aquel 6 de abril de 1618. Vivamos el momento del descubrimiento y adentrémonos en la grandeza de sus ruinas guiados por el relato de nuestro compatriota, que conserva el encanto mágico de un sueño largamente acariciado y hecho realidad. Con él, visitaremos la explanada sobre la que se asienta la ciudad, a los pies de la montaña de Kuh-i Rahmat, ascenderemos a caballo por las monumentales escaleras hasta la Puerta de las Naciones, obra de Jerjes (475 a.C.), y nos encontraremos en la Sala de las Cien Columnas antes de llegar a la soberbia Apadana, la Sala de Audiencias, donde recibían a las delegaciones de las satrapías los reyes persas. En ella, podremos admirar los relieves con las figuras de divinidades y personajes antiguos e imaginar los esmaltes y piedras preciosas que recubrían sus muros y columnas. Y, para culminar,



◆ Vista general de las ruinas de Persépolis, Luigi Pesce, 1858. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

en los restos del Palacio de Darío desvelaremos el misterio de la escritura cuneiforme. De todo ello dejó constancia escrita y gráfica nuestro embajador y pionero arqueólogo, a quien cedemos la palabra¹⁰:

“Después de haber comido y reposado el embajador, quiso ver este famoso y grande edificio, tan digno de ser mirado y notado, así por su antigüedad, como por su estupenda y soberbia grandeza; mayormente siendo tan varias las opiniones de los que le habían antes visto, sin haber quien con propiedad o alguna erudición hubiese hecho de él la relación que merecía. Y así salió a las tres de la tarde con los criados que habían aquel día venido con él, fuera del lugar, un cuarto de legua, hasta llegar al pie del monte en cuya primera y mas baja falda estaba esta gran máquina fundada. Cubría gran trecho del pie del dicho monte

¹⁰ La descripción de las ruinas de Persépolis se encuentra en el Cap. VI de la Op.cit.

una muy gruesa muralla de piedras de mármol, cuadradas, de maravillosa grandeza y de mas de dos picas de alto (. . .) En esta que se va descendiendo, por la parte que lleva a ella viniendo del lugar, hay dos anchas y hermosas escaleras para subir al plano de arriba, una a la mano derecha y otra a la izquierda, corriendo cada una de ellas por la parte arrimada a la misma muralla y por la otra a un pretil o parapeto del mismo mármol (. . .) Tenían de ancho estas hermosas y soberbias escaleras cuarenta pies, y no mas alto cada escalón que cuatro dedos, y el asiento de cada uno algo mas de dos palmos, con que venian a ser tan llanas que con mucha facilidad se subía a caballo por ellas; pero lo que mas admiración ponía era la mucha grandeza de las piedras de que eran hechas; pues además de ser de cuarenta pies de largo cada una, tenía cincuenta y seis escalones, y estaban tan juntas y unidas unas con otras, que apenas, mirándolas con mucho cuidado, aparecían sus comisuras, de manera que muchos juzgaron luego que las vieron ser toda la escalera de una sola piedra, o labrada en alguna peña que en aquella parte se hallase. Y aunque en algunos escalones había alguna disminución, como de razón había de ser por el discurso de tantos siglos, esta era tan poca que casi no se echaba de ver, antes mirándose toda junta parecía que entonces acababa de obrarse. Toda la piedra, así de las escaleras como de la muralla, era marmórea negra, y de tan incomparable dureza que de todas las cosas que se pudieron notar en aquesta grande y admirable máquina, ninguna fue digna de tanta admiración, habiendo resistido por infinito número de siglos a las injurias del tiempo que todo lo gasta y consume.

Acabadas de subir ambas escaleras, que en lo alto vienen a rematar en una misma parte, quedando un espacio entre ambas, cuadrado y muy llano, a donde había un pórtico o entrada que sustentaban dos grandísimos caballos de mármol blanco, mayor cada uno de ellos que un gran elefante, y porque la escultura de ellos era a lo heroico, con grandes alas, y que en la fiereza tenían mucha semejanza de Icones, no guardaba la propiedad que debía de haber en la figura de verdaderos caballos; cerraba este pórtico por arriba un grueso arquitrabe con su cornisa del propio mármol de que era la demás obra del pórtico, con tanta medida y proporción, corriendo por linea recta, y con tan perfectos ángulos, como en la mas consumada arquitectura que de la antigüedad romana hallásemos ahora en nuestros tiempos.

Toda la piedra del pórtico y los mismos caballos, estaba grabada de labores muy menudas, y tan enteras y distintas en el mármol, como si de muy poco tiempo se acabasen de hacer.



◆ Puerta de entrada a Persépolis, Luigi Pesce, 1558. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Diez o doce pasos adelante estaba una grandísima columna en su pedestal, de la altura y grosor que se dirá adelante de las demás, los dos tercios de ella estriada, y el tercio postrero lleno de unos remates sin medida ni proporción por donde se pudiese juzgar alguna forma de nuestros capiteles (. . .). Otros diez pasos adelante de la columna había otro pórtico que sustentaban otros grandes caballos y de la forma que el primero, de manera que la columna quedaba en igual distancia de entrambos a dos, haciendo ella y los pórticos dos entradas a un gran llano o patio en que estaban en sus basas veinte y siete columnas, que por su mucha grandeza, como se ha dicho, llaman los persianos y árabes alcoranes, siendo estos unas torrecillas, aunque de grande altura, muy angostas, que tienen en sus mezquitas principales, mayormente de las ciudades grandes, como se dijo en la descripción de Xiras. Estas columnas estaban puestas y fundadas en seis hileras de a ocho columnas cada hilera, y según parece por las señales en que los pedestales o basas estaban fundados, eran por todas cuarenta y ocho sin la de los pórticos, habiéndose las demás arrojado por los temblores de tierra que forzosamente en tanto número de siglos habrían sucedido, pareciéndose algunas quebradas y medio enterradas en el suelo, y grandes pedazos de otras esparcidos y cubiertos por la mayor parte de tierra por todo aquel llano.

(. . .) Saliendo de todo este cuadro, o patio de las columnas, se levanta otra muralla incluida en la muralla mayor de que ya se ha tratado, aunque esta segunda es poco más alta que una pica, pero de más fina piedra, labrada de medio relieve con muchas labores en que hay esculpidos hombres y animales de diversas formas, siendo el mármol tan bruñido y terso que muy distintamente se veía allí todo figurado como en una muy perfecta pintura. Era esta muralla de poco más ó menos de cien pasos en cuadro de un ángulo a otro y se levanta la altura dicha del plano, igual del que tienen las columnas, el cual por todas partes llega y está raso con lo más alto de la muralla grande. Subíase a este segundo edificio por una hermosísima escalera, y aunque ni era tan alta ni espaciosa como las de la muralla grande, porque no tenía más de veinte y cuatro pies de ancho, y tanto menos escalones cuanto su muralla era menos alta, pero de mucho mayor primor y hermosura, teniendo muy al natural esculpido en los pretilos y paredes de ella un triunfo o procesión de hombres en diferentes hábitos y trajes, que llevaban ciertas insignias y ofrendas, de la manera que adelante van figurados, siguiéndole un carro tirado de caballos en que solo había una pequeña ara o altar de donde salía una llama de fuego. En otra parte se ven animales que pelean con otros,



◆ Bajorrelieve procesional, Persépolis, Luigi Pesce, 1858. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

en que con gran perfección hay esculpido un ferocísimo león que despedaza un toro, tan al natural y con tanta ferocidad y braveza, que propiamente parecía vivo, no teniendo aun las partes más delgadas y sutiles de la escultura, disminución ni daño que pudiera notarse por vigilantemente que se estuviera mirando. Subida la escalera, que es tan llana y de bajos escalones como la primera, se halla un patio cercado de todas cuatro partes, sobre el plano de esta segunda muralla, de cuatro lonjas con paredes dobladas, en que debía de haber habido labrados aposentos, todas de finísimo mármol, más terso y pulido que todo lo que se había visto antes, con tantas labores de relieve por lo alto que no se podía notar ni ver en pocos días las muchas figuras que allí había esculpidas. Entrábase a estas lonjas y patio por cuatro puertas, y aunque sin las partes que comunmente hay en la arquitectura antigua pero hermosamente labradas, guardando en todo admirable medida y proporción (. . .) Los



◆ Figura real bajo un parasol, Luigi Pesce, 1858. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

arquitrabes que herraban y remataban las puertas por lo alto estaban labrados y grabados con muchos follajes, y en algunas partes inscripciones de letras del todo incógnitas, siendo mayor su antigüedad que las hebraicas, caldeas y arábicas, no teniendo semejanza alguna con ellas, y mucho menos con las griegas y latinas. La largura de cada lonja de estas sería de sesenta pasos, y la anchura de poco mas de doce, y el grosor de cada pared de seis o siete, y sin bóveda ni otra cosa que cubriese lo hueco que había entre pared y pared, antes estaba del todo descubierto en altura de pica y media, o veinte y cuatro pies más; echábase de ver que lo más alto se había arruinado, por estar el patio lleno de pedazos de aquel mármol labrado, medio cubiertos con la tierra, de lo cual se levantaba y veía en medio del patio un gran túmulo o montón, indicio de las muchas ruinas que habían caído de la fábrica de arriba. Sin las puertas que se han dicho, había en ciertos espacios algunas ventanas, que desde el plano de afuera, que también estaba al andar y raso con esta segunda muralla, entraban a las lonjas, y otras que de las lonjas salían al patio, altas del suelo poco más de tres pies, otro tanto de ancho y casi seis de alto. Lo grueso de estas ventanas y puertas, que era el mismo que el de las paredes, estaba figurado de bellísima escultura de medio relieve, con tanta hermosura y variedad que ninguna de cuantas cosas que antes se habían visto, ni sabido de las memorias de la antigüedad, admiró tanto. Concurrían muchas cosas juntas para que esto fuera así, que era la cantidad y mucha variedad de las figuras, la perfección y viveza con que estaban esculpidas, la dureza, lisura y hermosura de las piedras, y lo más de todo, el hábito y venerable traje de los hombres de aquel antiquísimo siglo, tan diferente del que, en Asia, según la memoria que se puede tener, jamás se ha usado ni se usa ahora. Estas figuras, aunque todo el más cuerpo de este insigne edificio era del mármol negro que se ha dicho, estaban relevadas y labradas en otro mármol blanco de la misma dureza y perfección como el de las columnas, el cual estaba incorporado en la piedra negra en lo grueso de las paredes, de las portadas y ventanas, y esto en la parte más alta, y en la más baja era guarnecido de tablas del mármol de piedra negra, tan bruñidas y lucidas que se veían en ellas perfecta y distintamente los que se llegaban cerca, como en un muy claro espejo de acero. Y esto era de manera que, como un alano del embajador, que se había venido tras la gente de su casa, saltase desde la parte de afuera por una de aquellas ventanas, que, como ya se ha referido, estaban poco levantadas del suelo, y se viese en su propia figura en el grueso y lado de la ventana antes que acabase de pasar y saltar de la otra parte adonde el embajador estaba, comenzó atentamente a mirarse y a regañar y mostrar los dientes, como cuando

alguno de estos perros feroces y grandes quieren embestir y pelear con otro. Y como su sombra y figura hiciese la misma demostración, arremetió con grandísimo ímpetu y furia, queriendo morder la tabla de mármol, y levantándose en los pies traseros, con las uñas de los delanteros arañaba y buscaba lo que le parecía que era otro alano como él, hasta que después de haber trabajado en esto gran rato, con mucha risa de los que estaban presentes, volvió a saltar de la ventaba hacia afuera y muy encendido y dando terribles ladridos andaba buscando por detrás de la misma pared y por toda aquella fábrica, por sí hallaba el perro que tan al natural de sí propio había visto.

Entre la variedad de imágenes y formas que aquí se pudieron notar, fue un muy venerable personaje sentado en un alto escaño o silla, que tenía bajo los pies un banquillo pequeño, muy bien labrado, cuyos pies parecían torneados, no más alto de una tercia, según la proporción del hombre que estaba en la silla, a las espaldas de la cual, que tenía un descanso o espaldar más levantado del medio y en figura piramidal como las cátedras episcopales, estaba otro personaje en pie, del mismo traje y autoridad del que estaba sentado. El uno y el otro tenían grandes barbas que les llegaban muy debajo de los pechos, con el cabello de la cabeza crecido que les cubría las orejas, toda la cerviz y parte del cuello posterior, como vemos ahora los retratos y medallas de la mayor parte de las naciones de Europa de cien y doscientos años atrás. Tenían bonetes redondos y bajos en las cabezas, y vestidas unas grandes ropas que les llegaban a los pies, muy anchas y con muchos pliegues, no del todo diferentes de las togas y ropaje antiguo de los romanos, y más propiamente como las de los magníficos senadores de Venecia, con larguísimas mangas y tan anchas de boca que les llegaban a la rodilla.

(. . .) Además de las figuras que aquí se han referido, de las cuales las tres últimas traían en los pies un calzado en forma de sandalias, el embajador mandó dibujar también a un pintor que consigo traía e hizo también sacar al natural otras cuatro de las que había esculpidas en el triunfo de la escalera; una de ellas era de un hombre común y bajo, con una túnica muy estrecha y que no le llegaba más de hasta media pierna, y encima otra más corta con mangas(. . .) La cuarta figura de estas tenía un traje muy diferente de todos los que se han referido, porque la ropa no era tan sinuosa y ancha como las de los personajes primeros, y así no le llegaba al tobillo del pie, pero con listas y labores de arriba abajo, y sobre ella, desde los hombros le caía una muleta larga y perñada por delante, como las que traen los

obispos sobre el roquete y la loba, que le llegaba muy abajo de la cintura, de manera que extendidos los brazos hacia abajo solamente se descubrían las manos, que esta figura tenía por los lados fuera de la muleta; en la derecha tenía un báculo, y la izquierda abierta y tendida. La barba y cabello de la manera que las tres figuras postreras, y descubierto por toda la orla del bonete, el cual era más alto que el de los primeros personajes, aunque llano por arriba, pero con unas listas o canales de lo alto hasta lo bajo, que llegaban al cabello. Sobre los hombros, y encima de esta muleta, le caía un collar que le bajaba hasta el pecho, de la propia forma que los collares de la Orden del Toisón. Desde junto al collar bajaba una figura o hieroglífica, de la hechura de media cruz de las de la Religión de San Juan, con dos pequeños triángulos un poco apartados y a los lados de lo que había de ser el pie de la cruz. Los cuales eran partes de la hieroglífica que se ha dicho, por ser los caracteres o letras de que adelante se tratará, compuestos de estos pequeños triángulos piramidales. La hieroglífica era grande, de manera que le ocupaba parte del pecho y lo más del vientre, hasta junto a la orla de la muleta que allí estaba cortada por delante en forma de medio círculo. En los pies tenía esta figura, también como las tres del quitasol, zapatos con listas y nudos en ellos, a la manera de sandalias, como en las estatuas de la antigüedad.

(. . .) Fue cosa muy de notar que habiendo en toda esta gran fábrica y admirable estructura tanto número de imágenes y figuras viriles, no se hallase alguna de mujer en que se pudiese ver y considerar el hábito y traje femenino de aquel siglo, aunque se puede bien inferir que siendo el ropaje de los hombres tan decente, propio y lleno de majestad, así sería de mucha compostura, gentileza y venustad el de las mujeres, mayormente confirmándose esto con la opinión de Homero siempre que trata de las mujeres asianas de Troya, pintándolas bien reñidas y con vestiduras autorizadas y largas, tan diferentes de la indecencia y suma fealdad del traje femenino de todo el Oriente de muchos siglos a esta parte.”

Satisfecha la curiosidad del viajero y el ansia de conocimiento del erudito, el embajador tuvo tiempo de reflexionar sobre lo que había visto al final de la jornada y extraer las conclusiones pertinentes, entre las que no faltó la comparación de Persépolis con los monumentos legados por Mesopotamia y por el antiguo Egipto y la calificación de las ruinas que acababa de identificar como la primera de las siete maravillas de la Antigüedad:

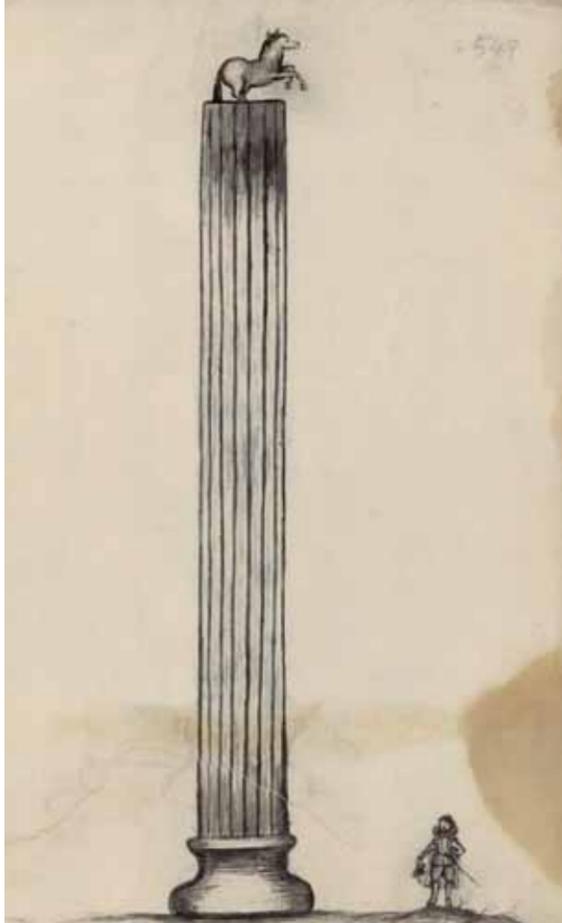
«Mirado bien el sitio de Margaskan con su hermosa y fertilísima campiña y con la vecindad del antiguo río Araxes, nadie podría dudar haber sido en él la grande y famosa Persépolis, pero con estas insignes y soberbias memorias de tan antigua majestad, todos aquellos que las hubieren visto lo pueden afirmar seguramente. Porque si bien de Ninive y Babilonia se tuvo primera noticia en la antigüedad pasada, así por las sagradas letras, como a lo poco que pudieron llegar nuestros autores profanos, habiéndose la primera asolado y del todo arruinado por aquella grande inundación del Tigris, como claramente nos lo dicen el profeta Nahun y Diodoro Sículo, y haber sido la fábrica de las milagrosas murallas larguísimas y profundísimas cisternas y huertos pensiles de Babilonia, toda de solo ladrillo, no debemos obligar a la antigua fama y grandeza de estas dos insignes ciudades a que hayan dejado algunas notables reliquias y señales de su acabamiento. Pero como en la inmensa y mal comprendida grandeza del tiempo puede haber encubiertos misterios grandísimos y del todo incógnitos a los hombres, así podríamos presumir que estas memorias casi eternas de Chilminara con su ciudad de Persépolis, aunque menos conocida y mas escondida y retirada hacia el Oriente, sean de mayor antigüedad que las demás de que se ha tenido noticia en el mundo. Menfis, que ni en antigua fama, ni en gloria de la sucesión larguísima de sus reyes, nunca dio primer lugar a Ninive ni a Babilonia, y aunque arruinadas hayan quedado hasta ahora parte de sus milagrosas pirámides, no vienen a ser estas más que unos grandes montones de piedras, sin aparecer en ellas otro primor, hermosura ni variedad de fábrica, mas de con su grandeza sola poner admiración y haber adquirido fama entre las naciones de Europa, por la mucha noticia que en Egipto de ellas se ha tenido. Pero en Chilminara muchas cosas juntas se ofrecen muy dignas de notar en este nuestro siglo presente, con tanta variedad de escultura y excelente arquitectura como allí vemos, además de aquella perfección, dureza y hermosura de tantos mármoles y jaspes, pues con razón de ser juzgada y estimada cada una de sus columnas por un consumado, raro y estupendo edificio.

(. . .) Habiéndose visto tan cerca de esta fábrica y arrimado a la ladera del monte lo que parece haber sido sepulturas Reales, se podría presumir fuese toda ella ornamento suyo y por dejar el autor de esta insigne y soberbia estructura eterna memoria a la posteridad de su mucha potencia y grandeza, habiendo esta misma ambición movido a los antiguos reyes de Egipto a fabricar y levantar sus laberintos y pirámides. Mas considerado bien estar el edificio repartido en diferentes cuerpos en espacio tan dilatado y rodeado de tan gruesa y fuerte muralla, muestra en sí forma y apariencia verdadera de haber sido la Real casa y fortaleza de Persépolis de que



◆ Dibujo de escritura cuneiforme contenido en los *Comentarios de don García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abás de Persia*, conservado en la Biblioteca Nacional de España, Madrid.

tanta memoria hallamos en los autores antiguos de la primera clase, escribiendo la invasión del grande imperio de los persas por el grande Alejandro, rey de Macedonia. Y aunque Arriano, Diodoro Sículo, Plutarco y Quinto Curcio engrandecen y alaban encarecidamente el mucho primor y hermosura de este soberbio palacio, como principal cabeza de la monarquía de toda Asia, solo Diodoro nos lo pinta elegantísimamente, con la misma fortaleza y firme estructura, como ahora vemos en las grandes muestras que de él han quedado. Porque además de que la muralla grande contiene en sí la otra segunda muralla interior en que está la escalera del triunfo, parecen muy evidentemente en muchas partes aquellos durísimos jaspes y pórfidos, abrasados y quemados en la superficie, aunque enteros en la substancia y principal cuerpo suyo, de manera que no padecen disminución, antes haber resistido con su admirable fortaleza a la mucha violencia del fuego que consumió y acabó la mayor parte de esta famosa fábrica. Y de que se haya quemado, todos los ya referidos autores y los demás que escriben los hechos de Alejandro Magno, no solo lo dicen, mas también en qué ocasión y cómo se hizo este incendio, atribuyendo esta hazaña, si tal nombre puede merecer, a Thaís ateniense, en venganza de otro tal incendio con que su patria había sido antiguamente quemada por los persas. Y aunque Diodoro escribe que había tres



◆ Dibujos de las columnas y relieves mostrando personajes de la Corte aqueménida en Persépolis realizados por un dibujante que acompañó a la embajada española al shah Abbas el Grande inicios del siglo XVII. El embajador García de Silva y Figueroa relata en sus Comentarios que las figuras eran tan reales que el can de la expedición ladraba al verlas.



murallas en esta fortaleza, incluidas una en otra, a la mucha alteración y mudanza en tan largo tiempo, y florecer este autor muchos siglos después de lo referido, se puede atribuir la duda que no es mucha si, como es cosa muy verosímil, que al segundo cuadro de la fábrica más cerca del monte, quisiese Diodoro Sículo, por no estar bien informado, poner en lugar de tercera muralla, pues por el grosor y fortaleza de sus paredes merece muy bien este nombre. También escribe Diodoro otra cosa con que más se confirma haber sido aquí la fortaleza de Persépolis, y es que después de haberla descrito dice que al Oriente de ella como a cuatrocientos pies de distancia, hay un monte que se llamaba Monterreal, en el cual había una peña en la mitad de cuya altura estaban sepulcros de algunos reyes, cuyos cuerpos y cajas en que habían puestos se subían arriba con ciertas máquinas, dando a entender que no había escaleras. Y siendo esto tan conforme a lo que ahora se ve en la fábrica del monte, y con tan evidentes y ciertas señales del sitio y distancia del palacio y fortaleza, aunque el autor referido no señale ni exprese las escaleras y comodidad de subida que ahora hay para poner arriba los dichos cuerpos.

(...) En antigüedad, suntuosidad y grandeza de edificio, en elegancia y lindeza de hermosa arquitectura, cuando no se mirase a la perfección y eternidad de la materia de la que

está fabricado, no solamente se puede igualar y poner entre aquellas siete maravillas y milagros de que nos dejaron tanta memoria los antiguos, pero meritoriamente y con gran razón anteponerse a todas ellas como único y raro, y que no recibe comparación con ninguno otro de cuantos la antigüedad nos ha dejado, según los rastros y memorias que de ellos hay en el mundo.”

Terminada la memorable jornada, Silva y Figueroa abandonó el lugar que quedaría impercederamente asociado a su nombre y mientras dejaba desvanecerse en la luz del crepúsculo las desoladas ruinas, reparó *“en gran número de cigüeñas que también se recogían a los nidos que tenían ocupado lo más alto de todas aquellas grandes columnas.”* Sin duda, un poso de melancolía tuvo que embargarle en aquel instante, pues sabía que nunca regresaría a aquel paraje de ensueño. A pesar de que no faltaron otros viajeros que se toparon con Persépolis a lo largo de los siguientes siglos, hubo que esperar hasta 1928 para que sus ruinas fueran científicamente estudiadas por el alemán Ernest Herfeld, con financiación del Oriental Institute de Chicago y ya contando con la ayuda de las nuevas técnicas arqueológicas.

EN COMPAÑÍA DE HERODOTO

Tras abandonar las ruinas de Persépolis, la embajada española continuó su viaje hacia Isfahán, donde esperaba ser recibida por el shah. El trayecto no estuvo exento de incidentes, como cuando una noche el cuerpo de uno de los intérpretes armenios apareció descabezado sin señales de quiénes pudieron ser los asesinos, lo que obligó a redoblar la vigilancia. O cuando al llegar a un poblado llamado Cuscuzar, que significa lugar pestilente y venenoso, casi todos los miembros de la comitiva cayeron enfermos tras beber el agua de sus fuentes. Tras estos y otros percances, al fin pudieron pernoctar en las afueras de la capital de la dinastía Qajar. En el poblado donde pasaron varios días para recuperarse tuvo lugar el encuentro con un grupo de persas, a quienes el embajador denomina Gaores, que profesaban todavía la antigua religión de Zoroastro y de quienes dice que *“habían retenido sus antiguas costumbres, hábitos y religión. Porque de la manera que los antiguos persas cuando más florecieron, adoran hoy día al sol y al fuego, teniéndole siempre encendido en sus casas, poniendo grandísimo cuidado en que no se mate, como lo hacían las vírgenes Vestales en Roma. Pero como gente rústica y que tantos años ha vivido siempre en servidumbre, tienen olvidadas las más de sus ceremonias antiguas, reteniendo ahora solo el tener encendido el fuego y adorar al sol cuando nace, juntamente con el enterrar de sus muertos. A estos, después de haberlos vestido de lo mejor que tienen, los arriman en pie a las paredes de unos grandes cercados o corrales que para esto tienen en el campo, algo apartados de los lugares en que viven, y allí los dejan a ser comidos de los cuervos y grajos y otras aves de esta calidad”*.

11 Op.cit., Tomo II p. 22.

Al cabo de una semana, el primero de mayo de 1618, la embajada entró en la ciudad, que entonces mostraba todo su esplendor y donde vivían gentes de todos los rincones, religiones y etnias del Imperio, incluyendo cristianos nestorianos, asirios, maronitas, armenios y georgianos, así como judíos. Escoltado por autoridades y gentes principales de la corte Qajar, al pasar delante de la Casa Real en el Maidán, o plaza mayor, el embajador fue advertido de que debía descabalar, hincarse de hinojos y hacer reverencias ante su entrada, como era la costumbre para los dignatarios locales y extranjeros. Sin embargo, García de Silva y Figueroa no quiso conceder en aquel punto de protocolo, alegando que no haría a un monarca extranjero mayor demostración de cortesía de la que debía a su propio rey. Dicho lo cual, sin bajarse del caballo, lo condujo ante la puerta del palacio y con estudiada teatralidad se quitó el sombrero y se lo volvió a poner. Preservado de aquella manera su honor y el de su soberano, el embajador y su comitiva fueron conducidos a sus aposentos y allí se le dijo que aguardara hasta recibir nuevas noticias. Varios días pasaron, empleados, como era su costumbre, en observar y anotar lo que veía, deteniéndose en particular en la descripción de los palacios, caravanserais y mezquitas, que le parecieron sumamente hermosos, y en asistir a festividades y exhibiciones callejeras de los famosos funambulistas del lugar, cuyas proezas de agilidad a gran altura del suelo refirió con sincera admiración. No así, sino con profundo disgusto, relató la proliferación de mercados de esclavos, muchos de ellos niños y niñas traídos de las lindantes provincias caucásicas, que eran comprados para ser explotados en los burdeles locales. Aprovechó también para recibir las visitas de los escasos frailes agustinos y carmelitas que vivían en la capital, una concesión que el shah había otorgado a la previa embajada hispánica encabezada, como vimos, por Antonio de Gouveia.

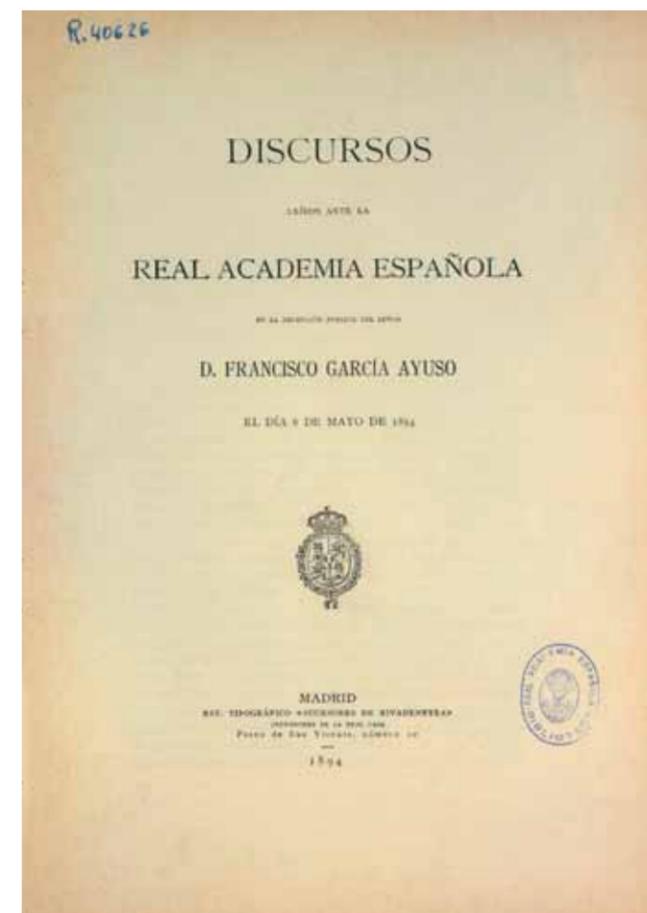
A finales de mayo, el embajador recibió el mensaje de que el shah estaba dispuesto a darle audiencia, pero no en Isfahán, sino en la ciudad de Qazvin, desde donde se aprestaba a partir en campaña hacia las fronteras septentrionales de su Imperio. Allí llegó el 15 de junio y fue dos días más tarde convidado a una cena oficial a la que también fue invitado el embajador turco, como si el persa quisiera medir las reacciones de ambos en persona. Don García, hombre templado, no respondió a la provocación y, tras hacerse acompañar por más de seiscientos criados que portaban los regalos del rey de España, salvó con dignidad la ocasión, aprovechando para observar la psicología de su anfitrión, a quien pronto

juzgó como sagaz y taimado, advirtiéndole que ya no estaba interesado en la alianza con España ni con otros monarcas europeos, sino en entretener tal idea con la mera intención de distraer al turco. Así pudo confirmarlo el embajador español durante las dos audiencias privadas que le concedió el shah en Qazvin, durante las que este se quejó amargamente de que los reinos cristianos amagaban, pero no terminaban de enfrentarse a la Sublime Puerta con todas sus fuerzas, al tiempo que con evasivas evitaba comprometerse él mismo. Por su parte, aunque lo intentó, Don García no tuvo la ocasión de suscitar la espinosa cuestión de los enclaves portugueses en el Golfo Pérsico, sobre los que el shah, como se pudo comprobar poco más tarde, ya tenía formada la firme voluntad de hacerse con ellos. Frustrada en sus objetivos geopolíticos la embajada, Silva y Figueroa regresó a Isfahán, donde permaneció durante el resto del año y parte del siguiente dedicado a escribir en sus *Comentarios* sobre diversos aspectos de la historia, la geografía y las costumbres de Persia, Mesopotamia y de buena parte de los pueblos de Asia central que todavía resultan de provechosa lectura. Finalmente, en junio de 1619 el shah Abbas regresó a Isfahán y el 2 de agosto recibió por última vez al embajador en el Maidán. La entrevista solo sirvió para confirmar los peores presagios de Silva y Figueroa, pues ningún acuerdo se pudo alcanzar sobre la guerra contra los turcos, con quienes el shah acababa de firmar una tregua, ni sobre la suerte de los enclaves lusos. Pese a tan magros resultados, la despedida del monarca persa fue cordial. El embajador recibió de sus manos ricos presentes para él y su comitiva y la promesa de que no tardaría en enviar una embajada a “su hermano” el rey de España. Con este mensaje partió nuestro compatriota con destino a Ormuz, desde donde envió misivas a Madrid dando cuenta de su misión, y desde allí, por barco, a Goa, donde llegó el 25 de abril de 1620. No terminaron así sus desventuras, puesto que su primer intento de retornar a España doblando el cabo de Buena Esperanza se vio frustrado por el mal tiempo, debiendo retornar al puerto indio y aguardar otra ocasión. Esta no se presentaría hasta el 1 de febrero de 1624. Fue la última singladura de un hombre excepcional. Según una anotación en el manuscrito custodiado por la Biblioteca Nacional, su muerte, *“sucedió en su vuelta a España, a 22 de julio de 1624, a las ocho horas de la noche, del Mal de Luanda, a ciento y diez leguas de las islas de Flores y Cuervo. Echaron su cuerpo a la mar, en un cajón cargado de piedras, y permaneció en calmerías alrededor de la nao dos días”*¹²

¹² Op. cit. Según nota al margen que se conserva en el manuscrito original de la obra.

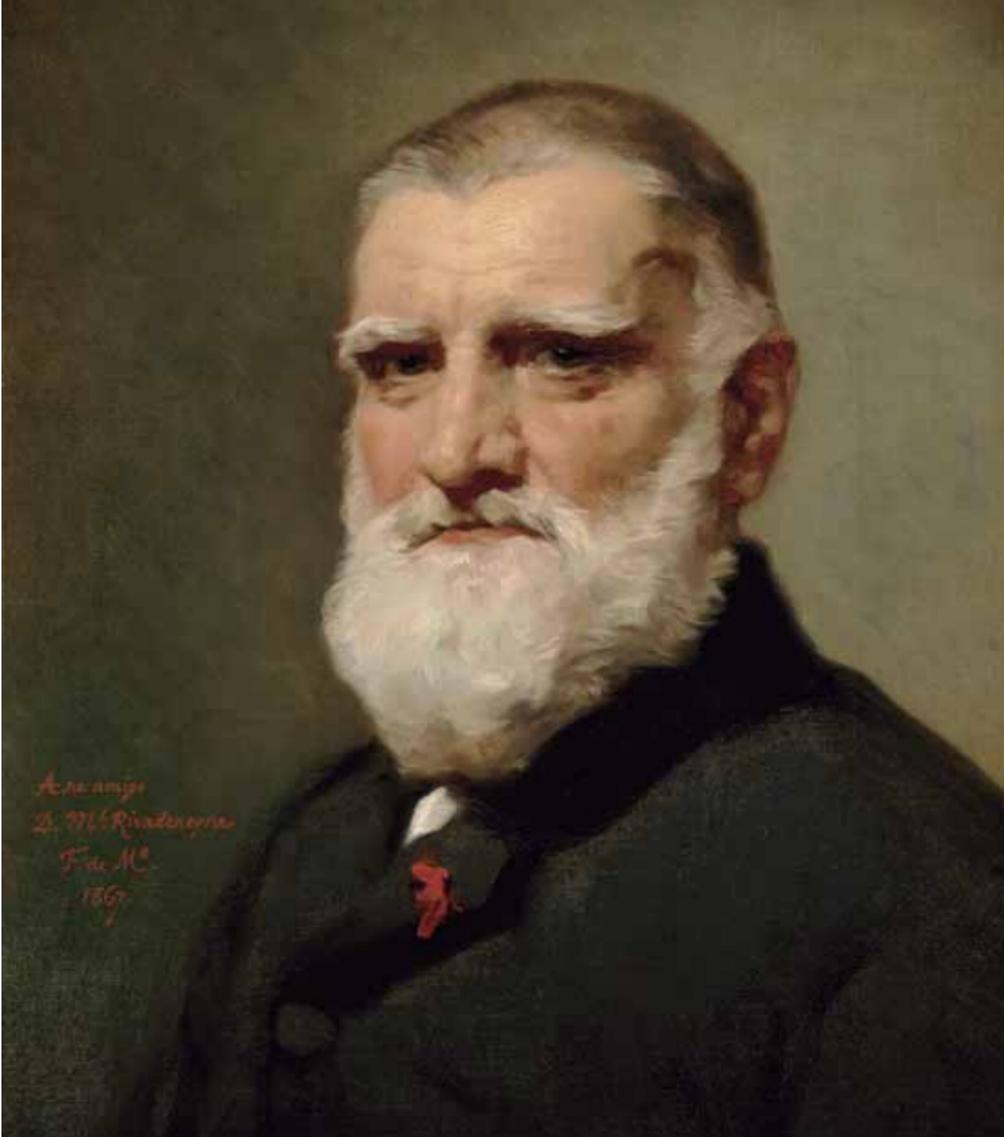
La aventura persa que venimos de evocar no tuvo continuidad. Alejado de los centros neurálgicos de la Monarquía Hispánica en América, Europa y Asia-Pacífico, el Medio Oriente fue en buena medida olvidado por los españoles y, salvo misioneros, y aventureros como el jesuita Pedro Cubero a finales del siglo XVII o el espía Domingo Badía, conocido como Ali Bey, a inicios del XIX, apenas fue objeto de interés político o curiosidad científica. La oportunidad de que España hubiera sido pionera en los estudios arqueológicos en aquella región del mundo, puesta en bandeja por el embajador Silva y Figueroa, fue desaprovechada. La situación pudo cambiar durante el siglo XIX, pese al mal pie con que comenzó en nuestro país debido a los quebrantos de la Guerra de la Independencia y al freno que supusieron el absolutismo de Fernando VII y las subsiguientes guerras carlistas. En alguno de los escasos períodos de calma en los que nuestros próceres pudieron ocuparse del vasto mundo exterior, más allá de intentar preservar los restos dispersos del Imperio, la posibilidad de abrir nuevas rutas para conectar la metrópoli con Filipinas a través del Mediterráneo oriental y el Golfo Pérsico fue objeto de cierta atención. El flanco débil de tales proyectos, además de la propia fragilidad del Estado liberal y la anomia de la sociedad civil, era la falta de una tradición sostenida en el estudio de unas regiones que se habían convertido, como era el caso de Egipto, Mesopotamia e Irán, en el terreno favorito para la competencia entre las grandes potencias del momento. La ausencia de coherencia entre la voluntad y los medios, como en tantas otras ocasiones, intentó ser compensada con iniciativas individuales raras veces dotadas de continuidad. En el caso de Mesopotamia e Irán esas iniciativas pueden resumirse en tres nombres: Francisco García Ayuso; Ramiro Fernández de Valbuena, autor de una enciclopedia en cuatro volúmenes titulada *Egipto y Asiria resucitados*, publicada entre 1895 y 1901, y el diplomático Eduardo Rivadeneyra.

Francisco García Ayuso tuvo el honor de ser el introductor de la filología mesopotámica en España. Pero sus saberes e intereses iban mucho más allá, pues nos encontramos ante la figura de un auténtico polímata cuyos conocimientos se extendían a la botánica, la geografía, la lingüística comparada, el estudio de las religiones o la educación infantil. Nacido en Segovia en 1845, comenzó muy pronto sus estudios de árabe y hebreo en Tánger y Tetuán y, más tarde, de varias lenguas europeas en el Seminario de San Lorenzo de El Escorial. En 1868 ya le encontramos ampliando sus conocimientos de lenguas orientales en Múnich, donde se especializó en turco, persa, avéstico, asirio y sánscrito. De regreso



◆ Discurso de ingreso en la Real Academia Española de Francisco García Ayuso: *Estudio comparativo sobre el origen y formación de las lenguas neosánscritas y neolatinas*. Fue presentado el 6 de mayo de 1894.

en Madrid, en 1871 abrió una academia privada de idiomas en la que se podían estudiar los que había asimilado y hasta sueco, danés o etíope. Al mismo tiempo, ejerció como traductor de la Dirección General de Aduanas y fue catedrático de alemán en el Instituto San Isidro de la capital. Su reconocimiento culminó con su entrada, en 1894, en la Real Academia Española, a propuesta, entre otros, de Marcelino Menéndez Pelayo. Su discurso de ingreso se tituló *Estudio comparativo sobre el origen y formación de las lenguas neosánscritas y neolatinas*. Para entonces, ya había publicado numerosas obras sobre iranología e indiolología, además de traducciones y comentarios de libros eruditos y de viajes escritos por académicos y exploradores europeos, como los de Livingston o Schweinfurth consagrados a sus expediciones en África central. Uno de sus principales proyectos, finalmente cumplido, fue la creación de la Real Sociedad Geográfica española, en la estela de otras instituciones similares ya existentes en Europa.



◆ Manuel Rivadeneyra, impresor y empresario, padre del orientalista Adolfo Rivadeneyra, por Federico de Madrazo, 1867. Museo del Prado. Madrid.

Pese a sus sobradas cualificaciones, García Ayuso vio frustrada su carrera docente universitaria por las continuas intrigas y favoritismos del mundo académico. Cuando en 1877 se intentó dotar de contenido a la cátedra de sánscrito en la Universidad Central que había sido creada en 1856, el elegido hubiera debido ser él, como defendía el diplomático y escritor Juan Valera, puesto que ya dictaba un curso de dicha asignatura como profesor auxiliar y tenía una acreditada obra sobre su enseñanza, pero finalmente el puesto recayó en el hijo del político Nicolás María Rivero, por las razones que expuso en su correspondencia, con evidente amargura, Menéndez Pelayo:

“Ruines son de veras los señores catedráticos liberales de esa Facultad de Filosofía y Letras [...]. Ya, por su causa de ellos, dejó Valera de establecer la cátedra de Sánscrito,

pues supo que querían nombrar para ella (se daba al claustro de la Facultad este cometido) al hijo de Rivero (que por fin ha entrado de bobilis bobilis) y nuestro amigo deseaba, con sobrada razón, que se confiriese a García Ayuso, que había dado en sus obras pruebas de conocer dicho idioma¹³. ”

Aun en circunstancias tan desfavorables, la semilla plantada por García Ayuso no se echó del todo a perder. Entre sus discípulos y amigos se contó Adolfo Rivadeneyra, el hombre que, pese a su prematura muerte y la inicial desidia de sus compatriotas, merece formar parte de la privilegiada lista de los grandes diplomáticos, arqueólogos y aventureros decimonónicos. La vida y obra de Rivadeneyra cuenta ya, afortunadamente, con relevantes estudios, entre los que destacan los realizados por Fernando Escribano Martín, editor, además, de buena parte de sus libros. Uno de ellos, titulado *Viaje al interior de Persia*, se cuenta entre los mejores ejemplos de la literatura de viajes, además de ser una excelente fuente de información sobre el pasado de aquel país, su situación durante la segunda mitad del siglo XIX y sus relaciones con las principales potencias. Su lectura constituye el complemento y continuación a la del relato de su gran predecesor, García de Silva y Figueroa, cuya memoria inspiró a Rivadeneyra y cuyos pasos a menudo siguió en su periplo persa.

Adolfo Rivadeneyra nació en Valparaíso, Chile, el 10 de abril de 1841 y murió en Madrid el 5 de febrero de 1882. Su padre, Manuel Rivadeneyra, fue uno de esos compatriotas, no tan escasos como algunos nos quieren hacer creer, que hace mantener viva la fe en una España ilustrada y emprendedora, capaz no solo de concebir, sino de realizar y dar continuidad a proyectos intelectuales de largo alcance. La pasión de Don Manuel, que le llevó a hacer las Américas buscando conseguir capital con el que financiar su sueño, fue imprimir las obras de los autores clásicos españoles acompañadas por ensayos críticos realizados por las primeras autoridades en cada uno de ellos. El resultado, continuado por su hijo Adolfo y, más tarde, por Marcelino Menéndez Pelayo, fue la monumental Biblioteca de Autores Españoles.

¹³ Carta de Marcelino Menéndez Pelayo a Gumersindo Laverde de 14 de noviembre de 1878. Citado en Pedrazuela, Mario, "Vidas filológicas (8). Francisco García Ayuso", de 27 de junio de 2013, consultable en https://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/junio_13/27062013_01.htm

Conseguido su objetivo y tras realizar una importante labor editorial en Chile, Don Manuel regresó a España acompañado por la familia que allí había formado. Su hijo, Adolfo, comenzó pronto un programa de instrucción, que le llevó a Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica, centrado en el aprendizaje de los idiomas. Con este bagaje, en 1863 consiguió ser admitido como Joven de Lenguas en el Ministerio de Estado, siendo destinado a Beirut para perfeccionarse en el árabe. Así lo hizo, con tanto provecho que dos años más tarde ya estuvo en disposición de escribir y dedicar a la reina Isabel II un *Estudio sobre el mecanismo de la lengua árabe*. Ulteriores destinos consulares le llevaron desde Jerusalén y Beirut a Ceilán, desde allí a Damasco, donde llegará en 1869, y, finalmente, a Teherán, donde tomó posesión como vicecónsul en abril de 1874. Apasionado por el país, pronto se lanzó a estudiar su historia y la lengua farsi y, así equipado, decidió viajar por el interior de Persia durante un año, desde agosto de 1874 hasta el mismo mes de 1875. Las descripciones de ese periplo, emprendido con el fin de explorar posibilidades para el comercio bilateral, así como los informes previos en los que relata al ministerio en Madrid el mejor itinerario para llegar a Teherán desde España, pasando por el Cáucaso, fueron recopilados por el autor en el ya mencionado *Viaje al interior de Persia*, publicado en 1880. Con esta obra no solo estamos ante una de las cumbres de la literatura viajera decimonónica, sino ante uno de los textos fundadores de la moderna orientalista en España. De hecho, ya en su viaje de Ceilán a Damasco, que narró en un previo libro de viajes publicado en 1871, Adolfo Rivadeneyra había dado muestras de su pasión por la historia de las regiones que recorría y de su interés en divulgar los hallazgos arqueológicos que por esas fechas se estaban realizando. En este caso, fue durante el tránsito por tierras de Iraq y Siria cuando, siempre acompañado por las obras de Herodoto que llevaba entre su magro equipaje, se demoró para estudiar las ruinas dispersas por la antigua Mesopotamia. Allí, en el capítulo dedicado a Babilonia, fechado en julio de 1869, relata cómo se hizo con dos tablillas cuneiformes, relacionadas con el rey Nabucodonosor, que serían más tarde descifradas por García Ayuso y están todavía conservadas en el Museo Arqueológico Nacional. No son las únicas presentes en colecciones españolas. Además de las dos aportadas por Adolfo Rivadeneyra, a las que hay que sumar las inscripciones cuneiformes que se hallan en un fragmento de columna que él mismo obtuvo en las ruinas de Susa durante su viaje por Persia, también hoy en el MAN, se cuentan las inscripciones que posee



◆ Fragmento de inscripción con caracteres cuneiformes en persa antiguo, procedente de Susa, de época aqueménida. Forma parte de la colección de piezas procedentes de Irán y Mesopotamia vendidas al MAN por Adolfo Rivadeneyra.

el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia en Madrid. La más antigua tablilla de la que hay constancia en España formó parte de la donación, junto a dos bajorrelieves asirios y una colección de monedas medievales hierosolimitanas, que hizo a dicha institución a mediados del siglo XIX el diplomático Antonio López de Córdoba. Experto en hebreo y árabe, López de Córdoba entró al servicio del Ministerio de Estado en 1818. Fue destinado primero a Constantinopla como joven de Lenguas y, posteriormente, a Lisboa y Londres, en ambos casos como encargado de negocios. En 1833, retornó a su primer puesto en la Sublime Puerta como ministro plenipotenciario y allí permaneció hasta 1847. Gracias a sus conocimientos sobre Oriente Medio, obtuvo en 1829 la categoría de supernumerario de la Real Academia de Historia, donde ingresó con una disertación sobre la *Necesidad de la Historia de la Diplomacia en la Historia en general*. Es muy probable que, durante su estancia en Turquía, López de Córdoba



◆ Bajorrelieve con guerreros asirios procedente de Nínive en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, Madrid, donado por el diplomático Antonio López de Córdoba.

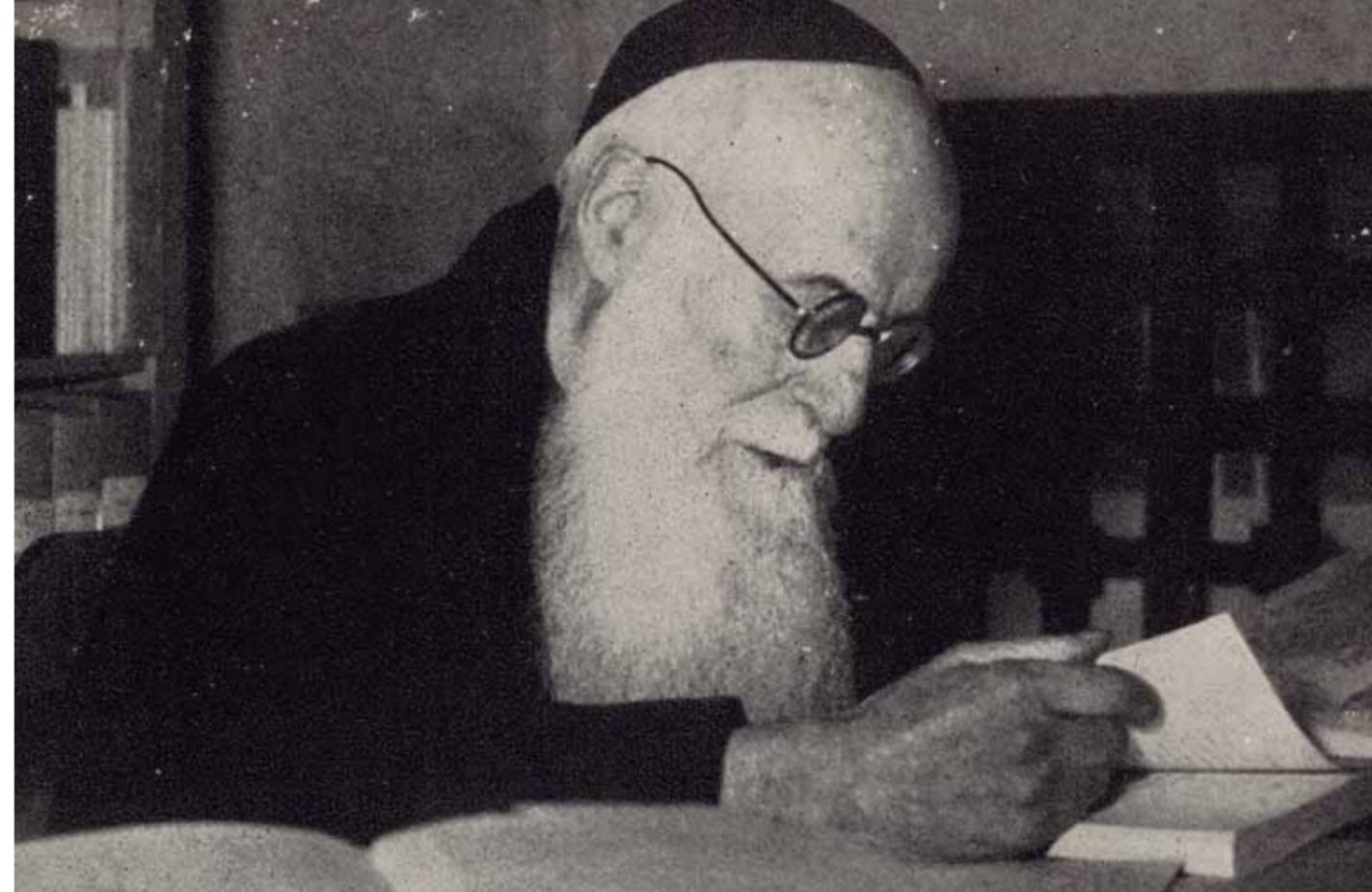
conociera al arqueólogo y también diplomático Austen Henry Layard, de quien ya nos hemos ocupado, pero la inscripción cuneiforme y los dos bajorrelieves del palacio de Senaquerib en Nínive no llegaron a sus manos a través de esa amistad, sino de forma más rocambolesca. Al parecer, el diplomático español obtuvo los objetos a través de un tratante griego de caballos árabes, afincado en Iraq, que era el proveedor de las cuadras de la reina Isabel II, y fue a caballo como llegaron a España. Menos romántica quizá, pero de mayor relevancia para los estudiosos, ha sido la más reciente adquisición de otro lote de tablillas cuneiformes por la Real Academia de la Historia. Se trata de la conocida como colección Carl L. Lippmann, un conjunto de 377 piezas pertenecientes al período sargónico (III milenio a.C.) encontradas en la ciudad sumeria de Adab, hoy Tell Bismaya, en Iraq. La mayoría de las inscripciones pertenecieron a los archivos del gobernador de la ciudad y están relacionadas con actividades administrativas, diplomáticas, comerciales y artesanales, con lo que ofrecen una visión muy completa de la cultura material de aquel período.

Para completar este sumario recorrido por la presencia de tablillas cuneiformes en España, hemos de referirnos a las inscripciones que forman parte de la colección de antigüedades mesopotámicas del Museo del Monasterio de Montserrat. Su compra fue realizada a inicios del pasado siglo por el padre benedictino Bonaventura Ubach. Orientalista de vocación y formación, el padre Ubach fue enviado en 1906 a Jerusalén como educador del clero local. Allí tuvo ocasión de iniciar el proyecto que habría de ocupar gran parte de su vida, lo que llamaba el *conocimiento experimental del país bíblico*, es decir, profundizar en la disciplina de la arqueología de las tierras mencionadas en las Sagradas Escrituras, si bien su interés se extendía también incluso a la botánica y entomología de la región. Durante los primeros años de su estancia en Tierra Santa, además de Palestina, el padre Ubach recorrió Egipto, la península del Sinaí, que atravesó en camello, Siria y el Líbano. A su regreso a España, los objetos de distinta índole que había recogido durante aquellos viajes pasaron a formar parte en 1911 del recién inaugurado Museo Bíblico del monasterio de Montserrat. El contenido del museo fue acrecentado en el trascurso de un posterior viaje que el padre Ubach realizó a Oriente Medio y del que volvió en 1923 con más de cuatrocientas tablillas cuneiformes y casi un centenar de sellos cilíndricos procedentes de Asiria y Babilonia. Fruto de

aquel periplo fue también el *Diario de un viaje por las regiones de Iraq*, en el que relata sus encuentros con monjes siriacos, cuya lengua y ritos litúrgicos le fascinaban, y su paso por paisajes, ruinas y ciudades con resonancias bíblicas. En uno de los pasajes del *Diario* encontramos el siguiente itinerario, muestra de la inmensa curiosidad que el autor sentía por la historia de la región:

“Salía una primera vez en enero de 1923 para examinar el antiquísimo monumento de Akerkuf; una segunda vez para visitar las ruinas de Babilonia, hacer un peregrinaje al sepulcro del profeta Ezequiel, e ir a ver las últimas excavaciones de ese año en Ur, la patria de Abrahán. En Abril bajaba por el río Tigris, llegaba hasta la Susiana, por las orillas del río Katun, y volvía a Bagdad por Basora, no sin embargo sin haber hecho una segunda visita, más entretenida, a las ruinas de Ur. (...) En mayo salía de nuevo de Bagdad, con la intención de sumergirme en la parte septentrional de Persia hasta Hamadan, como un mes antes lo había ya hecho para las regiones meridionales hasta la Susiana. Un contratiempo había sin embargo, de pararme al llegar a la frontera, y después de vanos esfuerzos intentando penetrar, cambió el itinerario y, recorriendo los confines meridionales del Kurdistán, llegaba por Kerkük y Erbil a la ciudad de Nínive. Una excursión de ocho días, a caballo, me permitía visitar los principales monasterios caldeos de los alrededores, el santuario de los Yazidi, o adoradores del diablo, la tumba del profeta Nahum, y, por Nimrud, Xergat y Samarra, volvía a Bagdad¹⁴.”

Retornemos, tras el excursio paleográfico, al viaje de Adolfo Rivadeneyra por el interior de Persia. Hemos de recordar que el mismo tenía en principio una finalidad eminentemente económica. Así lo reflejaban las instrucciones que el propio Rivadeneyra recibió del Ministerio de Estado, fechadas el 15 de septiembre de 1873, todavía bajo la efímera I República. Las mismas se enmarcaban en las posibilidades abiertas a las relaciones bilaterales por los dos acuerdos de amistad y comercio hispano-persas ratificados, respectivamente, en 1850 y 1872. Las circunstancias políticas persas eran, asimismo, favorables, pues la estancia del vicecónsul coincidió con el impulso modernizador de Naser od-Din Shah y sus esfuerzos



◆ El padre Ubach en su estudio. Fuente: IEMed.

por atraer capital foráneo para desarrollar las atrasadas infraestructuras del país mediante el otorgamiento de concesiones. Será una de ellas, la inicialmente obtenida en 1872 por el barón de Reuter para la construcción de ferrocarriles, la que habría de ser objeto de especial estudio por parte del enviado español, a quien, además se le encomendaba explorar el mercado persa de cara a la exportación de productos españoles y, tras la apertura del Canal de Suez en noviembre de 1869, la designación de un puerto en el Golfo Pérsico en el que se podría abrir una Agencia consular con el fin de asistir a la navegación destinada y procedente de las Filipinas y otros países del Extremo Oriente. Asimismo, ante la ausencia de una legación diplomática, se encargaba al vicecónsul informar sobre las circunstancias políticas de Persia, observando, eso sí, una estricta neutralidad en los asuntos internos del país.

Fiel a su carácter meticuloso, Rivadeneyra comenzó preparando su misión con el estudio, en la biblioteca del Palacio Real de Madrid, de las relaciones de los viajes realizados a la zona por sus insignes predecesores, desde Ruy González de Clavijo y su embajada a Samarcanda a inicios del siglo XV, a la ya mencionada embajada de García de Silva y

¹⁴ Vid. Valdés Pereiro, Carmen, “El Reverendo Padre Bonaventura Ubach, peregrino en Tierra Santa: el monje y su obra”. *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 893-911.

Figuroa a la corte safávida en el siglo XVII. Premunido con estas lecturas, su dominio de varios idiomas y con el bagaje de experiencias y conocimientos ya acumulado en sus estancias previas por Oriente Medio, la primera etapa de su viaje a Teherán le llevó a París, donde visitó al representante persa en la capital francesa, el general Nazar Aga. Armenio originario de Isfahán, su anfitrión, que ya estaba al corriente de su nombramiento en calidad de vicecónsul, le aconsejó acerca del mejor itinerario para viajar a Persia y sobre el recibimiento que allí le podría ser dispensado, advirtiéndole que el bajo rango con el que había sido nombrado, que en persa se traducía como “Pequeño Cónsul”, podría dificultar su labor, pues sería considerado como una muestra del escaso interés que España prestaba a las relaciones bilaterales. Cumplido el trámite, Rivadeneyra no se demoró y partió, via Viena, Cracovia y Odessa, a Constantinopla. Desde la capital otomana, donde apenas se detuvo para ser presentado al ministro persa ante la Sublime Puerta, prosiguió su viaje hacia Poti, ciudad portuaria en la costa georgiana del Mar Negro que en la geografía clásica era denominada la Cólquida, el reino hacia el que se dirigieron Jasón y los argonautas para hacerse con el vellocino de oro. Desde Poti, tras recorrer más de 300 km de paisajes pintorescos que le recordaron por la espesura de su vegetación a los de Ceilán, llegó en ferrocarril a Tiflis. El trayecto le sirvió para reflexionar sobre la suerte de los pueblos caucásicos, considerados como protectores de Europa frente al asalto de las hordas tártaras y mongolas, pero a los que las indiferentes naciones europeas habían abandonado a su suerte ante las ambiciones rusas desplegadas desde los tiempos de Catalina la Grande. Una vez integrados en el Imperio de los zares, Rusia había convertido el Cáucaso en una provincia sometida desde la que proyectarse hacia el Mar Negro y el Mediterráneo, extendiendo su poderío, según el dicho armenio, “como el agua bajo la paja”.

Una vez en Tiflis, Rivadeneyra se entretuvo durante algo más de una semana visitando los monumentos de interés, advirtiéndole la fuerte presencia militar rusa y haciendo gestiones para obtener un pase, o *padaroshna*, que le permitiera proseguir el viaje. Una vez conseguido, la siguiente etapa le llevó a Bakú, no sin antes detenerse por el camino para observar el proceso de elaboración del caviar, por entonces, según advirtió, alimento de pobres. Ya en la capital de Azerbaiyán, en cuya fisionomía advirtió una fuerte influencia persa, le llamó la atención la producción de nafta, o petróleo crudo, que era la sustancia que los antiguos

zoroastras utilizaban para alimentar el fuego sagrado y cuya extracción se había convertido en la principal industria de la zona, sobre todo, en la península de Absheron, donde, desde 1870, se explotaban algunos de los pozos más antiguos conocidos.

Desde Bakú, el diplomático español tomó un vapor que le llevó a través del mar Caspio hasta el puerto persa de Enzelí, donde apenas se demoró, pues allí alquiló una calesa hasta Resht, la capital de la provincia de Guilán, conocida como la puerta de Europa. Pese a tan prometedor nombre, la acogida de los locales fue de todo menos cálida. La población mayoritariamente chiíta recelaba de todo extranjero y el gobernador local le trató con displicencia; pero, aun así, nuestro protagonista pudo comenzar a dar cumplimiento a sus instrucciones en lo tocante al estudio de la concesión otorgada al barón de Reuter para la construcción de los ferrocarriles. De hecho, según pudo constatar sobre el terreno, dicha concesión había sido revocada tan solo un año después de su firma ante la oposición de los sectores más conservadores del clero chiíta y, sobre todo, por la presión de Moscú, que consiguió imponer una moratoria a la construcción de vías férreas en Persia durante una década. Así pues, lo único que pudo ver fueron los restos de las vías abandonadas que hubieran debido conectar las minas de hulla, cobre y hierro con el mar Caspio y desde allí con los mercados internacionales. Lejos de desanimarse al comprobar que una parte relevante de sus instrucciones eran inservibles, Rivadeneyra continuó el viaje hasta Teherán tomando notas de todo cuanto le parecía útil para informar a sus superiores en Madrid y, ya sin duda, con vistas a elaborar un libro sobre su estancia en Persia para beneficio del público lector español interesado en conocer otros países y culturas. Así, al llegar a la capital, lo primero que hizo fue describir la festividad de la Ashura, en la que los chiítas conmemoran la muerte del imán Husayn ibn Alí y durante la que se celebran representaciones llamadas *tazieh*, que nuestro autor contempló y asemejó a los autos sacramentales. También constató durante las primeras semanas de su estancia en Teherán la presencia de logias francmasonicas entre la pequeña colonia de extranjeros y la pervivencia entre los locales del movimiento babista, una escisión del chiismo duodecimano que había sido objeto de una sangrienta represión por parte del régimen al considerarlo contrario a la ortodoxia y a la estabilidad de la dinastía Qajar. Estos detalles y otros muchos los pudo conocer al entablar contacto con los ministros de las potencias extranjeras acreditados en la capital. Entre ellos se encontraban viejos conocidos de su padre, como el representante

francés, Alejandro Mellinet, e hispanófilos de vocación, como el ministro británico, el Sr. Thompson, y el austríaco, conde Dubsy, quien había sido primer secretario en la legación de su país en Madrid. Pero, como pronto tuvo ocasión de comprobar, el más influyente en la Corte era el ministro ruso y decano del Cuerpo diplomático, el Sr. Beguer, cuya amistad también se supo ganar. Además de ellos, otros prominentes miembros de la colonia europea eran dos franceses, el ingeniero Vauvillier, encargado de la modernización de la artillería persa, y, sobre todo, el Dr. Tholozan, médico personal del shah, además de eminente epidemiólogo y futuro mentor del matrimonio Dieulafoy.

El excelente recibimiento que tuvo entre los expatriados no tuvo su equivalente en lo que se refiere a los locales. A la animadversión hacia los impuros infieles que predominaba entre los chiítas se unía el poco respeto que les infundía a las autoridades el infimo rango oficial con el que se presentaba ante ellos Rivadeneyra. De hecho, el entonces canciller y favorito del shah, Mirza Hossein Khan, le tuvo deliberadamente a la espera durante un período inusualmente largo antes de concederle su primera audiencia, en la que nuestro compatriota inadvertidamente faltó al protocolo al comparecer calzado ante su anfitrión. No fue un inicio de misión particularmente auspicioso, pero con su buen hacer, poco a poco fue ganándose la confianza de quien ostentaba el título de *Sepahsalar* (Comandante en Jefe de los Ejércitos) y *Saderazam* (Pecho de la Nación), reuniendo así en su persona el poder civil y militar del país. Tal fue el caso que el propio Husein Khan llegó a prometerle la concesión la Gran Cruz de la Orden del León y el Sol, condecoración otorgada a los extranjeros que habían prestado un gran servicio al país, en un surreal encuentro que nuestro vicecónsul relató entre asombrado y divertido:

“Era hacia la caída de la tarde de un hermosísimo día de primavera; recibíome S.A en un espacioso jardín, al borde de una fuente, al pie de soberbia haya; en un banco me senté yo; en otro estaba depositada una gran bandeja con pepinos, torrados, licores, y en otro reposaba perezoso el “Pecho de la Nación”, y junto a él un joven de veintitrés años, que debe ser en esta tierra, a juzgar por su hermosísima figura, el fénix de los enamorados. El Ministro estuvo muy afable conmigo; mas como no se puede cambiar la expresión de la cara con la facilidad que la de los ojos, tuve que atribuir las dulces miradas que me dirigía a la imposibilidad de ocultar la dicha que en aquellos momentos le embargaba. Con gestos de la



◆ Mirza Hossein Khan con uniforme diplomático persa. Fecha y autor desconocidos.

cabeza me concedía la Gran Cruz, y me hubiera concedido ciento; pero volvíala en seguida a su Adonis, a quien tenía asido con la derecha mano, mientras que con la izquierda buscaba en la surtida bandeja el mejor de los pepinos para llevarlo a la encantadora boca de la “luz de sus ojos”, nombre de esos jóvenes. De una caída de caballo murió poco tiempo después aquel doncel, y todo el mundo, incluso el Shah y alguno que otro diplomático, presentaron un duelo al Primer Ministro por la irreparable pérdida. No lo fue ciertamente para la esposa del viudo, la que se apresuró a ocupar el lugar que le correspondía, más, no hallándolo, llamó al harem a un primo suyo, y, después de aderezarlo lujosamente, lo presentó a Hussein Jan alcanzando por este medio ahuyentar rivales de su sexo¹⁵.”

¹⁵ Rivadeneyra, Adolfo, *Viaje al interior de Persia*. Madrid: Imprenta y estereotipia de Aribau y Cía, 1880, p. 256. Se puede consultar en línea en la Biblioteca Digital Hispánica.

La estrella del Gran Canciller, sin embargo, declinó con la misma rapidez con la que había sido encumbrado, pues, tras haber sido el principal instigador de la concesión ferroviaria al barón de Reuter, la revocación de esta acarreó el fin de su fortuna y su destitución. Rivadeneyra tuvo ocasión de contemplar como testigo privilegiado su ascenso y caída, lamentando que con su partida nada cambiaría en cuanto a la venalidad del régimen, pues el sistema de gobierno despótico que sufría Persia requería de cambios estructurales para los que no se daban las circunstancias adecuadas. *Cuán a merced del capricho viven los pueblos que no han sabido conquistarse leyes*, concluyó en sus reflexiones sobre este particular episodio.

Como complemento a sus ocupaciones oficiales, nuestro compatriota dedicó los primeros meses en su nuevo destino a estudiar en profundidad su país de acogida, leyendo la prensa local en lo tocante al aprendizaje del idioma y, en cuanto a su historia, guiándose por los autores clásicos nativos y europeos, sobre todo los *Nueve libros de la historia* de Herodoto, el *Shahnamé* o *Libro de los Reyes* de Ferdousí y los *Comentarios* de su admirado García de Silva y Figueroa. Transcurridos cinco meses desde su llegada a Teherán y confiado en contar con los conocimientos suficientes, decidió realizar el viaje por el interior de Persia que tenía en mente desde su llegada, aprovechándolo para así conocer mejor las oportunidades que podían abrirse al intercambio con España. El itinerario que planeó habría de llevarle al Loristán, que compara con Sierra Morena; Arabistán, cuna de la civilización caldea; Busher, en el Golfo Pérsico, donde habría de pasar los rigores del invierno, y, desde allí, emprender el regreso por Firuzabad, Karamania y Sistán. En total, consideró que el trayecto le llevaría un año, dependiendo de los imprevistos con los que habría de encontrarse, dando por hecho que se toparía más pronto que tarde con tribus hostiles dadas a la rapiña. Pese a ello, decidió no portar armas, pues, con sentido común, coligió que de poco le servirían frente a enemigos aguerridos y dispuestos a todo. Como acompañantes, contrató, además de a un cocinero y a un criado, a un armenio políglota, Mirza Abcar, capaz de expresarse en persa, armenio, ruso y turco y a quien encargó que en cada aldea o ciudad a la que llegaran presentara a los locales más espabilados un cuestionario completo sobre las condiciones naturales, sociales, económicas y hasta las curiosidades etnográficas y filológicas de cada lugar. En cuanto al equipaje, habiendo prescindido de cualquier escolta oficial para ir más ligero y evitar un marcaje demasiado estrecho, se limitó a portar:

“Una cama que compré en Constantinopla, dos mudas, un traje para presentarme a las Autoridades, y, el de viaje compuesto de botas de montar, calzón de paño, con cuero en la parte que toca a la silla, y que me ha cedido un inglés; chaleco con mangas de lana, chaquetón, capote forrado de pieles, gorro de lo mismo, y salacó o sombrero de tinsin, pues he de sufrir gran variedad de temperaturas.

(. . .) Además de lo enumerado llevo varios libros: el Viaje del Shah, las obras de Duncker y Herodoto, a fin de amenizar los ratos de descanso aquilatando el pasado de los puntos que debo visitar, y asimismo para ejercitarme en el persa, leyendo una obra tan fácil como la que acaba de publicar S.M. (NB: se refiere al shah) acerca de su reciente viaje por Europa, cuya narración, por su estilo, es digna, según dicen las personas instruidas, de un charvadar (arriero).”

De entre los autores que le acompañaron, sin duda el que más apreciaba era el historiador griego, de quien afirma, ponderadamente:

“Él fue mi compañero inseparable desde que pisé el Oriente, y lo será siempre de cuantos intenten rasgar el velo del tiempo. Seguramente que adolece de alguno que otro defecto: es crédulo en demasía, pero menos de lo que suponían en otro tiempo; no está exento de superstición, ¡quién lo estaba entonces, y qué pocos lo están hoy!, a pesar de su buen juicio deduce poco, a menos que se abstuviera de ello por un laudable sentimiento de imparcialidad; tampoco sabe más idioma que el propio, pero en cambio la honradez, la diligencia, la buena fe son otros tantos títulos de su gloria. Está, además, exento de vanidad nacional, es sencillo en el decir, da unidad a sus comentarios, y sobre todo apunta máximas, costumbres preocupaciones, elemento principal de la verdadera historia, prisma el más interesante a través del cual debe, creo yo, contemplarse la vida de cada pueblo. Herodoto, el primer viajero-escritor, es modelo de su clase.”

Además de para evitar el excesivo peso, Rivadeneyra da una buena razón, todavía convincente y adecuada para los aspirantes a escritores de viajes, para no añadir a la lista de sus libros alguna guía contemporánea de las que entonces ya existían sobre Persia:

“ (...) Me abstengo de ello por creer que no debe ir prevenida la imaginación con la manera de ver de otros, a fin de no destruir la sorpresa que tendré ignorando la descripción de monumentos y la organización de sociedades que voy a ver y a tratar. Soy de la opinión de que la persona destinada a recorrer un país no aprenda de él más que la historia y el idioma, y terminado el viaje examine detenidamente descripciones antiguas y modernas; esta lectura será entonces muy provechosa, y encaminará el propio criterio, metodizando el plan de la obra que se intente escribir, cuyos frutos serían, a no dudarlo, más abundantes y sazonados¹⁶. ”

Y así, dispuesto a sorprenderse y a sorprender al lector en cada etapa de su viaje, emprendió el camino nuestro compatriota. Del libro resultante, sobre el que es posible consultar modernas y bien comentadas ediciones, nos contentaremos con seleccionar los episodios que más relación guardan con el propósito de este ensayo, es decir, encarecer la contribución realizada por algunos de nuestros mejores diplomáticos al nacimiento y a la temprana, aunque discontinua, consolidación de la arqueología española en lo tocante al Mediterráneo oriental y al Oriente Medio, así como al conocimiento de sus pueblos y culturas. En este sentido, la primera referencia reseñable que realiza Rivadeneyra en su diario es la relativa al Ganjnameh, o Libro de los Tesoros, una inscripción en piedra con textos en persa, acadio y elamita que data de los reinados de Darío I y Jerjes I tallada en las estribaciones del monte Alvend, a una decena de kilómetros de la ciudad de Hamadán, donde el vicecónsul pernoctó para recuperarse de una fiebre y tuvo ocasión de conocer a un judío sefardí que se dedicaba al negocio de las antigüedades numismáticas.

El siguiente encuentro notable, ya en la provincia de Kermanshah fue con la inscripción de Behistún, la misma que había servido para descifrar la escritura cuneiforme desde que en 1835 comenzara a ser transcrita por Henry Rawlinson como paso previo a su desciframiento, realizado independientemente por él mismo y por otros equipos de filólogos y anticuarios europeos. Entre estos, destacó el sabio franco-alemán Julius Oppert, quien encargó al propio Rivadeneyra que le copiara *in situ* algunos fragmentos de escritura que hasta entonces no habían podido ser traducidos. Por desgracia, nues-

¹⁶ Sobre los preparativos del viaje, *vid.* Op. cit., pp. 375-377.



◆ Las inscripciones de Ganjnameh en un dibujo realizado por el arquitecto francés Pascal Coste en 1851.

tro viajero no pudo hacerlo al resultar ilegibles, pero por el contrario sí que aprovechó la ocasión para realizar una descripción detallada del monumento para el público español, recordando al mismo tiempo, como ya sabemos, que fue nuestro compatriota Silva y Figueroa el primero en llamar la atención acerca de los extraños caracteres *compuestos de figuras piramidales diversamente combinadas* y en llegar a la conclusión de que se trataba de una escritura antigua y no de meros ornamentos:

“ La escultura mide ocho metros de ancho por tres de alto; las figuras equidistantes y colocadas de perfil, son de tamaño natural, excepto la de Darío, que tiene una cuarta más que las otras; sin duda predominaba en la imaginación de los antiguos que el Soberano debía representarse en mayores proporciones que los súbditos. Lo propio observé en Nínive y Egipto.



◆ La inscripción de Behistún con los bajorrelieves que muestran a Darío I y a representantes de distintos pueblos conquistados bajo una figura de Ahura Mazda, aquí representado en su forma alada de faravahar.

(,,,) En el centro del cuadro, sobre la parte superior, domina la divinidad, que entonces representaban muchos pueblos mediante un busto de hombre unido a la larga cola de pájaro, y colocado dentro de un aro situado en la región de la cintura. Estrechan este aro anchas alas desplegadas, que, juntas, afectan la forma de trapecio, y del mismo modo cuelgan dos cintas, que el artista figuró movidas por el aire. La diestra de la divinidad está alzada, y en la siniestra sostiene un cuerpo redondo del tamaño próximamente de la mano.

(. . .) Hacia el final de la curiosa inscripción, que consta de 2.862 palabras, dice el gran Rey: “Tú que más tarde serás Rey, protege mucho al hombre bueno; pero al que mienta, castígalo mucho. Si dices: “así será”, mi país será poderoso, Tú que leerás más tarde esta inscripción que yo hice, cree y no la supongas mentirosa. Da fe a lo que hice”¹⁷.”

¹⁷ Op. cit. Vol. II, pp. 90-95.

Tras ocuparse del pasado y ya en la capital de la provincia, también llamada Kermanshah, el autor tuvo ocasión de tornar su atención hacia las costumbres del presente aprovechando que pudo compartir techo con la familia de Aga Hassan, el agente comercial británico para la zona. De entre los usos locales le llamó la atención la crianza de los niños tras el nacimiento, que incluía la circuncisión, y los usos funerarios al término de la vida; las “muy amplias posibilidades” para el “comercio entre el hombre y la mujer” gracias a la institución del matrimonio temporal, o *mutah*, en árabe, permitida también por el Islam chiíta; las relaciones entre los señores de la casa y sus sirvientes, que considera regidas por la cortesía en mayor medida que en Occidente, y hasta las técnicas de belleza usadas por las mujeres en el harem, que pudo conocer al serle descritas por un joven que en uno había servido pero que, al comenzar la pubertad, fue expulsado del *sancta sanctorum*.

Con todo, uno de los episodios álgidos de todo el viaje por el interior de Persia fue el recibimiento que en Jorramabad le dispensó Heshmed Eddalet, tío del shah y gobernador de las provincias del Loristán y Arabistán, para quien el vicecónsul portaba una carta de presentación firmada por el ministro de Rusia en Teherán. Gracias a ella, y a su dominio del árabe, Rivadeneyra se ganó la confianza y hasta la amistad de tan importante personaje, hasta el punto que este le propuso acompañarle en su viaje a Dizful, donde tenía su residencia de invierno. La recepción que allí ofrecieron los lugareños a la comitiva fue ciertamente memorable y quedó tan grabada en la mente de nuestro compatriota que, al regresar a Madrid, en 1876, encargó al pintor e ilustrador José Luis Pellicer un cuadro conmemorativo del acontecimiento, que hoy se puede contemplar en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid.

En el cuadro se puede ver el momento de la recepción en el que tiene lugar el sacrificio de varios corderos y hasta de un camello al paso de la comitiva del gobernador. En el apartado de su libro que se ocupa de esta escena, Rivadeneyra comenta que en sociedades tradicionales, *los sacrificios señalan el punto culminante de la fe religiosa, el avasallamiento de la cabeza por el corazón*. Fuera como fuese, parece que en este caso surtieron efecto, pues a un prolongado período de sequía siguieron durante la visita varios días de lluvias torrenciales que demoraron la continuidad del viaje. Cuando al final pudo



◆ Llegada a Dizful del gobernador del Loristán y Arabistán y del vicecónsul Rivadeneyra (fragmento), por José Luis Pellicer, 1877. Depósito del Ministerio de Política Territorial y Función Pública en el Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

despedirse del gobernador, nuestro vicecónsul lo hizo recordando un viejo proverbio árabe: *dicen que es duro morir, pero no puede serlo más que separarse de un amigo*. Para gran sorpresa de los presentes en la escena, el tío del shah abrazó al español y le acompañó hasta la puerta de su residencia, donde permaneció hasta que su figura se perdió en el horizonte, algo inédito cuando se trataba del trato a un extranjero.

La siguiente etapa del viaje tras Dizful fue la que culminó con la visita de Rivadeneyra a las ruinas de Susa, la antigua capital aqueménida. Allí tenía previsto examinar las excavaciones iniciadas por el británico William Loftus en 1851 antes de retornar a Iraq,

donde ya había descubierto la antigua ciudad sumeria de Uruk. En una muestra de la ambigüedad, o doble moral, en la que se movían la mayoría de los europeos aficionados a la arqueología que transitaban por Oriente Medio en la época, nuestro compatriota reconoce que estaba dispuesto a pagar a varios lugareños para continuar con las prospecciones y hacerse con objetos señalados para las colecciones españolas, como ya había hecho el British Museum aprovechando la expedición de Loftus, pero, al mismo tiempo, afirma que sería mejor dejar las ruinas intocadas, para que pudieran ser contempladas en su estado natural. Por fortuna para su conciencia, el dilema se resolvió por la sencilla razón de que carecía del dinero que le solicitaban los nativos para proce-

der a los trabajos. Diez años más tarde, unos viejos conocidos del lector, el matrimonio Dieulafoy, contando con los recursos suficientes y sin los mismos escrúpulos, terminó arramblando con las ruinas de Susa para mayor gloria del Museo del Louvre.

Como no todo iban a ser encuentros con vestigios del pasado ni exploraciones etnográficas, el vicecónsul, fiel a sus instrucciones, se ocupó a lo largo de su narración de describir las condiciones económicas de ciudades y provincias; el estado de las rutas; los principales cultivos y productos elaborados en cada lugar y, sobre todo, las posibilidades para el comercio internacional, prestando especial atención a la desigual presencia de las principales potencias europeas. Los comentarios más enjundiosos al respecto los realizó mientras permaneció en la ciudad portuaria de Busher, en el Golfo Pérsico. Allí tuvo ocasión de constatar el dominio que sobre la entera región ejercía Gran Bretaña, cuyo Residente, nombrado y sostenido financieramente por el gobierno colonial británico en la India, ejercía las funciones de un auténtico monarca. El interés inglés y, luego, británico en la zona se remontaba a la época en que fue visitada por nuestro embajador Silva y Figueroa, pero se había acrecentado desde principios del siglo XIX, debido a las acciones de piratería y al lucrativo comercio de perlas en las costas de Bahréin, y llegaría a ser obsesiva desde la apertura del Canal de Suez en 1869. Tampoco faltaba la presencia de vapores y mercancías franceses, turcos y holandeses, de tal forma que, ante la avalancha de productos foráneos, los persas eran incapaces de competir en igualdad de condiciones. La solución que proponía Rivadeneyra, deudo en esto de David Ricardo, era la especialización de la agricultura y la industria locales en los productos que podían disfrutar de una ventaja comparativa dadas las condiciones naturales, como la seda, el opio, el algodón y el azúcar. Con todo, reconocía que no sería suficiente para revertir un declive que tan solo se frenaría cuando llegaran a buen término los proyectos de ferrocarriles que unieran Europa y Asia, pues entonces Persia volvería a recuperar su papel de “Ojo” del “vastísimo continente” así conectado:

“Volverán entonces a ir los productos de Europa a la China, y viceversa, por el mismo liso sendero que seguían las caravanas romanas. Los reunirán a orillas del Éufrates, en la antigua Hierápolis, donde adoraban a Atergatis, mitad mujer, mitad pez; seguirán por Hamadán y Shah Abdul Azim, hacia Balj, “madre de las ciudades”, y de ahí, recto al Iaxartes,

por las comarcas que conquistó Alejandro, llegarán a un sitio llamado Tashquend, y en la antigüedad “Torre de Piedra”, donde en vez de parlamentar los conductores de las caravanas con jefes de tribus salvajes para asegurarse protección, las mercancías seguirán veloces al través de países rusificados y lindantes con el Celeste Imperio, donde los chinos, que algún día surtirán a Europa, encaminarán por iguales senderos los productos de su fertilísimo suelo. Entonces ¡dichosa edad! La abundancia existirá en todas partes, y lazos fraternales unirán a los hombres (. . .)¹⁸.”

Al leer el anterior excursus sobre una Ruta de la Seda regenerada por el ferrocarril y vivificada por el comercio, pareciera que Rivadeneyra estuviera contemplando, con casi un siglo y medio de antelación, el ascenso de China y la iniciativa, dirigida desde Pekín, de la Franja y la Ruta, encaminada a la creación de una globalización sinocéntrica o, al menos, condicionada por la visión del mundo y los intereses de la gran potencia asiática. Sin embargo, donde Rivadeneyra se equivocaba, llevado por el pesimismo reinante en los ambientes intelectuales españoles de la época, era en juzgar que España no estaría en condiciones de aprovechar las nuevas interconexiones favorecidas por las infraestructuras y el comercio a escala global. Ciertamente que no fue posible en su época, pero, de vivir hoy, le sorprendería y, sin duda, le agradecería comprobar que compañías multinacionales españolas en los más variados sectores, de la moda a las telecomunicaciones, pasando por los grandes bancos, ingenierías o constructoras, por no hablar de una miríada de pequeñas y medianas empresas, se encuentran presentes en prácticamente todos los mercados internacionales, incluyendo en los países que atravesó durante sus viajes. Desde luego, no le faltaba razón cuando, al concluir el informe sobre las posibilidades del Golfo Pérsico, exhortaba a sus compatriotas a dedicarse a la industria y al comercio pues este:

“(. . .) Es la riqueza, es la fuerza, es la vía por la cual el universo camina hacia la unificación material y moral; el comerciante, por ende, es un Agente de la Historia, como puede serlo el artista, el hombre de ciencia, el viajero, porque antes de realizar su interés, como bajo una forma u otra desea realizarlo todo el mundo, el comerciante busca paso a

¹⁸ Op.cit., p.385.

*la mercancía, la lleva por donde ninguna otra puede competir en calidad y en precio, y de este modo influye, sin saberlo, en la marcha civilizadora de los pueblos comunicándoles las brisas de su inteligencia, y al par los bienes del trabajo*¹⁹.”

Terminada su estancia en Busher, que consideró la más agradable de todo su viaje, Rivadeneyra continuó su camino hacia la ciudad de Shiraz, donde rindió homenaje a las tumbas de dos eminentes poetas persas, Saadi y Hafez. Este último había sido dado a conocer en Europa por Goethe, al incluirle entre sus influencias en el *Diván de Oriente y Occidente*. Nuestro compatriota reconoce que tomó contacto con sus obras, y con el genio de la poesía persa, gracias a su amigo Eduardo Saavedra. Fue este uno de los personajes más completos de la España de la época: ingeniero, y gran experto en la teoría y práctica de los puentes colgantes, humanista, arqueólogo y arabista; miembro de la Real Academia de la Historia, de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y socio fundador de la Sociedad Geográfica de Madrid, germen de la futura Real Sociedad Geográfica. Gracias a esa amistad, y a su previa formación lingüística, nuestro compatriota supo apreciar el íntimo maridaje entre las formas literarias clásicas, griegas y romanas, con las persas e incluso con las sánscritas, pues todas ellas tenían una misma raíz indoeuropea, como ya había intuido el sabio británico Thomas Young a principios de siglo. Tras estas reflexiones lingüísticas, desde Shiraz el viaje siguió con destino a Kerman a través de Firuzabab, en cuyas afueras contempló los restos de un imponente templo de fuego que identificó como propio de la religión zoroastra, cuyos fieles, a quienes denomina “guebros”, considerados impuros por los chiítas, compartían con las poblaciones israelitas el sufrir una pareja opresión y el tener que vivir bajo constantes restricciones en sus costumbres y labores. La mayor concentración de estos guebros la encontró más adelante, en la ciudad de Yezd, casi todos dedicados a la labranza. Allí, tras ser purificado, pudo contemplar el fuego sagrado y escuchó de los labios de un *mobed*, o sacerdote zoroastra, la descripción de los ritos prescritos por el Avesta, el libro primordial de aquella religión. Fue también en la ciudad de Yezd donde tuvo un desagradable encuentro con un *mujtahid*, suerte de doctor en jurisprudencia islámica, seguido por sus acólitos, quienes le inquirieron acerca de las razones de su

¹⁹ Op.cit. p.386.



◆ Las ruinas de Pasargada, con la tumba de Ciro el Grande, fotografiadas en la década de 1920 por Ernst Herzfeld. Freer Gallery of Art and Arthur M. Sackler Gallery Archives, Washington D.C.

presencia en aquella remota región y le hicieron entender que no era bienvenido, pues consideraban que se dedicaba a hacer proselitismo en favor del “Gran Mujtahid de Roma”, es decir, del Papa. Sintiendo a partir de entonces amenazado, cada vez más fatigado y asaltado por las fiebres, Rivadeneyra decidió acortar jornadas y retornar a Shiraz para desde allí emprender el regreso a Teherán. No lo hizo sin antes pasar por dos de los grandes restos del glorioso pasado persa: Pasargada y Persépolis.

En Pasargada, donde todavía faltaba casi un cuarto de siglo para que comenzaran las excavaciones arqueológicas del gran Ernst Herzfeld, el vicecónsul español se encontró con un complejo de ruinas desperdigadas por una amplia llanura que apenas pudo identificar con la capital de Ciro el Grande, pues apenas era posible discernir el uso que podrían haber tenido los escasos monumentos que aún quedaban en pie. Entre

ellos, destacaba en medio de un poblado de chozas un edificio escalonado, rematado por un recinto rectangular al que daba acceso una pequeña apertura y al que los naturales denominaban “el Trono de la madre de Salomón”, cuyo acceso estaba solo permitido a las mujeres. Rivadeneyra, al tanto de las primeras indagaciones realizadas sobre el lugar por Rawlinson y Oppert, se inclinó por considerar que se trataba de un sepulcro, ya fuera del propio Ciro o de su esposa, Casandana. No en vano, ya en la época de Alejandro Magno se supone que el macedonio había encargado al historiador Aristóbulo de Casandrea que entrase en aquel mausoleo, donde habría encontrado un sarcófago de oro, piedras preciosas y el todo rematado con una inscripción que, según Estrabón diría: *Caminante, yo soy Ciro, el que dio a los persas un imperio y fue rey de Asia. No me tengas rencor por este monumento.*

Fuera cierto o no aquel descubrimiento, la inscripción hacía tiempo que había desaparecido y, dada la cercanía de Persépolis, Rivadeneyra decidió suspender sus indagaciones y proseguir el camino que le llevaría hasta el mismo paraje donde, siglos atrás, el embajador Silva y Figueroa se detuviera embelesado. Allí, ante el espectáculo de las majestuosas ruinas contempladas por su compatriota, el viajero dudó si entregarse a su descripción, temiendo repetir lo ya dicho por los europeos que desde el siglo XVII por allí habían pasado. Con todo, se decidió a hacerlo, aunque forzoso es reconocer que sin la erudita minuciosidad y sin la capacidad de transmitir el asombro ante la novedad que caracterizara la prosa de su predecesor. Aun así, puede leerse con provecho el juicio de conjunto que las ruinas le suscitaron, comparándolas favorablemente con los restos de otras civilizaciones y encomiando su originalidad:

“*Considerada bajo el punto de vista artístico, la ejecución de los mármóreos y pulimentados edificios de Persépolis es perfecta, especialmente en los detalles, pues las proporciones dejan a veces algo que desear. En ellos predomina la línea recta, las columnas superan a todas en esbeltez y elegancia, y se diferencian por la estructura de sus partes. Esos monumentos no se parecen a ninguno: tienen del asirio la arrogancia; del egipcio, la suntuosidad; del griego, la armonía; del iranio, el genio ornamental; resumen del arte de esos pueblos, así como los grandes Reyes resumieron en tan celebrísimas comarcas su incontrastable autoridad.*”

Y concluye con una meditación similar a la de Shelley ante los restos del busto de Ramsés II en su poema *Ozymandias*:

“*Tal es el monumento que hace veinticuatro siglos desafía la destructora segur del tiempo. Grande cuando fue teatro de la vanidad humana, es más grande hoy a los ojos de quien viene a contemplar tan espléndidos restos; está en la índole de nuestra naturaleza enaltecer los hombres y sus obras cuando yacen por tierra a nuestros pies, en justa expiación de su soberbia.*”

(. . .) Este cuadro fue el más bello de cuantos en Persia se abrieron a mis ojos enardecidos, atristados de continuo en la soledad y la ruina. Era el final de una Égloga de Virgilio, una ilusión del pincel de Haes²⁰.”

Con esta nota elegíaca, se despidió nuestro protagonista de Persépolis y se encaminó hacia Isfahán, la capital que alcanzara su gloria bajo el reinado del shah Abbas el Grande, el mismo que recibiera la malograda embajada de Silva y Figueroa. Quizá como contrapunto a la tristeza que comenzaba a embargar su ánimo, bien conocida por quienes, habiendo anhelado recorrer la tierra de sus sueños, ven cumplido su deseo y se acercan al final de su viaje, la vista de la ciudad provocó en su pluma algunos raros destellos de entusiasmo, pues ante sus ojos se desplegaba el esplendor de Córdoba y Granada durante la época califal, una síntesis, escribió, de todo cuando hay y hubo en Irán de luminoso. Al sentimiento de gozo que le embargó al recorrer sus avenidas, madrasas y palacios, se sumó la vista familiar de una iglesia católica, fundada en el siglo XVII por misioneros dominicos enviados por la Monarquía Hispánica cuando las relaciones entre las dos potencias todavía parecían promisorias.

Por desgracia, nuestro protagonista poco pudo hacer para mejorarlas. De nuevo, como había sucedido a inicios siglo XVII, la misión consular y, en menor medida, diplomática de Rivadeneyra concluyó, si no en fracaso, desde luego con un prolongado paréntesis en las relaciones entre España y Persia o, más tarde, Irán. Finalizado su periplo por

²⁰ La descripción de Persépolis por Rivadeneyra se encuentra en Op. cit., Vol. III, pp. 206-235.

el interior de Persia y tras una breve estancia en Teherán, nuestro guía en este viaje pidió permiso para retornar a casa, bajo la premonición, como así tuvo ocasión de comprobar poco más tarde, de que su adorada madre había fallecido durante su ausencia. Tras retornar a España por vía del Caúcaso y Polonia, pudo constatar, probablemente con resignación, que el nuevo régimen de la Restauración había decidido cerrar el viceconsulado recién abierto y de tal forma dar carpetazo, literalmente, a los proyectos que en materia comercial y de navegación hubieran podido fructificar, al menos en parte, de haber perseverado los nuevos gobiernos en la empresa. No fue así, y Rivadeneyra tuvo que contentarse con terminar en Madrid y en un posterior destino en Mogador, que habría de ser su último puesto diplomático, el libro pergeñado al recorrer, asiando con una mano las riendas de sus monturas mientras con la otra sostenía el libro de Herodoto, los polvorientos senderos que atravesaban la gloria que fue Persia.

Las últimas reflexiones de su libro, las más interesantes para los practicantes de la diplomacia, y para los estrategas de salón, son precisamente las que Rivadeneyra dedicó no al pasado o al presente de la Persia que tuvo la fortuna de conocer, sino a su futuro. A este respecto, comenzó comparando el carácter árabe, expansivo, comerciante y dado a la conquista, y el persa, reflexivo, artístico y más proclive a la conservación que a la creación. A partir de ahí se sigue que Persia, a pesar de los ascensos y caídas de imperios y dinastías, de los cambios de religión y de la sucesión de invasiones, victorias y derrotas, apenas ha variado en sus costumbres y forma de gobierno durante los últimos tres mil años, pues esta última, ya fuera bajo Ciro el Grande, bajo el shah Abbas o bajo Naser od-Din Shah, se limita a encarnarse en la jefatura suprema de una confederación de tribus a las que une, ante la carencia de leyes que a todos igualan, el sojuzgamiento ante un poder personal arbitrario y despótico. La misma continuidad esencial, dice nuestro compatriota, es constatable en las artes y en la literatura, así como en la artesanía y el comercio. Vista una obra persa, vistas todas. Sin embargo, este estancamiento multiseccular, prosigue Rivadeneyra, habría de ser sacudido por las dos tendencias que dominaron la segunda mitad del siglo XIX y que el autor saluda entre el entusiasmo y la resignación: el movimiento hacia la unificación de las naciones gracias a los avances del transporte, las comunicaciones y el comercio; y el ascenso y extensión de las grandes potencias, agentes de la historia en ese proceso de

homogeneización ineluctable. En ese doble movimiento, Persia se encontraba, por su posición en el corazón de Eurasia, cogido en una tenaza entre el imperio británico y el ruso, por entonces protagonistas del llamado Gran Juego para dominar los espacios de Asia central hasta las fronteras con la India. De los dos, y pese a que pudiera parecer lo contrario en tiempos de Rivadeneyra, habría de ser el ruso el que, según nuestro autor, finalmente debiera prevalecer, y ello por una sencilla razón: el imperativo de la geografía. Así como Rusia estaba, por así decirlo, al lado de casa, Gran Bretaña tenía que realizar y sostener un esfuerzo titánico para mantener un imperio y proteger sus líneas de comunicación a tal distancia, lo que no sería sostenible a largo plazo. A ello habría de sumarse la capacidad del eslavo, a diferencia del inglés, para asimilarse con el resto de los pueblos del interior de Eurasia. Por último, resultaba ya evidente que Moscú pretendía establecer un área de influencia que le permitiera el acceso a los mares cálidos y para ello necesitaba controlar el espacio entre el Mar Caspio, el Mar Negro y el Mediterráneo oriental, una constante seguida desde la Rusia de los zares, pasando por la Unión Soviética, hasta la Rusia de Putin. En otras palabras, estaba claro para el diplomático español que el poderío eslavo era naturalmente asiático, mientras que el británico en aquella región del mundo era impostado y destinado a desaparecer, ayudando además al primero en su inmediata vecindad el hecho de que los pueblos islámicos estuvieran divididos y fueran incapaces de encontrar un hegemón capaz de imponerse desde el Mediterráneo hasta China. . . y así sigue siendo en nuestros días.

UN RENACIMIENTO EGIPCIO

Las reflexiones acerca del futuro de Persia con las que Rivadeneyra terminó su libro de viajes eran hijas de su tiempo y se vieron superadas por los acontecimientos. La apreciación de que Rusia habría de ser la potencia dominante en el futuro Irán en detrimento de Gran Bretaña se vería evidentemente afectada por las sucesivas crisis revolucionarias que terminarían con el imperio de los zares. De igual forma, la política imperial británica se vio condicionada tanto por sus propias limitaciones financieras y militares —recuérdense las dificultades que experimentó durante las dos guerras contra los bóeres (entre 1880-81 y 1899-1902)— como por las consecuencias de la I Guerra Mundial. Fue precisamente, como hemos apuntado antes, el intento por parte de Londres de extender su control sobre los recursos energéticos persas tras aquella guerra el que provocó la reacción nacionalista y el golpe de Estado de Reza Shah, con la consiguiente instauración de una nueva dinastía, la Pahlaví. En el terreno de la arqueología, como también vimos, estos cambios geopolíticos tuvieron su reflejo en el ascendiente de la influencia alemana sobre la búsqueda del pasado persa en detrimento del cuasi monopolio del que había disfrutado Francia. Una situación de privilegio que, sin embargo, el país hexagonal pudo seguir manteniendo durante un cierto tiempo en el que continuaba siendo uno de los principales campos de pruebas para el futuro de la nueva ciencia: Egipto.

En el país del Nilo, tras el pistoletazo de salida que supuso la aventura napoleónica para el saqueo sistemático de sus tesoros, la señal de alarma había sido sonada nada menos que por Champollion. Antes de morir, el sabio francés alertó a las autoridades



◆ Eduard Toda ataviado con ropajes del antiguo Egipto en el Museo de Bulaq, El Cairo, *circa* 1885. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

egipcias acerca de la necesidad de proteger el patrimonio que estaba abandonando el país ante su desidia. Fruto de esa primera llamada de atención fue la serie de acontecimientos que llevarían a la creación, pasado el ecuador del siglo XIX, del Servicio de Antigüedades y en 1858 del Museo de Bulaq, predecesor del Museo Egipcio. El primer director de ambas instituciones fue el francés Auguste Mariette, figura de transición entre la vieja y la nueva Egiptología. Profesor y periodista en la pequeña ciudad de Boulogne-sur-Mer, fue por accidente que se interesó en la historia del antiguo Egipto. Como él mismo diría más tarde bromeando, nada más peligroso que el picotazo de un pato, pues fue a través de una de sus representaciones en un sarcófago mostrado en el museo local que le fue inoculado el veneno de la Egiptología. El sarcófago en cuestión, decorado con ricos jeroglíficos, había pertenecido a la colección de Vivant Denon, el dibujante que acompañó a la expedición de Bonaparte. No fue la única causalidad que cambió la vida de Mariette. Un primo suyo, también artista, había sido depositario de una parte de las copias de textos antiguos realizadas por Champollion durante su viaje a Egipto, y, poco antes de morir, le dejó el encargo de clasificarlas. Fue así como, para cumplir con la última voluntad de su familiar, el modesto profesor de provincias comenzó el aprendizaje de varias lenguas antiguas medio orientales. Para perfeccionar sus conocimientos, se puso en contacto con las luminarias del Colegio de Francia, que quedaron impresionadas por sus progresos autodidactas. Interesado sobre todo en el copto litúrgico, Mariette consiguió un estipendio del Museo del Louvre para visitar los monasterios de Uadi Natrum y allí hacerse con manuscritos paleocristianos. Sin embargo, la negativa de los monjes a dejarle entrar en sus recintos, escaldados como estaban por los robos cometidos por anticuarios ingleses disfrazados de turistas, le movió a cambiar el objetivo de su viaje de estudios y encaminarse hacia Menfis, donde, en octubre de 1850, realizó el espectacular descubrimiento de una esfinge semienterrada en la arena, parte a su vez de un dromos, o avenida procesional flanqueada por estatuas, que conducía al celeberrimo Serapeum de Saqqara, el mausoleo donde, como ya hubiera relatado Estrabón, eran enterrados los sagrados toros Apis. Obnubilado por el hallazgo, Mariette olvidó su propósito de retornar a Francia y, con el apoyo de la Asamblea Nacional y tras arduas negociaciones diplomáticas, obtuvo permiso del autócrata local, por entonces Said Pasha, hijo de Mehemet Ali, para continuar con las excavaciones, fruto de las cuales fueron descubiertas piezas canónicas del arte egipcio como las



◆ Las esfinges del dromos que conducía al Serapeum de Saqqara. Museo del Louvre, París.

esfinges de Saqqara o el famoso escriba sentado, una de las imágenes emblemáticas de la pasión por el saber y el poder de la escritura ya presentes en la Antigüedad más remota, todas ellas hoy expuestas en el Museo del Louvre.

De ser un perfecto desconocido, Mariette se convirtió en toda una celebridad gracias a sus hallazgos en Saqqara. Más importante aún, conseguida la atención de Said Pasha, este le nombró en junio de 1858 Maamour, o Director de Antigüedades, un cargo desde el que podría disponer del control de todas las excavaciones arqueológicas y, como hemos indicado, crear las dos instituciones pioneras de la moderna Egiptología en el mismo país de las pirámides: el Servicio de Antigüedades y el Museo de Bulaq. Su labor a partir de ese momento fue ejemplar, pero no exenta de frustraciones. Detener el pillaje endémico que asolaba los antiguos templos y tumbas era una tarea hercúlea que fue minando su salud. Afortunadamente, ya casi al final de sus días, murió en 1881, recibió el sostén de quien habría de ser su sucesor como gran pope de la Egiptología, Gaston Maspero.



◆ Retrato Auguste de Mariette por Nadar, *circa* 1861.

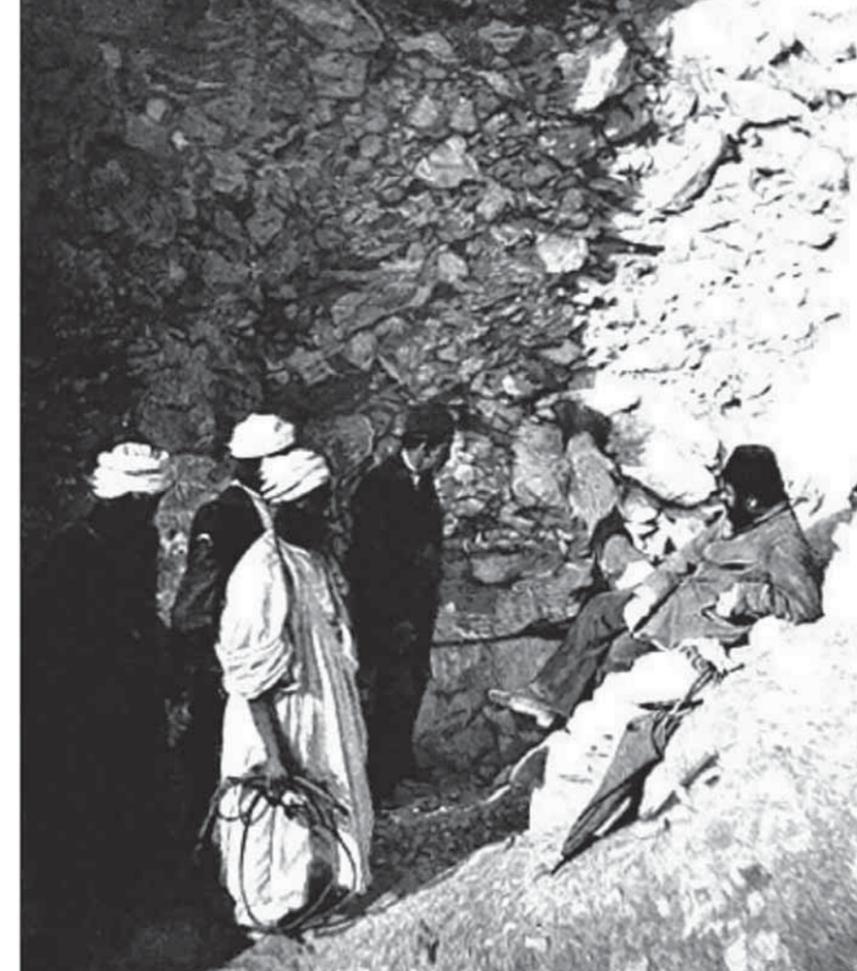
A diferencia de Mariette, la atracción de Maspero por Egipto fue fruto de la voluntad y no del azar. Alumno de la Escuela Normal Superior, enamorado de la historia egipcia desde edad temprana, su sed de conocimientos le llevó primero a Sudamérica, donde estudio durante un tiempo las raíces de la lengua quechua, y, ya de regreso a Francia, a terminar su tesis en la Sorbona e iniciar una fulgurante carrera como titular de la cátedra de Egiptología en el Colegio de Francia. El destino, sin embargo, le tenía reservado otro camino. Cuando Mariette enfermó gravemente, la diplomacia francesa se movilizó ante el pachá egipcio para evitar que a su muerte el control de las antigüedades del país cayera en manos de otra potencia extranjera. A tal fin, en 1881 el propio Maspero fue encargado por su gobierno de desplazarse a El Cairo y, con la ayuda del cónsul francés, fue propuesto para suceder inmediatamente al recién fallecido Mariette al frente del Museo Bulaq y de la recién creada Misión Arqueológica francesa en Egipto. Fue el nombramiento adecuado en un momento providencial. Una de las primeras sorpresas desagradables a las que Maspero tuvo que enfrentarse desde su nuevo puesto fue la aparición en el mercado ilegal de una gran cantidad de objetos pertenecientes a la XVIII dinastía y siguientes cuya procedencia era oscura. Ya en vida de Mariette, las autoridades habían reparado en los turbios

negocios de un turco, Mustafa Aga Ayad, quien ejercía de agente consular de Rusia, Gran Bretaña y Bélgica en Luxor y se valía de su inmunidad diplomática para vender piezas que le hacían llegar ladrones de tumbas en las proximidades de la ciudad, donde se hallaban las ruinas de la antigua Tebas. Maspero pronto se fijó como objetivo detener a los saqueadores y, tras una serie de pesquisas detectivescas, fue capaz de poner en manos de la policía a uno de ellos, Abd-el-Rassoul Ahmed, perteneciente a una familia de la aldea de Chéikh Abd-el-Gournah. Tirando del hilo, se pudo descubrir que Ahmed y su hermano, pobres pastores de cabras, habían descubierto hacía diez años cerca de su pueblo una necrópolis con decenas de momias acompañadas por todo tipo de objetos funerarios que desde entonces habían ido poniendo a la venta en complicidad con el agente consular turco. La necrópolis se encontraba en el valle de Deir el-Bahari, el lugar donde se erige el mausoleo de la reina Hatshepsut. Al conseguir localizar su entrada, los funcionarios del Servicio de Antigüedades se encontraron con uno de los hallazgos más asombrosos de la historia de la Egiptología: nada menos que un depósito de momias entre las que se encontraban las de algunos de los faraones más famosos y sus familias, incluyendo los restos de Ramses II, Seti I o Tutmosis III. Conocida por los especialistas como la tumba TT 320, su emplazamiento, alejado de otras tumbas reales más conspicuas, y su extraordinario contenido se debían a que fue utilizada por los sacerdotes de la XXI Dinastía como escondite de último recurso para preservar las momias del pillaje a gran escala a las que eran sometidas ya en aquella época en el Valle de los Reyes.

El hallazgo casi milagroso de la tumba TT 320 y la constancia de que los saqueadores seguían campando por sus anchas, confirió un sentido de urgencia a la labor de Maspero y de su equipo, aunque las circunstancias políticas de Egipto no eran particularmente favorables para continuar con su misión. En 1882 los británicos bombardearon inmisericordemente Alejandría para reprimir la revuelta nacionalista de Ahmed Orabi Pachá, un militar egipcio levantado contra la interferencia extranjera en su país. El desorden consiguiente, hasta que Londres consiguió el control casi total de la administración egipcia, y las epidemias de cólera no impidieron que el francés siguiera excavando, catalogando y llevando los hallazgos encontrados en cualquier rincón de Egipto al Museo de Bulaq para su mejor protección. Con todo, el empeoramiento de las condiciones materiales a las que tuvo que enfrentarse forzaron a Maspero y a su familia a retornar temporalmente a



◆ La extraordinaria momia de Seti I descubierta en la TT 320.



◆ Gaston Maspero ante la entrada de la tumba TT 320, circa 1882. La posibilidad de contemplar los rostros de faraones míticos hizo exclamar al gran arqueólogo francés: *Egipto es verdaderamente la tierra de las maravillas; nos ofrece los hombres que han erigido los monumentos y han hecho la historia. Los grandes soberanos no son meros nombres desprovistos de forma y confinados a la imaginación, sin color ni contorno; les vemos, les tocamos, les medimos, observamos su capacidad craneal, sabemos la forma de su nariz y boca, si eran calvos, si padecían alguna enfermedad secreta... podemos retratarlos al natural, fotografíarles.*

Francia en 1886. Solo pudo volver a su querido Egipto en 1899 para retomar sus antiguas responsabilidades, que siguió desempeñando diligentemente hasta su muerte en 1914.

Fue casi al término de la primera estancia de Maspero en Egipto cuando hizo su aparición en el país de las pirámides otro de nuestros más relevantes diplomáticos, arqueólogos y aventureros decimonónicos: Eduard Toda i Güell. El encuentro entre ambos fue un acontecimiento que, como veremos, habría de cambiar el curso de la vida de nuestro protagonista y el desarrollo de la moderna Egiptología en España. Pero, comencemos por ofrecer algunas pinceladas sobre el personaje antes de volver a encontrarle en su encarnación egipcia. Al igual que Eduardo Rivadeneyra en Persia, Toda fue destinado a El Cairo con la modesta categoría de vicecónsul, puesto que asumió en abril de 1884 y del que cesó en marzo de 1886. Hasta entonces, nada hacía presagiar el interés particular que habría de desarrollar en la historia del antiguo Egipto, aunque, sin duda, ya había dado muestras de sobra sobre su curiosidad universal en previos destinos y en otros episodios de una ya para entonces rica biografía. Nacido en Reus en 1855, hijo natural de un antiguo alcalde

de la localidad que se desentendió de él, fue educado por su madre y por su tío materno, Josep Güell y Mercader, político republicano afín a Emilio Castelar. El tío era un hombre culto y abierto a las novedades de la época, y fue quien se preocupó por su formación. Atraído por la literatura, la historia y la numismática, Eduard muy pronto dio también muestras de inquietudes periodísticas fundando a los doce años una revista escolar, “El Arlequín”, en la que participaron compañeros de clase que habrían de ser futuras luminarias de la modernidad catalana como el arquitecto Antonio Gaudí o el médico Josep Ribera i Sans. Pocos años más tarde, los tres se interesaron por un proyecto al que Toda retornaría durante el resto de sus días hasta verlo completado: la restauración del famoso monasterio de Poblet, antiguo mausoleo de los reyes de Aragón y por entonces prácticamente abandonado tras su desamortización y saqueo durante las guerras carlistas.

Llegado el momento de elegir carrera, Eduard Toda decidió optar por el Derecho y a tal fin se trasladó a Madrid en 1870. Terminados los estudios en Leyes tres años más tarde y gracias a la influencia de su tío, por entonces diputado republicano en el Congreso, solicitó y

obtuvo el ingreso en el Ministerio de Estado como agregado diplomático y, tras un período forzado de cesantía, fue destinado en 1876 como vicecónsul en Macao, ciudad a la que llegó en marzo de ese año. Con posterioridad, ejercería funciones consulares en Hong Kong, entre 1876 y 1878; Cantón y Whampoa, entre 1878 y 1880 y, finalmente, en Shanghai, de 1880 a 1882. Desde el inicio de su estancia en el Imperio del Centro, Toda tuvo como una de sus principales misiones obtener el permiso de las autoridades chinas para reanudar el envío de mano de obra local, los célebres *coolies*, a las plantaciones de azúcar de Cuba. El uso de trabajadores chinos en los ingenios azucareros en aquella isla había comenzado en 1847 pero las malas condiciones a las que eran sometidos llevaron al gobierno imperial a prohibir su contratación en 1874. Ello puso en peligro los intereses de los capitalistas y hacendados peninsulares que se lucraban gracias al trabajo extenuante que los *coolies* se veían obligados a realizar para pagar las deudas incurridas con sus patronos. Para revertir la situación, los hacendados crearon una llamada Sociedad de Importación de Trabajadores Libres destinada a financiar el pasaje de los trabajadores chinos mediante un sistema de créditos en apariencia sometido a las condiciones del mercado, aunque en realidad apenas era posible encubrir su carácter leonino. Con el fin de convencer a las autoridades chinas de las supuestas bondades de este nuevo método, la Sociedad envió a China a un agente de migración, Francisco de Abellá, quien mientras tanto se encontró con que los gobiernos español y chino habían firmado en 1877 un Tratado regulador de la emigración a Cuba. En el mismo, se estipulaba que los créditos para pagar los pasajes de los *coolies* solo podrían ser otorgados por súbditos chinos, lo que, dado que estos podían enfrentarse a duras penas al involucrarse en dicho tipo de negocios, hacía prácticamente impracticable la migración en las condiciones previstas por los empresarios españoles. Ante estos obstáculos, Francisco de Abellá intentó reclutar para su causa al nuevo vicecónsul, quien, pese a sus gestiones con las autoridades locales, no consiguió que cambiaran su postura. El propio Toda, en escritos posteriores, mostraría su disgusto ante el tráfico encubierto de personas en que en realidad consistía el envío de *coolies* a Cuba y, también, aunque en este caso sin cobertura oficial, a Filipinas. Frustrado con esta situación, Toda decidió desviar su atención y dedicar el tiempo libre del que disponía a mejorar su conocimiento sobre la cultura china y, sobre todo, a perseguir una de sus pasiones: la numismática. Fue así como, en el transcurso de los numerosos viajes que realizaría durante esos seis años por el interior de China, por otros países del Sudeste asiático y por Japón, fue formando una

nutrida colección de monedas e incluso, convertido en todo un especialista en numismática oriental, comenzó a publicar en revistas especializadas numerosos artículos sobre el particular, algunos de los cuales terminaron adoptando forma de libro, como el que dedicó a la numismática vietnamita, titulado *Annam and its minor currency*, que editó en Shanghai en 1882. En total, durante su misión en Asia llegó a reunir una colección de más de diez mil monedas orientales, amén de una variedad de piezas de mobiliario y de artes decorativas, una parte de la cual terminaría vendiendo en 1887, junto con su colección de artefactos egipcios, al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, donde todavía se conserva.

Ya casi al final de su estancia en China y enfermo de fiebres, Toda pidió permiso para retornar a España y recuperarse en su tierra natal. Concedida la solicitud por diez meses, nuestro protagonista volvió a Reus y, durante el período de convalecencia, aprovechó para involucrarse en la vida cultural catalana, por entonces en plena efervescencia gracias al movimiento conocido como la *Renaixença*, y para introducirse en el circuito de conferencias y publicaciones locales, haciendo valer sus experiencias en Asia. Tomó, asimismo, contacto con un personaje que habría de servirle de apoyo en posteriores aventuras intelectuales y museísticas, el político y escritor Víctor Balaguer i Cirera, quien entonces estaba inmerso en la creación de la que habría de ser la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, en Vilanova i la Geltrú. Recuperado finalmente, Toda reingresó en el servicio activo del Ministerio de Estado y fue destinado como vicecónsul a El Cairo donde, como hemos adelantado, llegó en abril de 1884. En Egipto permaneció dos años, una estancia que él mismo relataría en un libro bellamente ilustrado por José Riudavets, titulado *A través del Egipto*, y publicado en 1889.

De nuevo, como sucediera con el precedente de Rivadeneyra y Persia, la relación de España con Egipto y, más precisamente, con su historia antigua, no era algo novedoso, aunque las circunstancias del siglo XIX hicieran parecerlo. De hecho, la primera noticia conocida de una viajera hispana a Egipto se remonta al peregrinaje a Tierra Santa de una monja gallega, Egeria, en el siglo IV, del que dio cuenta en un manuscrito titulado *Peregrinatio ad loca sancta* y donde recoge su paso por lugares como Alejandría, las pirámides de Guiza o Menfis. Durante toda la Edad Media no faltaron otros viajeros hispánicos tanto musulmanes como judíos y cristianos que atravesaron las tierras del Nilo, las más de las veces, camino de los Santos Lugares, desde el valenciano Ibn Jubair, pasando por Benjamín de Tudela a

Raimond Llull, Pedro Tafur o el fascinante Juan León el Africano, cuya biografía fue novelada por Amin Maalouf. La pionera misión diplomática moderna fue probablemente la emprendida por el humanista Pedro Mártir de Anglería, enviado por los Reyes Católicos en 1501 al sultán de Egipto con el objetivo de aplacar su amenaza de vengar en los peregrinos cristianos la toma de Granada. Conseguido su propósito, Pedro Mártir relató el viaje en su *Legatio Babylonica*, cuya edición príncipe, corregida por Antonio de Nebrija, se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca. En dicha obra, el embajador narra su visita a las pirámides de Guiza, entonces consideradas en el mundo cristiano como los graneros de José aludidos por la Biblia en el Libro del Génesis. Así lo había consignado Pedro Tafur en sus *Andanzas y viajes* por diversas partes del mundo, un ejemplo de literatura viajera tardomedieval escrito hacia mediados del siglo XV en el que describe su encuentro con las pirámides de Guiza y compara su altura con la de la Giralda de Sevilla:

“Fuemos a ver los graneros de Ioseph que están tres leguas de aquel cabo del río en el desierto, é bien que dicen que ay muchos mas adentro, pero allí non paresçen sino tres, dos grandes é uno non tanto, los quales son fechos á manera de un diamante con aquella punta arriba tan aguda; será el altura mucho más que la torre mayor de Sevilla; e por la puerta entrando dentro, un muro junto con el otro faziendo escalera en torno fasta llegar arriba, é todo lleno de siniestras; é como suben las bestias cargadas, descargan por aquellas siniestras é en esta manera los finchen fasta ençima; ciertamente non creo yo aver en el mundo oy tan grande edificio, nin yo non lo ví²¹.”

Formado en las letras clásicas, Mártir de Anglería pudo reconocer, sin embargo, la función de las pirámides como mausoleos y, lejos de contentarse con repetir los lugares medievales comunes, decidió realizar una muy moderna exploración empírica de aquellas desmesuradas construcciones. Así lo hizo un 7 de febrero de 1502 cuando, con el permiso del sultán, se dirigió a ellas desde El Cairo con una comitiva ofrecida para su protección ante posibles asaltos de merodeadores. Llegados al pie de las pirámides, el embajador pidió a varios de sus sirvientes que ascendieran hasta lo alto de la de Keops, midieran su perímetro y, finalmente, que algunos de ellos se introdujeran en su interior, donde:

“Hallaron una cámara abovedada, de concha, de unos doce pasos, y dos fondos interiores adheridos a una cámara mayor. Hay un gran túmulo allí y, al ver también pequeños sepulcros, pensaron que sería la sepultura de algún hombre insigne y las de sus esposas, concubinas o hijos, pues dicen los historiadores que las pirámides fueron mansiones sepulcrales de los antiguos²².”

Tras la embajada de Pedro Mártir de Anglería, otro viajero peninsular, Diego de Mérida tuvo ocasión de acercarse a las pirámides en el transcurso de un periplo por Oriente que realizó entre 1507 y 1512 y es muy probable que también se adentrara hasta la cámara del rey de la misma pirámide de Keops. Sin embargo, durante los siguientes dos siglos, fueron escasos los españoles que incluyeron a Egipto en sus itinerarios y menos aún los que dejaron testimonio escrito de sus andanzas. Hubo que esperar hasta el siglo XIX para que el interés viajero se reanudara, aunque, al principio, de forma casi episódica. Ello no significa que el antiguo Egipto estuviera ausente del horizonte cultural y del imaginario español durante prácticamente tres siglos. Muy al contrario, gracias en buena medida a la documentada tesis doctoral de Neus-Elisabeth García i Marrasé titulada *La huella de Osiris en tiempos de Felipe II*, publicada en 2019 por la Universidad de Barcelona, podemos hablar de una suerte de renacimiento egipcio en la segunda mitad del siglo XVI hispánico en ámbitos tan diversos como la arquitectura, la emblemática, la medicina, la genealogía dinástica como parte del discurso legitimador de la Monarquía, la bibliofilia o incluso en el proyecto iconográfico ideado por Juan de Herrera y ejecutado por Tibaldi en los frescos de la Biblioteca de El Escorial, entre los que aparece una escena con sacerdotes egipcios midiendo las crecidas del Nilo.

En la referida biblioteca no faltaban obras sobre el antiguo Egipto, como varios ejemplares de *Los misterios egipcios*, del neoplatónico Jámblico de Calcis, un autor de la Antigüedad Tardía recuperado por Marsilio de Ficino y su círculo florentino. Otro libro curioso en su catálogo, al que aludió Eduard Toda en su mencionada obra *A través del Egipto*, es la *Relación de los Anales de Egipto*, compuesta por el historiador turco Salih Gelil, traducida por Don Vicente Bratuti Raguses e impresa por Melchor Álvarez en

²¹ Tafur, Pedro, *Andanças É Viajes De Pero Tafur Por Diversas Partes Del Mundo Avidos: (1435-1439)*. Madrid: Imprenta de M. Ginesta (editado por Marcos Jiménez de la Espada. Colección de Libros Españoles Raros o Curiosos, T. 8. Madrid, 1874, pp. 86-87.

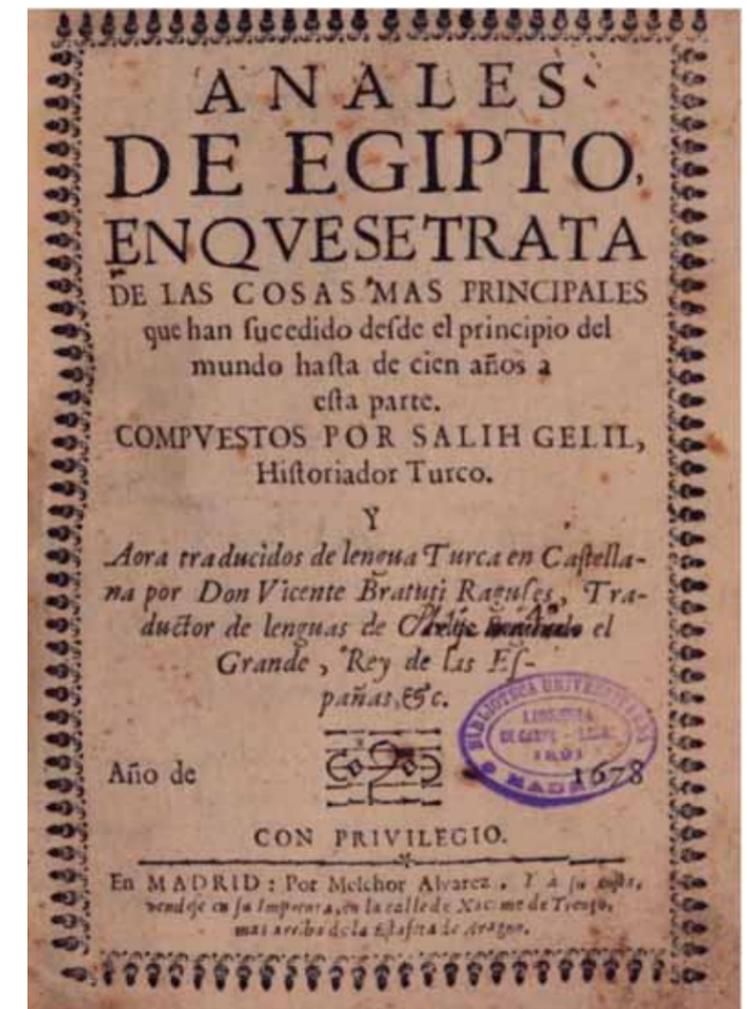
²² Citado en Gozálbres Cravioto, Enrique, “Visita a las pirámides de Egipto de un erudito renacentista: Mártir de Anglería”. *Asociación Española de Orientalistas*, XXXIX (2003), pp. 79-87.



◆ Fragmento de los frescos de la Biblioteca de El Escorial, de Pellegrino Tibaldi, con una escena de sacerdotes egipcios midiendo la tierra tras una crecida del Nilo.

1678. En esta *Relación* se contaba una curiosa historia sobre la localización de las fuentes del Nilo y sobre la regulación de sus aguas. Según esta narración, el Nilo nacía en el llamado monte de la Luna *“donde se halla una piedra blanca y resplandeciente como el cristal y la llaman Saxbatulbaxati, cualquiera que la mirare se muere riéndose, y se pega a ella forzosamente, sin poderse despegar hasta que se muere, y la llaman piedra imán del hombre (. . .). En el tiempo de Elbud Sir había en Egipto un gran mago, que se llamaba Hurmus, le envió al monte de la luna, y él se fue allá, y aderezó la fuente del Nilo, para que perpetuamente corriese con un curso y camino mismo, sin desviarse, ni derramarse por los desiertos; y allí fabricó el famoso templo de las estatuas de bronce, e introdujo el Nilo en él; y puso 85 figuras en el Alcázar, de las referidas estatuas, y saliendo el agua del Nilo debajo del monte de la Luna, y corriendo con un maravilloso y peregrino artificio, por diferentes partes entra en aquellas figuras, y se sale fuera por sus bocas; pero entra y sale de cada una, con modo, y medida, cuanto es necesario para la tierra de Egipto; es a saber 18 codos de agua, a razón de 32 dedos cada codo; y fabricándolas de tal manera, que entrase y saliese*

◆ *Relación de los Anales de Egipto*, compuesta por el historiador turco Salih Geliil, traducida por Don Vicente Bratuti Raguses, doctor de lenguas de S.M. Carlos II, e impresa por Melchor Álvarez en 1678. Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial.



solamente esta cantidad de agua, y la que sobra corre por ambas partes de cada estatua a los arenales detrás de Hatistina, donde se pierde en la arena inútilmente, porque si no se hiciese así, el agua del Nilo cubriría, y anegaría las tierras por donde pasa²³.”

Como nos recuerda García i Marrasé, la “egiptomanía” de la temprana Edad Moderna fue una moda internacional, por así decirlo, compartida por artistas e intelectuales en la Italia renacentista, en los territorios de la Monarquía Hispánica y en el Sacro Imperio Romano Germánico. En España, sin embargo, sería eclipsada durante el siglo XVII, si bien algunas

²³ Citado en Toda, Eduard, *A través del Egipto*. Madrid: El Progreso Editorial, 1889, pp.291-292. Al leer este fragmento, no está de más recordar que las verdaderas fuentes del Nilo Azul ya habían sido avistadas por el misionero español Pedro Páez en abril de 1618, durante su estancia en Etiopía.



◆ Retrato de Gaspar de Haro, VII marqués del Carpio y embajador de España en Roma, grabado por Arnold Van Westerhout, *circa* 1660. Biblioteca Nacional, Madrid.

antigüedades egipcias pasaron a formar parte de la riquísima colección de Don Gaspar de Haro y Guzmán, VII marqués del Carpio. Durante su estancia como embajador en Roma, entre 1677 y 1683, destacó por su labor como mecenas de artistas, promotor de una academia platónica y, sobre todo, como apasionado coleccionista de exquisito discernimiento. Una de sus muchas adquisiciones fue la almoneda del cardenal filoespañol Camillo Massimi, en la que se encontraban varias estatuas egipcias, o “egiptizantes”, halladas en el Canopo de la Villa de Adriano, en Tívoli. Tras varias vicisitudes, ocho de ellas fueron destinadas a la llamada Galería de Ídolos del Palacio Real de La Granja de San Ildefonso durante el reinado de Felipe V y, posteriormente, ya en el reinado de Carlos IV, terminaron en Aranjuez, decorando los intercolumnios del templo de Villanueva, situado en el Jardín del Príncipe, de donde desaparecieron durante la Guerra de la Independencia. Afortunadamente, dos estatuas egipcias adquiridas por el conde en otras almonedas sobrevivieron y alcanzaron a ingresar en 1829 el recién inaugurado Museo del Prado.



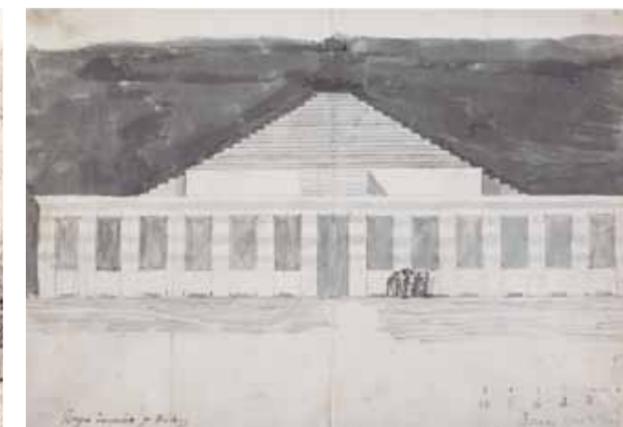
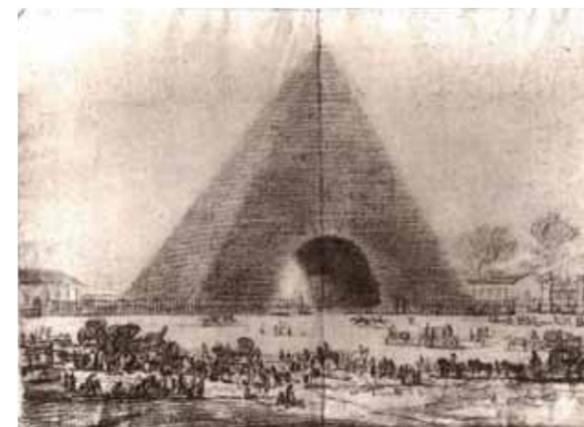
◆ Nectanebo I (380- 362 a.C.), arrodillado, XXX Dinastía, Colección del marqués del Carpio. Museo del Prado, Madrid.



◆ Aunque ocho de las esculturas egipcizantes de la Colección del marqués del Carpio se perdieron, guardamos sus imágenes gracias a los dibujos que de las mismas realizó Eutichio Ajello, bibliotecario y anticuario de la reina Isabel de Farnesio. Los dibujos se conservan en el llamado Cuaderno de Ajello, en el Museo del Prado, Madrid.

Ya entrado el siglo XVIII, las expediciones arqueológicas ilustradas españolas, sobre todo en época de Carlos III, se dirigieron prioritariamente a redescubrir el pasado greco-romano y, por la presencia en las Américas, el precolombino. Con todo, ya a finales de aquel siglo de las Luces e inicios del XIX, España se fue incorporando al renovado gusto por las cosas de Egipto, cuyo pasado fue empleado a menudo como referencia ornamental en la arquitectura, en el diseño de interiores palaciegos o en la paisajística. Incluso Goya, en unos dibujos apenas conocidos, se inspiró en la figura de la pirámide, ya fuera al modo egipcio o, en forma escalonada, mesoamericano.

El retorno, más pausado, de las tierras del Nilo a la literatura de viajes en español también tuvo lugar a lo largo del siglo XIX. Tras las referencias a las “agujas de Cleopatra”, como eran llamados los obeliscos, que a principios de aquel siglo realizó el agente y espía Domingo Badía i Lebllich, más conocido como Ali Bey, fueron dos diplomáticos, en 1864 Antonio Bernal de O’Reilly, en su camino hacia su destino consular en Siria y Líbano, y, en 1867, Adolfo de Mentaberry, en tránsito hacia Constantinopla, quienes reanudaron el género propio de los viajeros costumbristas a su paso por Egipto. Más relevancia para la incipiente



◆ Gran Pirámide, por Francisco de Goya, entre 1808 y 1818. Herederos del marqués de Casa Torres.

◆ Proyecto de monumento, por Francisco de Goya, 1808-1820. Museo del Prado, Madrid.

Egiptología española y, en general, para la recuperación material y el estudio del pasado, tendría, en el mismo año de 1867, la creación del Museo Arqueológico Nacional (MAN). Tras ocupar de forma provisional un palacete madrileño llamado el Casino de la Reina, la nueva institución fue albergada desde 1895 en un edificio de nueva planta: el Palacio de Bibliotecas, Archivos y Museos, compartido con la Biblioteca Nacional. Desde su nacimiento, el MAN fue incorporando a sus salas colecciones de antigüedades tanto privadas, como procedentes de otras instituciones públicas. Entre ellas destacó la del anticuario y naturalista Pedro Franco Dávila, fundador del Real Gabinete de Historia Natural, que abrió sus puertas al público en 1776 y sería el embrión de varios de los posteriores museos españoles, incluyendo el propio MAN, el Museo de Ciencias Naturales o el Museo de América.

Conviene realizar una breve semblanza de este personaje, uno de los más fascinantes y memorables del siglo XVIII hispánico. Nacido en Guayaquil en 1771, su padre era un marino y comerciante de origen sevillano afincado en la localidad ecuatoriana, donde se casó y fundó una nutrida familia. Pedro, dotado con una esmerada educación y don de lenguas, se unió a la empresa familiar desde los quince años y pronto comenzó a visitar las distintas ferias de la América hispánica para vender cacao, cuyo consumo en forma de chocolate líquido era ya una moda entre las clases acomodadas y no tardaría en serlo entre las más populares. Tras varias vicisitudes e incluso un naufragio en las costas colombianas, decidió probar fortuna con su padre trasladándose a España, con la esperanza de establecerse en Cádiz, uno de los principales puertos y mercados europeos para la distribución de productos americanos. Enriquecidos allí con la venta del cacao, Pedro viajó a los Países Bajos para estudiar la fabricación de sus reputados encajes. Tras la muerte de su padre en Sevilla, decidió regresar a Guayaquil, pero en la travesía su barco fue capturado por corsarios ingleses, quienes le llevaron a Jamaica y allí le trocaron por prisioneros capturados por los españoles, con lo que pudo retornar a la península. Gracias a la fortuna de la que todavía disponía y quizá cansado de tantos ajetreos, decidió dedicar su tiempo y dinero a continuar la formación que había descuidado para atender los negocios familiares. A tal fin, en 1745 se desplazó a París y allí se dedicó a estudiar la Historia Natural, pasando en poco tiempo a desarrollar una pasión desaforada por el coleccionismo de todo tipo de animales, plantas y minerales raros hasta formar una suerte de gabinete de curiosidades tan de moda en los círculos ilustrados. A su colección pronto se sumaron obras de arte y antigüedades adquiridas durante sus frecuentes

viajes por varios países europeos. Ya en 1757, su gabinete era considerado uno de los más sobresalientes del Viejo Mundo y atraía las visitas de los más renombrados intelectuales y científicos del momento. Antoine Joseph Dezallier d'Argenville, uno de los padres de la moderna conchiliología, o estudio de las conchas de los moluscos, tras enumerar los valiosos ejemplares de piedras preciosas, fósiles, conchas y corales presentes en la colección de Franco Dávila consignó tras una de sus visitas al español que en la misma no faltaban antigüedades egipcias; vasos etruscos; miles de libros de las más variadas disciplinas; cuadros de pintura de primeras firmas como Velázquez, Claudio Coello, El Bosco o Murillo; láminas de animales y plantas; cartas náuticas; planos de ciudades, provincias y países y una gran cantidad de miniaturas talladas. Todas estas piezas únicas fueron catalogadas en 1767, en tres volúmenes, por su propietario quien, deseoso de que su gabinete pasara a engrosar las colecciones españolas, ya se lo había ofrecido unos años antes a Fernando VI a través del marqués de la Ensenada. Ante el rechazo de la Corte, y asediado por las deudas, una parte de la colección pasó a venta pública, de la que obtuvo 800.000 reales con los que pudo continuar sus compras. Así acrecentado su Gabinete, al que se sumaron varias piezas de la legendaria colección del conde de Caylus tras su muerte, y empeñado en que su pasión habría de servir a la nación española antes que a cualquier particular extranjero, en 1767 volvió a probar fortuna ofreciendo sus posesiones a la Corona por intermedio del marqués de Grimaldi, ministro y secretario de Estado de Carlos III. Por carta fechada el 17 de octubre de 1771, el marqués aceptó la oferta en nombre del monarca, ofreciendo al perseverante y patriota coleccionista la dirección de un Real Gabinete de Historia Natural creado de nueva planta para albergar su colección y para cuya sede fue adquirido por más de dos millones de reales de vellón el palacio del conde de Saceda, en la madrileña calle de Alcalá, hoy sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Inaugurado en noviembre de 1776, tras el acondicionamiento del palacio por el arquitecto Diego de Villanueva, el Real Gabinete pronto fue ampliado con piezas allegadas de todos los rincones de la Monarquía Hispánica, desde las Américas hasta Filipinas, y con compras, donaciones e intercambios realizados con otras colecciones privadas e instituciones públicas europeas con las que Franco Dávila guardaba estrecha correspondencia, pues no en vano llegó a ser miembro de la Academia Imperial de Ciencias y Letras de Prusia; de las Imperiales de Berlín y San Petersburgo; miembro honorario de la Academia de Anticuarios de Hessel Cassel; de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Real Sociedad de Londres.



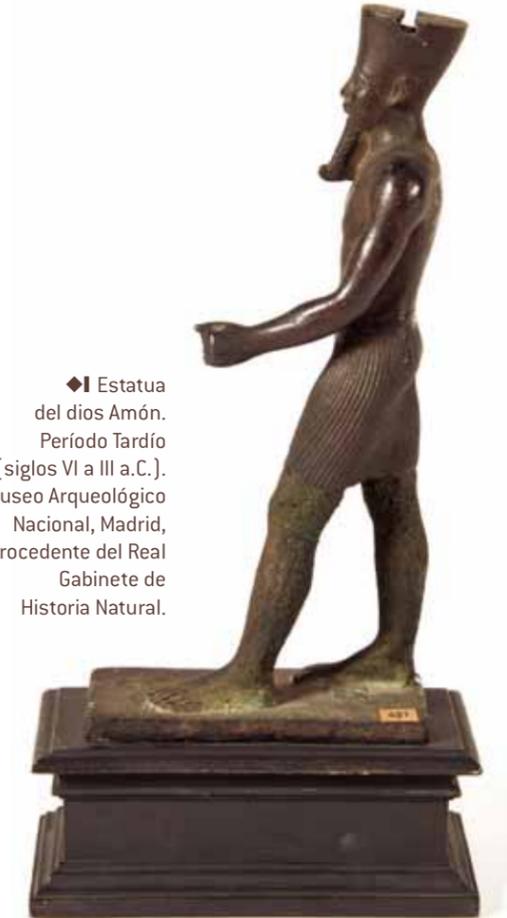
◆ Pedro Franco Dávila, autor y fecha desconocidos.



◆ Estatua de la diosa Isis amamantando a Horus, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, procedente del Real Gabinete de Historia Natural.



◆ Estatua de Harsomtus-em-hat, XVI Dinastía. Museo Arqueológico Nacional, Madrid, procedente del Real Gabinete de Historia Natural.



◆ Estatua del dios Amón. Período Tardío (siglos VI a III a.C.). Museo Arqueológico Nacional, Madrid, procedente del Real Gabinete de Historia Natural.

Entre las piezas egipcias que pasaron al MAN desde el Real Gabinete cuando este se dividió se encontraban, y todavía se encuentran, una estatua del dios Amón en actitud de caminar; una representación de la diosa Isis amamantando a Horus y la estatua de Harsomtus-em-hat, alto funcionario y sacerdote de la XXVI Dinastía, representado en posición sedente con un instrumento musical llamado sistro entre sus piernas, en el que se muestra la cabeza de la diosa Hathor. Las dos primeras sabemos que fueron adquiridas por Franco Dávila desde la colección del conde de Caylus en París, mientras que el origen de la tercera es más misterioso, pues antes de ingresar en el Real Gabinete fue hallada en torno a 1660 en unas ruinas barcelonesas, procedente probablemente desde Roma, y llegó a manos del marqués de la Ensenada en el siglo XVIII, quien la donó al Estado.

Tras el primer renacimiento egipcio en tierras hispánicas durante el siglo XVI y las incursiones de algunos coleccionistas en los dos siglos siguientes, un segundo renacimiento egiptófilo, por así decirlo, tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX. En

enero de 1865, poco antes de que fuera creado el MAN, un funcionario del Consejo de Estado, Antonio Balbín de Unquera, reconocido polímata y políglota, pronunció ante la Academia Real de Arqueología y Geografía del príncipe Alfonso la que es hoy considerada como la conferencia fundacional para el nacimiento de la Egiptología en España: llevaba por título *Arqueología Egipcia*. Poco después, en 1869, otra vez la suerte del nuevo Museo Arqueológico estuvo ligada al país del Nilo. En agosto de ese año el Director General de Instrucción Pública, Ruiz Aguilera, propuso que especialistas del MAN acompañaran a la misión diplomática que habría de representar a España en la inauguración del Canal de Suez y, una vez en Egipto, adquirieran las piezas que consideraran más valiosas, dentro de los medios disponibles. El proyecto no resultó posible, aunque España finalmente si pudo estar representada en el acontecimiento, que tuvo lugar el 17 de noviembre de ese año con la emperatriz María Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, como invitada de honor. No fue la única española de origen involucrada en la historia del Canal. En su concepción, construcción y posterior ampliación



◆ La fragata *Berenguela* fue el primer barco de guerra español que atravesó el Canal de Suez, el 2 de diciembre de 1869, en su travesía hacia el Extremo Oriente. El cuadro fue pintado por Ramón Padro i Pedret en 1870 y se encuentra en el Museo Naval de Madrid. El primer barco civil español que cruzó el Canal, el mismo día de su inauguración, fue el vapor *Pelayo*, dedicado por entonces a la navegación de recreo.

participaron tres de los mejores ingenieros españoles de la época: Cipriano Segundo Montesino, Nemesio Artola Erroicenea, a la sazón cónsul honorario en Port-Said, encargado de la maquinaria y del personal durante la construcción del Canal y autor de una monumental *Biografía del Canal de Suez*, y Eduardo Saavedra, sabio poliédrico cuya amistad con Eduardo Rivadeneyra ya ha sido glosada. La delegación española estuvo encabezada por el propio Eduardo Saavedra, por entonces director general de Obras Públicas y Comercio, y de ella formó parte el alcalde de Madrid, Manuel María Galdo, quien compensó como pudo la ausencia de una comisión científica adquiriendo varias estatuillas en bronce y una momia de ibis que un año más tarde donaría al MAN.

La idea de enviar una expedición arqueológica al Levante, incluyendo Egipto, como parte de una más amplia misión diplomática fue recuperada al inicio de la efímera monarquía de Amadeo I de Saboya, en el verano de 1871. Fue entonces cuando se pensó en utilizar la fragata *Arapiles*, alistada con el fin de realizar una singladura de prestigio y comercial al Mediterráneo central y oriental, para embarcar en ella desde Italia, donde se encontraba de paso, a un grupo de expertos a quienes se encomendó la compra de objetos con los que seguir nutriendo el Museo Arqueológico Nacional. Los selecciona-

dos fueron Juan de Dios de la Rada y Delgado, jefe de la Sección de Prehistoria y Edad Antigua del MAN y auténtico artífice del proyecto; Jorge Zammit, diplomático y helenista, y Ricardo Velázquez Bosco, arquitecto, dibujante y restaurador, quien más tarde sería el creador de edificios emblemáticos de Madrid, como el Palacio de Cristal y el Palacio de Velázquez, en el parque del Retiro, o la Escuela de Ingenieros de Minas. De hecho, el propio Rada había contactado con el escritor y diplomático Juan Valera, a la sazón Director General de Instrucción Pública, para que la comisión científica dispusiera del necesario apoyo oficial, lo que consiguió.

Pese a tan ilustres recomendaciones, e incluso contar con el respaldo real, la comisión científica partió lastrada por una gravísima limitación que afectaría a sus resultados, pues apenas fue dotada con una exigua fracción de las 50.000 pesetas de la época con que contaba el MAN para realizar adquisiciones y, además, había que pagar las dietas de los comisionados. Aun así, la expedición siguió adelante con la mejor de las voluntades, ya que no con los mejores medios. Tras un trayecto en tren hasta Italia y demorarse los expertos en visitar el Museo Borbónico y las ruinas de Pompeya y Herculano, la *Arapiles* zarpó desde Nápoles el 7 de julio de 1871. Desde allí siguió una derrota que le llevaría a Mesina, Siracusa, El Pireo y Atenas, Constantinopla, Esmirna,



◆ La fragata *Arapiles*, Museo Naval de Madrid.



◆ Relieve de mármol procedente de Troya. Colección Juan de Dios de la Rada, Museo Arqueológico Nacional. Madrid.

Quíos, Samos, Rodas, Larnaca, Beirut, Jaffa, Port Said, Alejandría, La Valetta y, ya de retorno, Cartagena. El primer puerto donde arribó la fragata fue Mesina, desde donde los expertos se desplazaron hasta Siracusa para visitar su Museo y realizar prospecciones. La siguiente escala fue el puerto del Pireo, en Atenas, donde compraron vaciados de yeso de varios conjuntos escultóricos, una colección de 60 vasos griegos de diversos estilos y recibieron la donación de varias piezas de terracota del empresario Juan Bautista Serpieri. Los expedicionarios también se acercaron hasta las ruinas de Troya, donde descubrieron un relieve de mármol encontrado en la colina de Hissarlik para añadir a su bagaje.

Tras Troya, siguieron sucesivas paradas en Constantinopla, Esmirna, Rodas, donde la comisión se hizo con una lápida sepulcral del templo de San Juan de los Caballeros, y Chipre, donde consiguió, por donación del cónsul de Italia, Sr. Colucci, una estimable colección de cerámicas, monedas y algunas estatuas locales, aunque la falta de dinero impidió la compra de la copiosa colección formada por el cónsul de Estados Unidos a partir de los hallazgos de los enterramientos de Lárnaca, hoy en el Metropolitan Museum de Nueva York.

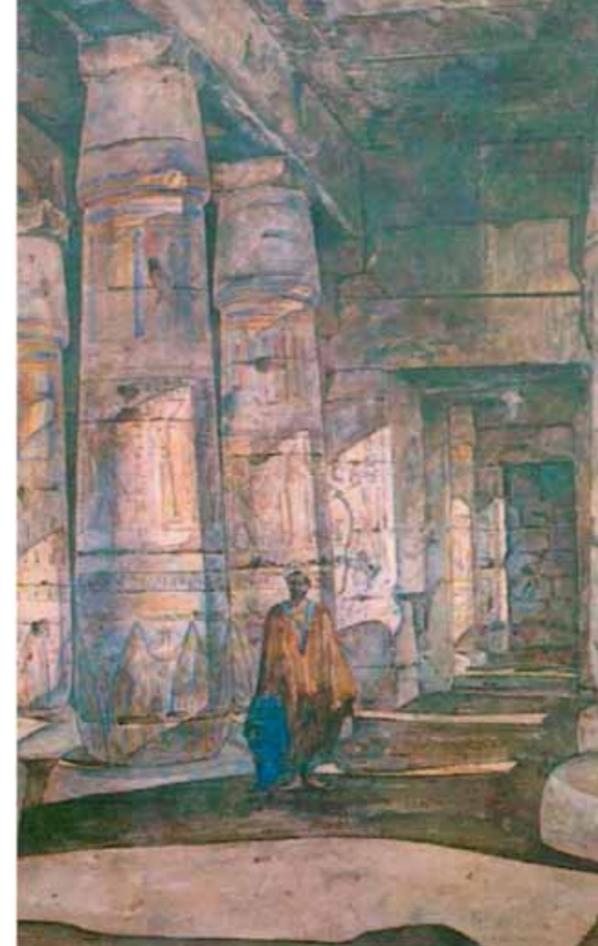


◆ Estatuas chipriotas conseguidas por la comisión científica de la fragata *Arapiles*, siglo V a.C. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.



◆ Cabeza de soberano ptolemaico. Colección Juan de Dios de la Rada, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

Por falta de tiempo y dinero, las escalas de la *Arapiles* en Beirut y Jaffa apenas si permitieron a la comisión científica realizar breves visitas a Baalbek, Damasco y Jerusalén, donde fueron recibidos por los representantes consulares españoles y por los compatriotas franciscanos que guardaban los Santos Lugares. Ningún objeto de relieve pudo ser, sin embargo, obtenido por compra o donación. Poco más lucida fue la estancia, ya de regreso a España, en Alejandría, donde solo fue posible obtener un fragmento de la columna de Pompeyo y una estatua de la época ptolemaica. En total, a su retorno, la expedición pudo presentar como resultado un total de 22 cajas conteniendo 319 objetos de valor arqueológico, entre originales y vaciados, y una colección de 250 fotografías, dibujos y láminas. Dada la penuria de medios con las que contó, se podría decir aquello de “menos da una piedra”. Quedó, además, como testimonio de aquella aventura el libro escrito por su principal protagonista, Juan de Dios de la Rada, bellamente ilustrado por Ricardo Velázquez y publicado en tres volúmenes, entre 1876 y 1882, con el título de *Viaje a Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la comisión científica que llevó a su bordo*.



◆ Templo de Karnak, acuarela realizada por Ramiro Amador de los Ríos durante su viaje a Egipto entre 1876 y 1877.

En lo que se refiere al acrecentamiento de las colecciones relacionadas con el antiguo Egipto en España, tanto el episodio del Canal de Suez, como la expedición de la fragata *Arapiles* fueron, forzoso es reconocerlo, ocasiones en buena medida perdidas. Con todo, pese a sus pocos resultados, la semilla de la que lentamente germinaría la moderna Egiptología española ya estaba plantada, aunque tendría un ritmo de crecimiento ciertamente desigual y episódico, tanto antes, como en las décadas posteriores a la aparición de la figura de Eduard Toda. Así, entre 1876 y 1877, tres pensionados en la Academia Española de Bellas Artes de Roma, Ramiro Amador de los Ríos, Aníbal Álvarez y Jaime Morera y Galicia realizaron una expedición a Grecia como ampliación de sus estudios y desde allí, dos de ellos continuaron el viaje hasta Egipto. Aníbal Álvarez se contentó con visitar el museo de Bulaq en El Cairo, pero Amador de los Ríos decidió extender su estancia para visitar los templos de Karnak y Luxor, siendo el primer arquitecto español que lo hacía, con el propósito de estudiar la influencia del antiguo Egipto en el arte griego.



◆ Estatuilla de Osiris, Época Tardía, siglos VII-VI a.C. Colección Tomás de Asensi. MAN, Madrid.



◆ Escarabeo de la XXX Dinastía, reinado de Nectanebo II. Colección Juan Víctor Abargues, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

XII y como corresponsal del MAN. Al año siguiente, fue encargado por la Asociación Española para la Exploración de África para realizar una expedición al Mar Rojo y Abisinia, con el fin de examinar las posibilidades para el comercio español y la apertura de una base naval que sirviera de apostadero a los barcos con destino a Filipinas. Como vemos, esta idea seguía siendo una constante desde el siglo XVII, cuando tuvo lugar la embajada de García de Silva y Figueroa, pasando por el viaje de Adolfo Rivadeneyra a Persia ya en el siglo XIX, pero nunca se había llevado a cabo. Esta vez, tampoco fue una excepción a la regla. Pese al completo informe que Abargues presentó ante la Sociedad Geográfica de Madrid en 1883, a su regreso de África, los gobiernos de la época no supieron o pudieron explotar la oportunidad que se les abría. Lo máximo que consiguió el intrépido y a veces temerario explorador —una vez tuvo que escapar del ataque de una tribu etíope hostil vadeando un río infestado de cocodrilos y en otra ocasión salvó a un grupo de misioneros franceses de una inminente masacre— fue ser nombrado cónsul honorario en Yedda, aunque finalmente se estableció en Egipto, país que ya conocía y donde pasó varios años dedicados a todo tipo de empresas y estudios históricos. La suerte no le acompañó desde entonces pues sus repetidos informes a las autoridades españolas para resucitar el proyecto de presencia en África oriental siguieron cayendo en saco roto. Finalmente, ya retornado a la península, falleció en la completa indigencia.

En cuanto a las aportaciones museísticas, el mismo año en que los pensionados en Roma iniciaban su viaje a Egipto, el MAN adquirió la colección de antigüedades, incluyendo algunas egipcias, formada por Tomás de Asensi, antiguo Director de Comercio del Ministerio de Estado y vicescónsul de España en Génova y Niza, así como más de mil fichas catalográficas, muchas de ellas acompañadas por dibujos de los objetos elaborados por él mismo.

A la compra anterior se sumó, entre 1879 y 1881, la adquisición de dos lotes de objetos egipcios vendidos al MAN por el arquitecto y aventurero Juan Víctor Abargues, quien los había conseguido en el transcurso de sus viajes en Egipto, que recorrió en 1876 en una expedición zoológica a lo largo del Nilo por encargo del propio monarca Alfonso



LA TUMBA DEL ARTESANO

Cuando, una mañana del mes de abril de 1884, Eduard Toda arribó al puerto de Alejandría a bordo del vapor *Tanjore*, el interés por Egipto y por la naciente ciencia de la Egiptología estaba ya presente en algunos círculos ilustrados españoles, aunque todavía no había alcanzado el nivel de egiptomanía que se vivía en otras naciones europeas más activas en la competencia colonial, e intelectual, por el dominio de Oriente Medio. Es difícil saber si el propio Toda ya estaba inoculado del “veneno del pato egipcio”, como hubiera dicho Mariette, antes de su llegada a aquel país. Lo cierto es que su pasión por la historia y por el estudio y colección de sus rastros materiales estaba fuera de duda, como había atestiguado durante su estancia en el Extremo Oriente. Tampoco era cuestionable el interés que sentía, propio de la Carrera diplomática, por tomar el pulso social, político y económico de los países donde estaba destinado, que se esforzaba en recorrer hasta sus últimos rincones para mejor observar la vida fuera de sus capitales y medios oficiales. A todo ello se sumaba su indudable don de gentes y su facilidad para la descripción literaria de los ambientes en los que se movía o que se esforzaba por conocer, de los más exaltados a los más humildes. No es de extrañar, por tanto, que en los primeros capítulos del libro de viajes que consagró a sus andanzas, *A través del Egipto*, se ofreciera a servir de cicerone para el lector a través de las interioridades y curiosidades de aquella sociedad levantina en un momento de traumática transformación. Dos años antes del desembarco de nuestro compatriota en el puerto de Alejandría, la ciudad había sido sometida a un brutal bombardeo por la flota británica, preludio del sometimiento egipcio a los dictados de Londres y, en menor medida, de otras capitales europeas que se repartieron el control de su Tesoro y de su Administración.

◆ Anubis ante la momia de Sennedjem, pintura de la Tumba Tebana 1.



◆ *Fellahs* egipcios en las orillas del Nilo, *circa* 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

Toda pudo comprobar todavía los estragos que la revuelta nacionalista y la intervención foránea habían causado en la fábrica de la ciudad y cómo aquella amenazaba con aniquilar los restos de la precaria semi-independencia que Egipto había conseguido ganarse bajo el gobierno de los pachás, cuya mayor desgracia, además de su mayor o menor venalidad, fue el pretender modernizar el país cayendo en la trampa de la dependencia que les tendieron las principales potencias europeas. Al igual que Rivadeneyra observó en Persia, milenarias y orgullosas civilizaciones quedaron así subyugadas por la expansión colonial occidental. Habría de pasar mucho tiempo, y mediar el doble suicidio de Europa, para que recuperaran el control de sus propios destinos. Mientras tanto, en el caso de Egipto, como también sucediera en Persia bajo los últimos Qajar, los distintos estratos sociales intentaban resistir, en unos casos, o acomodarse, en otros, al ritmo de los tiempos impuesto desde fuera. Tal y como la fue describiendo el vicedónsul español, que a menudo se dejaba llevar por los

prejuicios europeos de la época, la sociedad egipcia sometida a tan grandes presiones se dividía en cuatro grupos: los “indígenas” anteriores a la conquista musulmana, incluyendo los *fellahs*, o campesinos, y los coptos; los “auxiliares de los indígenas”, es decir, los beduinos, los berberiscos y los subsaharianos; los “invasores” árabes y turcos; y, finalmente, los “extranjeros”, entre los que se contaban los judíos, los levantinos y los europeos. De entre estas categorías, el sustrato “indígena” de los *fellahs*, es el que primero se detuvo a considerar, dada su ubicuidad, señalando que no había cambiado desde el tiempo de los faraones, cuando constituía la columna vertebral de la economía agrícola egipcia y el elemento constitutivo del paisaje humano desde el Delta del Nilo hasta la primera catarata. En cuanto a los coptos, Toda los consideraba descendientes de los macedonios que llegaron a Egipto con Alejandro Magno, posteriormente cristianizados y hablantes de una lengua derivada del demótico, pero escrita con caracteres tomados del alfabeto griego, más algunos creados para reflejar sus peculiaridades fonéticas. En la época en la que Toda visitó Egipto, los coptos constituían esencialmente un grupo urbano, contando en torno a trescientas mil almas, dedicado sobre todo al comercio y a la artesanía y destacando entre las filas de sastres y joyeros.

Respecto de los beduinos, antiguos señores del desierto reducidos a la condición de tribus dedicadas a la rapiña y al pastoreo nómada, su número ascendía a unos cuarenta mil, desperdigados por la frontera con Libia. Los bereberes, naturales de las regiones nubias, se dedicaban a tareas de auxilio doméstico y se habían especializado también como cocheros y lacayos en las ciudades, pero una vez habían conseguido unos mínimos ahorros solían retornar a su hogar ancestral. Por último, entre lo que Toda denominaba “auxiliares de los indígenas”, estaban los negros subsaharianos, descendientes del infame comercio de esclavos, abolido en Egipto desde 1870, aunque en la práctica todavía sometidos a condiciones de servidumbre cercanas a la esclavitud.

Los árabes y los turcos, a los que Toda llama “invasores”, ocupaban en la sociedad egipcia posiciones trastocadas con el paso del tiempo. Los árabes, antiguos señores del país desde la conquista musulmana en el siglo VII, habían sido desplazados de su posición de privilegio por los turcos y estos a su vez, cada vez más escasos, habían ido siendo relegados de los puestos más altos de la administración y la economía durante el gobierno de los jedives, originarios de la región de Rutelia, en los Balcanes. En la época de Toda, los



◆ Niña nubia, *circa* 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

árabes ocupaban por lo general los escalones más bajos en el comercio y en la administración, mientras que los turcos a duras penas eran capaces de mantenerse en los niveles intermedios o en tareas comerciales de baja estofa, aunque algunos, los más pudientes, seguían figurando entre los miembros de la alta sociedad, codeándose con las ricas familias levantinas y europeas.

Entre los “extranjeros”, Toda comienza refiriéndose en su libro a las poblaciones judías y levantinas. Las primeras estaban formadas por comunidades ya establecidas en Egipto desde hacía siglos o procedentes de sucesivas olas migratorias: desde los expulsados de Sefarad, que todavía se definían como españoles y mantenían el ladino, hasta los procedentes, en fecha más reciente, de los confines del Imperio ruso, donde se habían iniciado los progromos. La política de tolerancia de los pachás había favorecido su establecimiento y el florecimiento de sus negocios, centrados en el cambio y el préstamo. Los levantinos, entre los que se incluían sirios y armenios, destacaban a su vez como intermediarios e intérpretes. Por último, los europeos formaban una colonia de unas ochenta mil personas, sobresaliendo en número los griegos, los italianos, los franceses, los ingleses y los alemanes. Españoles, según Toda, apenas habría unos trescientos o cuatrocientos. De ellos, menciona a una colonia procedente de Menorca, afincada en una villa cerca de Tell el Amarna, donde se habían convertido en grandes propietarios y exportadores de algodón, arroz y caña.

La mayoría de los europeos habitaban en barrios especiales en Alejandría o El Cairo, y, desde el establecimiento del protectorado anglo-francés de facto, aunque progresivamente cada vez más exclusivamente inglés, iban ocupando las posiciones clave en la política y la economía locales en detrimento de los rutelios próximos a la familia de Ismail Pachá.

Descritos los distintos estratos de la sociedad egipcia contemporánea, Toda muy pronto deja claro al lector que su interés era más el pasado que el presente del país, aunque a este dedicó también interesantes comentarios al hilo de su propia peripecia vital durante su estancia en el mismo. De hecho, la sucesión de capítulos en su libro sigue un curso, cronológico y geográfico, inspirado en sus desplazamientos, comenzando por Alejandría y el Delta del Nilo y



◆ Mujer siria, *circa* 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



◆ Mujer árabe, *circa* 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



◆ Plaza de los Cónsules, en el barrio europeo de Alejandría, circa 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

terminando en las ruinas de la isla de Filé, cerca de Asuán. De la ciudad portuaria se demoró en narrar su época de esplendor durante la dinastía ptolemaica, con la célebre biblioteca y el florecimiento de la escuela filosófica neoplatónica; la irrupción de Roma, con las figuras de César y Cleopatra evocadas en un veraniego atardecer alejandrino, y, sobre todo, el período de transición al cristianismo, durante el que se produjo un fascinante sincretismo entre las representaciones clásicas de los dioses egipcios, como Horus, y la emergente iconografía cristiana. Desde Alejandría, el guía nos lleva a continuación a recorrer las tierras del Delta, pasando por Abukir, donde los ejércitos napoleónicos libraron cruentas batallas contra ingleses y turcos, y deteniéndose en las ruinas de Sais, Hebit, Tanis y Bubastis, en cuyo templo era adorada la diosa Bastet, protectora de las cortesanas representada con felina cabeza, y

hacia donde se dirigían las peregrinaciones de sus devotos narradas por Herodoto. Cerca de esta última ciudad se encuentra otra más moderna, Tanta, notable también, desde la época islámica, por las celebraciones anuales en honor de un santón local. A una de esas festividades asistió nuestro vicecónsul desde El Cairo en agosto de 1885 y a su descripción dedicó algunas de las páginas más vivas de su libro, pues no se recata en las mismas a la hora de describir las ingestas de hachís y las bacanales que acompañaban las más devotas manifestaciones de fervor religioso. En un episodio particularmente autoparódico, relata cómo al entrar en un café con sus acompañantes europeos y quedar prendado de la exótica belleza de una cantante árabe, tras invitarla a su mesa, la odalisca en la que veía encarnados sus ensueños se limitó a pedir y beber tres botellas de cerveza negra: *una decepción más*, concluyó Toda, en el largo catálogo de las ilusiones orientales. No ha de extrañar que, tras el desengaño, decidiera tornar su atención en los siguientes capítulos a temas más prosaicos, en particular al sistema de propiedad de la tierra, causante de la miseria en la que estaba sumida la mayor parte de la población campesina, pues una cuarta parte de la superficie cultivable pertenecía al Jedive, quien, a su vez, la había entregado a bancos europeos como garantía de los empréstitos concedidos para financiar los proyectos de prestigio en los que se había embarcado. Si a ello se añadía que otros dos cuartos de la tierra se repartían entre distintas manos muertas —mezquitas e instituciones religiosas y nobles absentistas—, resulta que solo una mínima parte estaba destinada al cultivo productivo por los *fellahs*, quienes eran meros usufructuarios y estaban sometidos a la condición de siervos de la gleba. Su desdichada suerte era ciertamente digna de conmiseración y más aún la de la mujer campesina, o *fellahina*, todavía más oprimida por su doble condición de pobre y de mujer en una sociedad tradicional: *“todo en Oriente conspira contra ella, se lamenta Toda. La religión la cree imperfecta. La sociedad, la mira como un ser inferior. El hombre, la explota y la desprecia. En las clases altas, es esclava del harén. En las bajas esferas, víctima del trabajo. ¡Mala estrella presidía los destinos del mundo cuando fue creada!”*²⁴

Aunque atraído por el paisaje rural egipcio, las funciones oficiales de Toda le obligaron a residir en la capital, a donde se desplazó nada más descender del barco en Alejandría para descubrir una ciudad engañosamente europeizada. Tras sus amplios bulevares y las luces

²⁴ Toda, Eduard, *A través del Egipto*. Madrid: El Progreso Editorial, 1889, p. 101.

de gas que iluminaban sus calles se escondían tres urbes superpuestas: la franca, la turca y la árabe, como si se tratara de una metrópolis compuesta por París, Constantinopla y cualquier capital medio-oriental y rodeada por inmensos arrabales empobrecidos. Los europeos enriquecidos con las concesiones y dádivas del jedive se agrupaban en el distrito de Ismailieh, lindante con los barrios levantino y turco. Era en ese enclave donde se desarrollaba la vida social occidentalizada que el catalán tenía que frecuentar, pero a la que contemplaba con una afectada distancia. No dejan de ser interesantes sus descripciones de encuentros con la jerarquía egipcia, culminada en ese momento por el jedive Tewfik Pachá, pues en las mismas transpira el dominio casi absoluto que sobre su voluntad ejercían las potencias extranjeras y, de forma sobresaliente, el cónsul general británico, Evelyn Baring, quien era el auténtico poder en la sombra:

“Por deberes de mi representación oficial, he visitado algunas veces al Jedive Teufik, y recuerdo aún la emoción que embargaba mi alma cuando por vez primera fui a su palacio de Abdín. Excitada mi imaginación por el recuerdo de las descripciones leídas en los poemas de Oriente, al pasar los umbrales del edificio me sentía agitado y nervioso. Pero grande fue mi decepción: los centinelas de la puerta me saludaron a la europea. Subí la ancha escalinata de mármol, tapizada con alfombras inglesas, que conduce a las regias habitaciones, y hallé éstas amuebladas al estilo moderno en Europa: sillones de París, tapicerías francesas, candelabros para luces de gas, todo es allí extranjero, desde la silla de satén amarillo hasta la librea encarnada de los lacayos, las arañas de cristal de Venecia, y los relojes suizos con el horario en letras romanas (. . .). Del actual jedive pocas palabras he de decir. Es bajo, grueso, lleva la barba corrida, y tiene unos treinta y cinco años de edad. Todo el mundo le cree un buen hombre, y debe serlo en efecto, si la bondad consiste en la carencia de resolución. Las dificultades que trabajan aquel país, exigen al frente de su gobierno un carácter enérgico, de que ciertamente está desprovisto Teufik. Los negocios de Estado le ocupan poco, y cuando se somete alguno a su alta consideración, suele contestar:

-Vea V. a Nubar y a Baring.

Nubar es su presidente del Consejo y Baring el ministro inglés²⁵. ”

²⁵ Op. cit., pp. 179-180.

Igualmente reveladora de su visión crítica de la situación egipcia y su superficial europeización, solo comparable a la que sostenía respecto de la actitud de los europeos allí destinados, es su narración de la recepción diplomática que acompañaba a la Pascua musulmana en los salones del palacio de Abdín:

“La mejor hora de la recepción y el mayor brillo de la fiesta fueron reservados al cuerpo diplomático y consular acreditado cerca del Jedive. A las diez de la mañana empezaron a llegar a Abdín las carretelas que conducían a los representantes extranjeros. Daba lástima ver a aquellos infelices, plantas exóticas en el suelo africano, ardiendo y sudando bajo el calor de sus bordados uniformes y el peso de sus bandas y cruces. Desde la antesala que se les había reservado, salieron en columna, presididos por su decano. El Monarca, rodeado por su Consejo de Ministros, la mano en el alfanje y la sonrisa en los labios, les recibió de pie en el salón del trono, oyendo el breve discurso de felicitación que le dirigieron, y contestando con las frases de etiqueta que son de rigor en tales casos. El Egipto debe a las potencias europeas muchas de sus conmociones pasadas, y no poca parte de su presente ruina; por lo tanto, aquellas palabras de afectuosa atención en boca del jefe del país, parecían un sarcasmo del destino²⁶. ”

De mayor interés que las visitas oficiales y las recepciones diplomáticas, que describe con la citada ironía y brillantez, le resultaba a Toda el estudio de las costumbres y de la religión islámica, de la arquitectura de las mezquitas, así como la contemplación de la vida en los barrios árabes, donde se familiarizó con la poesía popular. Un fenómeno curioso al que dedicó su atención fue el de los graffiti que cubrían las paredes de muchas mezquitas cairotas y que se dedicó a transcribir y traducir con ayuda de un amigo local, comparándolos con los que había visto en muchos otros monumentos de otros países, desde las ruinas de Pompeya a las pagodas chinas. Ello le movió a una reflexión, muy contemporánea, sobre las motivaciones que llevan a cubrir con inscripciones grabadas lugares dignos de respeto y sobre el triunfo progresivo del individualismo más ramplón:

²⁶ Op. cit., p. 183.

“Varía naturalmente la inscripción según el lugar donde se encuentra. En las canteras egipcias recuerda siempre un hecho material. Hemos arrancado tanta piedra, escribía cuarenta siglos antes de Jesucristo el desconocido esclavo que levantaba monumentos más duraderos que la fama de sus señores. En las pagodas chinas se encuentran sentencias filosóficas o estrofas de bellísima poesía; en los edificios romanos, hay recomendaciones políticas; en los templos de la Edad Media se ve una salutación religiosa; hasta en las antiguas cárceles se hallan dolorosas historias de sangre y lágrimas. Sólo en nuestros días, el moderno viajero que visita los grandes monumentos, cree que nada tan importante puede legar a la posteridad como las letras de su nombre, para que los futuros siglos sepan que un Sánchez o un Gutiérrez cualquiera estropearon en tal fecha el muro de una ruina²⁷.”

Al margen de sus diversas ocupaciones oficiales y particulares, amén que algún que otro galanteo, muy pronto la atención de nuestro vicecónsul fue dominada por los monumentos del antiguo Egipto. Afortunadamente para el cultivo de sus intereses académicos y viajeros, desde principios de 1885 fue aceptado en la compañía de un grupo de especialistas extranjeros del Servicio de Antigüedades, incluyendo su director, el formidable Gaston Maspero, gracias a quien, además de tener acceso al museo de Bulaq, pudo realizar sus primeras incursiones como arqueólogo de campo y convertirse así en el pionero de la moderna Egiptología española. Incluso parece que llegó a comprometerse con la hija del asistente principal de Maspero, el alemán Émile Brugsch, llamada Anette, a la que dejaría plantada a su retorno a España. Sea como fuere, durante su estancia en Egipto parece que causó una buena impresión entre sus nuevos amigos. Así parece deducirse de la correspondencia que Maspero mantenía con su mujer, quien se encontraba ya de regreso en Francia. En ella se describe al diplomático español como un tipo alegre, elegante, agradable compañero y excelente tirador, una cualidad necesaria para mantener surtida de caza la despensa de cualquier expedición. Todo ello facilitó que fuera invitado a participar en el viaje de inspección que a principios de 1886 el Servicio de Antigüedades realizó al Alto Egipto a bordo del barco afecto a su servicio, llamado, como el museo y el barrio cairota homónimos, el *Bulaq*.

²⁷ Op.cit., pp.140-141.



◆ Eduard Toda, primero sentado por la izquierda, en compañía de varios miembros del Servicio de Antigüedades, entre ellos, Maxence de Rochemoteix, Albert Gayet y Gaston Maspero, circa 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

El viaje de inspección fue, sin duda, el momento culminante del destino egipcio de Toda y uno de los hitos de su rica biografía. Durante el mismo pudo visitar, entre otros, los monumentos de Tell el-Amarna, Abidos, Dendera, Luxor y Filé. De esas incursiones da cuenta en su *Diario* y en varias de sus monografías consagradas a Egipto, publicadas tras su regreso a España. Precisamente, cuando la expedición se encontraba en Luxor tuvo lugar un hallazgo espectacular. Se trató del descubrimiento en Deir el-Medina de la llamada Tumba Tebana 1, o TT 1, el primer enterramiento encontrado íntegro de un personaje ajeno a los linajes dinásticos o a la casta sacerdotal. El personaje en cuestión



◆ En septiembre de 2019, los sarcófagos antropomorfos de Sennedjem y de su esposa, Ineferti fueron trasladados al Museo Nacional de la Civilización Egipcia, donde fueron abiertos y la momia del artesano fue sometida a cuidados para mejor garantizar su preservación.

era Sennedjem, un artesano de alto rango que vivió con su familia en el poblado donde habitaban los operarios que trabajaban en las tumbas del Valle de los Reyes. Su vida transcurrió durante la Dinastía XIX, bajo los reinados de Seti I y su hijo Ramsés II y al término de sus días fue enterrado en una cámara funeraria que también acogió a otros miembros de su estirpe. La entrada en el sepulcro tuvo lugar el 2 de febrero de 1886, tras haber sido localizada su apertura en medio de unos escombros por unos obreros egipcios unos días antes. Puesto que Maspero estaba ocupado estudiando un templo cercano, la tarea de penetrar en el recinto y realizar una primera exploración recayó en nuestro vicecónsul y en otros dos miembros del Servicio de Antigüedades. Fue una ocasión que no olvidarían. Pasada la capilla y el pozo, la cámara, cuyas paredes estaban recubiertas por hermosas pinturas representando escenas de la otra vida, reveló la presencia de veinte momias, nueve de las cuales estaban cubiertas por sarcófagos. Eran las del propio Sennedjem; de su mujer Ineferti; de su hijo Khonsu y la esposa de este, Tamaket; y la de sus otros hijos con los nombres de Parahotep, Taashsen y Ramose. Isis, la mujer de otro hijo de la pareja, Khabekhnet, enterrado en una tumba adyacente, la TT 2, también formaba parte del conjunto funerario, al igual que el sarcófago de una pequeña niña llamada Hathor.

Nada como dejar que sea el mismo Toda quien nos revele el descubrimiento en sus propias palabras, de una precisión científica, pero no exentas de emoción:

“Es una fortuna hallar un hipogeo intacto, y de ella pude participar en febrero de 1886 por encontrarme en Luxor con la misión científica egipcia, cuando los beduinos de Gurnah hallaron cerca de su aduar nada menos que el mausoleo de un gran sacerdote tebano, guardián de la real necrópolis de Biban el Moluk (...)

De la nueva tumba desapareció enteramente la mastaba o capilla funeraria exterior. Tampoco se hallaron lápidas de ninguna clase: sólo entre montones de ruinas se veía la entrada del pozo señalada por su brocal cuadrado, ancho de un metro y revestido en su parte superior de grandes ladrillos de barro cocido amasados con paja.

Este pozo tenía unos 4 metros de profundidad; estaba abierto en la blanca roca caliza que formaba la cordillera libica, y la orientación de sus lados correspondía perfectamente a los cuatro puntos cardinales. Nos extrañó su poca profundidad, pues es casi regla general, tanto en la necrópolis tebana como en la menphita, que los pozos midan entre 10 y 20 metros (...)

En el fondo del pozo, mirando a poniente se veía la entrada de una estrecha galería que bajaba en plano inclinado en una extensión de 2 metros. La arena se acumuló en aquel sitio, y como los beduinos no se tomaron la molestia de extraerla, hubimos de pasar el corredor arrastrándonos sobre el vientre (...)

No sin emoción hallamos, al fondo de este último corredor, la entrada de la cámara funeraria, en cuyo marco de piedra permanecía intacta la puerta de madera cerrada por el sacerdote que depositara en aquel recinto el último cadáver. Era, pues, evidente que teníamos delante uno de los raros hipogeos que en la necrópolis tebana han escapado a las depredaciones de los romanos, los coptos y los árabes.

Se veía en la parte superior de la puerta una pintura en la piedra figurando la barca del sol, dentro de la cual iba un dios. Esta puerta era de madera blanca, tallada en forma cuadrilonga algo irregular, y sostenida por un montante o barra añadido a su lado izquierdo, que se introducía dentro de dos agujeros hechos en las piedras del arco y del dintel. A su mitad estaba clavada la cerradura de madera, idéntica a la que aun usan los fellahs del Egipto, y

tenía el pasador también de madera corrido y sellado, con la imagen de Anubis sobre una marca de barro. La puerta media metro y medio de altura²⁸.”

Salvada la puerta de madera, los arqueólogos se hallaron en el recinto principal del enterramiento, donde les aguardaban, como más tarde diría Howard Carter al vislumbrar el interior de la tumba de Tutankhamón, “cosas maravillosas”:

“Penetramos en la cámara mortuoria, cuyo aspecto era en realidad imponente. El suelo estaba cubierto de cadáveres; nueve de ellos encerrados en sus cajas de sicómoro y once tendidos sobre la arena. En los rincones se veían amontonados vasos de barro cocido, panes, frutas, muebles, y secas y ajadas guirnaldas de flores.

Arrimados a la pared había dos carros funerarios, probablemente allí olvidados por la comitiva del último entierro, deseosa de salir cuanto antes de la tumba. Pero nuestra atención fue principalmente atraída por las pinturas de las cuatro paredes y del techo del sepulcro, que se mantenían frescas e intactas cual si el día anterior hubieran sido acabadas. En la sala, larga de 5 metros, ancha de 2 y medio, y cubierta por una bóveda de arco de medio punto tallada en la roca viva, no había una pulgada de muro que no ocuparan los cuadros o las inscripciones²⁹.”

El hallazgo de la tumba del artesano y su familia fue un acontecimiento en la estela, aunque a un nivel menos espectacular, del descubrimiento de la cachette real en Deir-el Bahari unos años antes. Después de todo, las momias y las pirámides son las primeras referencias que nos vienen a la cabeza cuando evocamos el antiguo Egipto. La expectación en torno a las momias era, de hecho, una constante en la cultura occidental ya desde la Edad Media y alcanzó mayores proporciones durante el llamado “renacimiento egipcio” en la temprana Edad Moderna, cuando se difundió aún más su uso como medicina o unguento. En su libro *A través del Egipto*, Toda dedica varias páginas a recordar el empleo de la llamada “droga de momia” por la farmacopea europea durante los siglos XVI a XVIII, lo que contribuyó por

²⁸ Op.cit., 382-384.

²⁹ Op. cit., pp. 385-386.



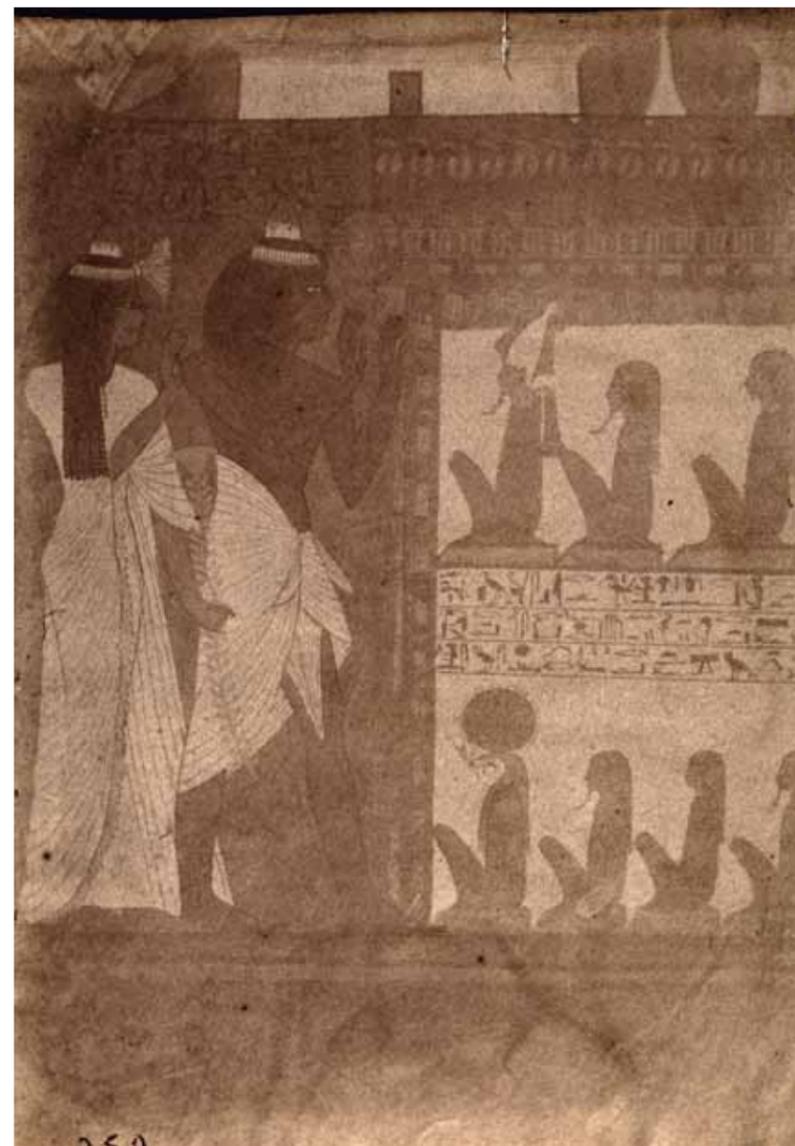
◆ La momia de un niño, o niña, llamada Nesi, donada por Eduard Toda a la Biblioteca Museo Víctor Balaguer en Vilanova i la Geltrú.

entonces al comercio indiscriminado de momias egipcias e incluso a su falsificación para nutrir un lucrativo mercado. España no fue ajena a esa moda, como recordaba el propio Toda, y algunos de los más eminentes boticarios y químicos de la época la recogieron en sus escritos. Tal fue el caso de uno de los padres de la química farmacéutica en nuestro país, Félix Palacios, quien reservó un capítulo a la llamada *Mumia* en su *Palestra farmacéutica, quimicogalenica* (edición de la imprenta de Juan García Infanzón, 1737). En este texto distinguía entre las llamadas “mumias legítimas”, que eran las embalsamadas por los antiguos egipcios y eran extraídas de los antiguos sepulcros en los alrededores del Gran Cairo, *“y las momias que nosotros gastamos que, según los más verídicos autores, no son otra cosa que los cuerpos muertos que los judíos, y otros comerciantes de Alejandría de Egipto, recogen sin reparar que hayan muerto de peste u otra cualquiera enfermedad, les quitan las entrañas, y los sesos y les llenan las cavidades de polvos de mirra, azivar, caballuno, bitumen de Judea, pez negra, y otras drogas de poco precio, e invendibles, los rodean o envuelven en arpilleras empapadas de trementina y demás ingredientes, después los secan al fuego, hasta que se haya consumido toda la humedad, los guardan, y venden por verdaderas momias³⁰.”*

³⁰ Op. cit., pp. 256-257.



◆ Tumba de Sennedjem: detalle central del mural norte, febrero de 1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú. Según relata Toda al referir las costumbres funerarias egipcias: los muros de los sepulcros están perfectamente decorados con pinturas representando escenas de la vida en la tierra o en el cielo, y a menudo el juicio a que se sujeta el alma en la eternidad. El último descubrimiento de estas pinturas murales egipcias, fue hecho en febrero de 1886 por la misión arqueológica de la que yo formaba parte, en la necrópolis de Tebas, y consistió en las de la tumba del sacerdote Sennedjem (NB: a quien Toda llama Som Notém), guardián de los hipogeos del vecino Valle de los Reyes³¹.



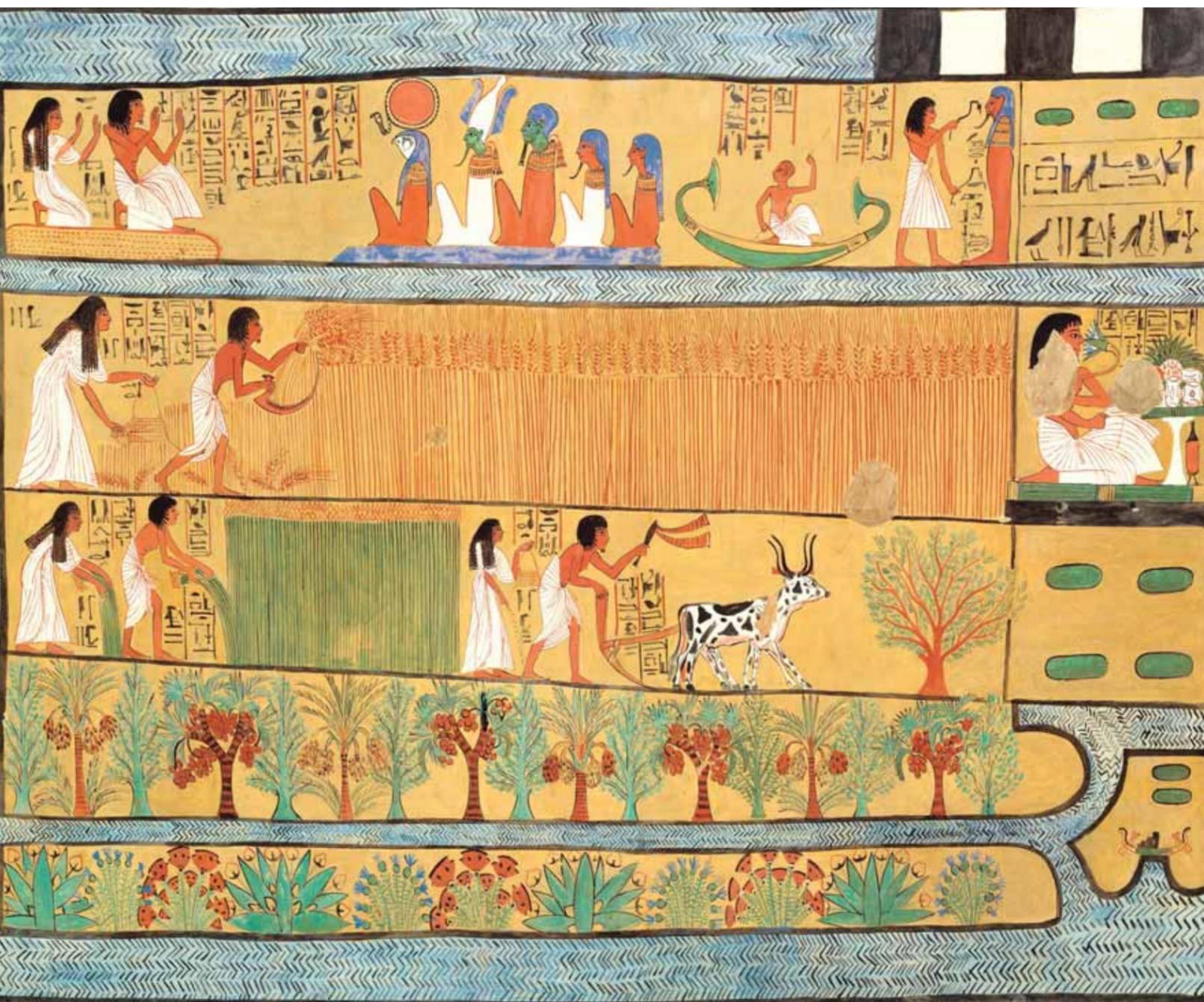
◆ Tumba de Sennedjem: el artesano con su esposa, febrero de 1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



◆ Tumba de Sennedjem: detalle central de la pared oeste, febrero de 1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

Fue el temor a que las momias del artesano y de su familia fueran robadas junto con el ajuar descubierto en la tumba lo que motivó que Toda y sus compañeros procedieran al rápido vaciado del lugar y a embarcar su contenido en el *Bulaq*. Durante los tres días que duró la operación, el diplomático y arqueólogo amateur tuvo ocasión de asistir en la toma de fotografías y, con la ayuda de sus amigos especialistas, calcó

e interpretó los detalles y el significado de las pinturas murales para su posterior divulgación, deteniéndose ante todo en la espectacular representación de los Campos de Iaru, el paraíso donde moraba Osiris y a donde iban las almas de los justos tras culminar una peligrosa travesía en la que contaban como guía con el llamado *Libro de los muertos*.



◆ La espectacular escena de los Campos de Iaru, hallada en la Tumba de Sennedjem.

“Una de las paredes del sepulcro, la que corresponde al Este, se halla dividida en seis cuadros horizontales. Representan estos cuadros la región inferior del cielo tal como los egipcios que morían en gracia de los Dioses pensaban habitarla, y por tanto, reproducen los que ellos llamaban campos de Iaru, que eran los mismos de Egipto, con escenas rústicas idénticas a las que los habitantes del país estaban acostumbrados a ver todos los días.

El celeste Nilo rodea el cuadro formando un marco con sus aguas. En la parte superior, flota encima de ellas la barca del sol, en cuyo centro está sentado Ra, con cara de gavilán, en la cabeza la diadema del disco solar ceñido por la serpiente ureus, que sólo engalana reyes y dioses, y en la mano el collar de la vida, que perpetúa la de los bienaventurados en la gloria. A la derecha del disco hay esta inscripción relativa a los atributos del sol:

Palabras de Ra Horemakhet, Atum, Señor de las Dos Tierras de Iunu³¹.”

Además de las momias y los murales, en la tumba de Sennedjem fueron hallados objetos típicos que acompañaban a los difuntos en su tránsito a la otra vida. Entre ellos, recipientes para las ofrendas, estatuas de Osiris, modelos a escala de barcos para surcar el Nilo celeste, amuletos con exorcismos y encantamientos, máscaras y, sobre todo, pequeñas figuras llamadas *ushebtis*, que representaban a sirvientes que habrían de asistir o sustituir al difunto en las labores que hubiera de ejecutar en el otro mundo. Muchas de esas piezas fueron también embarcadas en el *Bulaq*, junto con otras exhumadas durante el resto del viaje. De acuerdo con las normas del Servicio de Antigüedades, mientras la mayor parte de los hallazgos se quedaron en Egipto, otra parte fue destinada a su venta para seguir financiando otras excavaciones. Antes del viaje de inspección, Toda ya había comenzado a formar una colección de antigüedades egipcias durante el transcurso de distintas excursiones realizadas desde El Cairo a Guiza, Saqqara o Heliópolis, así que vio una oportunidad de oro para acrecentarla con varias compras a las que sumó fotografías, propias o adquiridas a profesionales, y calcos de relieves. Por lo que se sabe, a su retorno a España toda su colección egipológica la dividió en dos lotes: uno para ser vendido al Museo Arqueológico Nacional,

³¹ Op. cit., p.273.

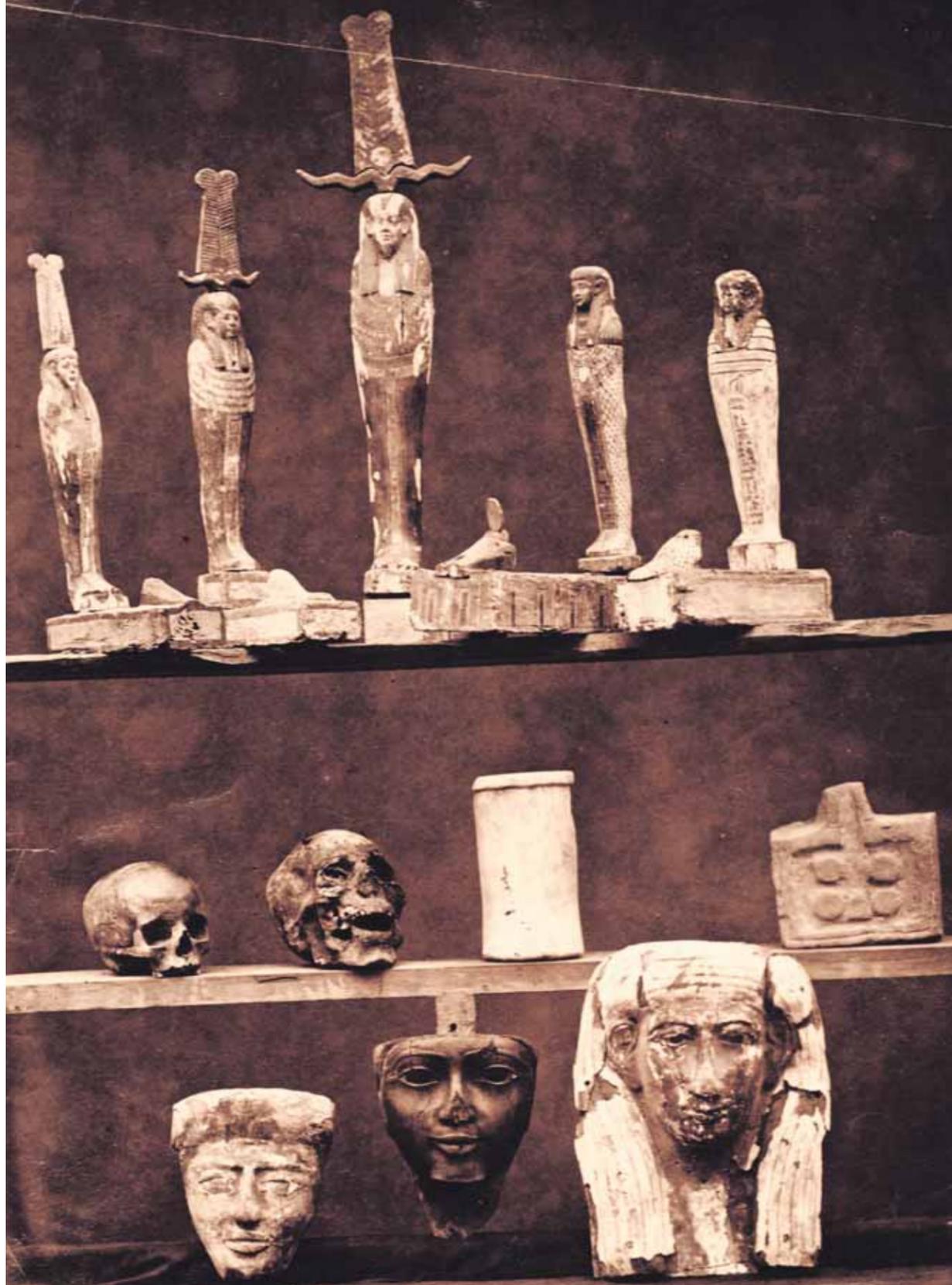


◆ El diplomático español a bordo del *Bulaq* mostrando algunas antigüedades egipcias. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

◆ Piezas de divinidades en bronce. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



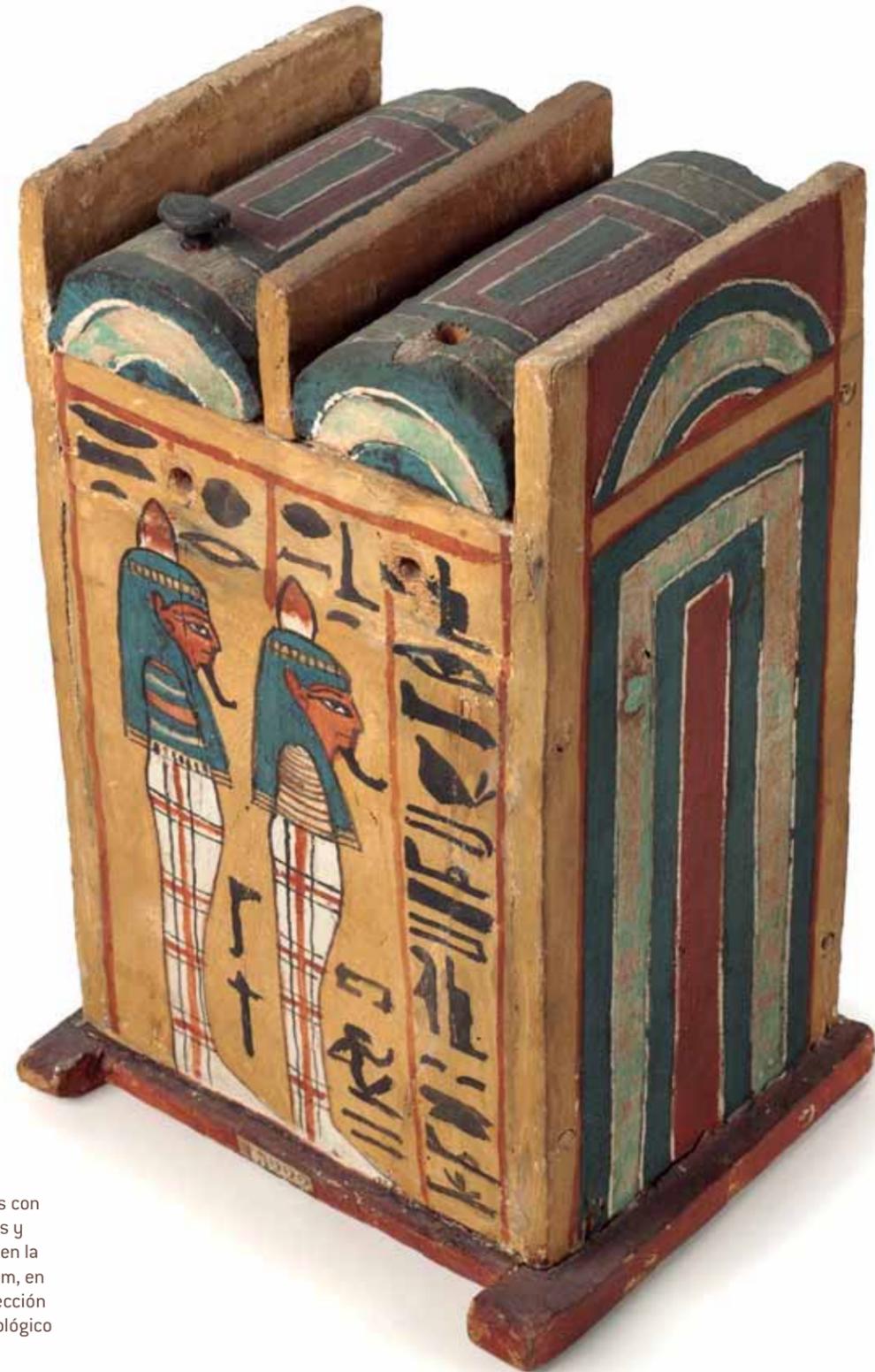
en cuyos archivos se conservan los documentos relativos a la transacción, y otro para ser donado a la Biblioteca-Museo fundada por su buen amigo Víctor Balaguer. Fue, en su momento, y hasta la llegada de nuevas remesas de antigüedades egipcias a partir de los años sesenta del pasado siglo, la mayor aportación de piezas arqueológicas procedentes del país del Nilo realizada a los museos españoles. Tenemos un testimonio gráfico del contenido de la colección formada por Toda antes de su división gracias a una serie de fotografías que fueron tomadas muy probablemente por personal de la Biblioteca-Museo y agrupadas según la naturaleza de los objetos retratados. Las piezas que pasaron al Museo Arqueológico Nacional se encuentran, a su vez, perfectamente catalogadas y fotografiadas y algunas de ellas se pueden contemplar en las salas consagradas a Egipto, Nubia y Oriente Próximo.



◆ Máscaras, cráneos y piezas diversas. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



◆ Piezas diversas. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.



◆ Caja de Ushebtis con figuras momiformes y jeroglíficos hallada en la tumba de Sennedjem, en Deir el-Medina. Colección Toda, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

Tras el descubrimiento de la tumba de Sennedjem, el viaje de inspección en que participaba Toda prosiguió remontando el Nilo y deteniéndose en diversas poblaciones para visitar sus monumentos: Esna, donde se alzaban las ruinas de un templo ptolemaico; El Kab, famosa por sus fortificaciones; Edfú, donde acamparon las tropas francesas durante la campaña napoleónica y donde Maspero había encontrado algunos meses antes una necrópolis tardía; Gebel Silsileh, de cuyas canteras salió la piedra que sirvió para construir numerosos templos y palacios faraónicos; Kom-Ombos, donde apenas se detuvieron ante el deplorable estado de las ruinas y, finalmente, Asuán, donde terminó el periplo. En esta última ciudad, Toda advirtió nada más llegar la concentración de las tropas británicas que participaban, al otro lado de la frontera, en las campañas del Sudán, que por entonces formaba parte del Imperio otomano como provincia dependiente del Jedivato egipcio. Como todo buen aficionado al cine de aventuras recordará, en 1884 había tenido lugar el dramático sitio de Jartum, defendido por el general Gordon ante las tropas del Mahdi, un líder mesiánico que lanzó contra la presencia extranjera una *Jihad*, o guerra santa, y pretendía formar un califato entre los Nilos Blanco y Azul. En la película de 1966, titulada precisamente *Jartum* y protagonizada por Charlton Heston, se presenta al general Gordon como un tipo desmesurado, una mezcla de monje y guerrero en quien la ciega determinación y una vena mística podrían confundirse con el fanatismo atribuido a su enemigo, representado por un irreconocible Laurence Olivier, tocado con turbante y ennegrecida la piel como si hubiera sido recubierta con betún. En la realidad, como también apunta la película, Gordon fue un peón sacrificado en las querellas políticas entre el gobierno y la oposición británicos. Su drama se desarrolló con la ineluctabilidad de una tragedia griega. Teóricamente bajo el control del Jedive egipcio, las tribus de Kordofán, Darfur y Sudán se habían rebelado en 1883 contra el poder lejano de El Cairo. Subestimándolas, el gobierno caiota, incitado desde Londres, envió varios ejércitos árabes comandados por oficiales británicos en la confianza de que la campaña sería breve. Fue un fatal error de cálculo, pues uno tras otro los ejércitos anglo-egipcios, reclutados entre *fellahs* mal entrenados y peor pertrechados, fueron aniquilados. El gobierno liberal británico, presidido por Gladstone, pensó en abandonar Sudán, pero la opinión pública, incitada por la prensa sensacionalista y los círculos imperialistas liderados por el general Wolseley, clamó en contra de la retirada. El gobierno comenzó entonces a ceder, y el propio Wolseley propuso que su amigo, el general Charles George Gordon, fuera envia-



◆ Máscara funeraria policromada. Baja Época (664 a.C.-342 a.C.). Colección Toda, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

do en misión a Sudán para explorar la situación, aunque su objetivo último era forzar una nueva intervención militar por la fuerza de los hechos. Gordon, cuyo temperamento mercurial era bien conocido, podría ser el personaje adecuado para ejecutar esa jugada. En el momento de alcanzar la crisis sudanesa su punto álgido, ya era un militar de valor reconocido, curtido en la Guerra de Crimea y en la rebelión Taiping contra el orden imperial en China. En este último conflicto, al que acudió como una mezcla de mercenario y agente oficioso británico, Gordon, apodado desde entonces “el chino”, consiguió una serie de victorias que permitieron la continuidad de la dinastía Qing, la última que habría de reinar en el Imperio del Centro. Ascendido y condecorado, en 1874 pasó al servicio del Jefe egipcio, Ismail Pachá, como gobernador de Sudán con la misión, impuesta desde Londres, de acabar con la trata de esclavos, pero pronto se enemistó con sus superiores,

frustrado por la imposibilidad de alcanzar su objetivo, y abandonó su cargo. Tras un periplo que le llevó a la India, Sudáfrica y Palestina en una variedad de funciones, fue mientras estaba de regreso en Gran Bretaña para un reposo temporal, cuando recibió la llamada de Gladstone ofreciéndole retornar a Sudán a inicios de 1884 al frente de una pequeña fuerza con el simple fin de mostrar la bandera y organizar la repatriación a Egipto de la población contraria al Mahdi. Con esta iniciativa, el premier británico pensaba apaciguar a la belicosa opinión pública y enviar una advertencia a los yihadistas, pero sin involucrarse en una nueva guerra. Fue un nuevo error de cálculo, pues, al poco de retornar a Egipto para desde allí dirigirse a Sudán, Gordon demostró que no estaba dispuesto a seguir dócilmente las instrucciones políticas. Su misión, para la que se consideraba llamado por una suerte de voz providencial, era derrotar a las fuerzas del



◆ Cartonaje de momia procedente de Luxor. Tercer Periodo Intermedio (664 a.C.- 525 a.C.). Colección Toda, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.



◆ Estela de Iutzasus, Asuán. Dinastía XXXI (340 a.C.- 285 a.C.). Colección Toda, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

mal encarnadas en el Mahdi y demostrar que nadie podía enfrentarse impunemente al poderoso Imperio británico. Como carecía de fuerzas suficientes para luchar en campo abierto, vio su única esperanza en encerrarse en Jartum y convertir la capital de Sudán en una fortaleza inexpugnable hasta la llegada de refuerzos que Londres, relucante, se vería forzado a enviar si no quería mostrar debilidad y verse humillado ante el resto de las potencias con las que competía por el dominio de África.

La arriesgada apuesta terminó funcionando, pero demasiado tarde. Aunque durante casi un año Gordon pudo defender Jartum, la exhausta ciudad cayó en enero de 1885 y su población fue masacrada antes de que llegara la fuerza de socorro británica, comandada por el belicoso general Wolseley. En una escena inmortalizada en la pintura y en el cine, el propio general Gordon cayó defendiendo valerosamente sus últimas posiciones. Su cabeza fue cortada y exhibida en una pica, aunque la leyenda dice que el Mahdi había pedido a sus hombres que no mataran a un enemigo a quien habría llegado a admirar.

Así pues, cuando Eduard Toda llegó a Asuán, a principios de 1886, hacía un año desde la muerte de un personaje a quien definió certeramente como una síntesis de *filósofo platónico, religioso exaltado y hombre de proyectos descabellados e ideas extrañas*. Aunque las tropas



◆ Fortificación inglesa cerca del Nilo, circa 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

del general Wolseley consiguieron tomar Jartum en el invierno de 1885, cuando lo hicieron solo se encontraron una ciudad en ruinas, llena de cadáveres y abandonada por las tropas del Mahdi, quien había decidido no dar batalla contra los recién llegados esperando a que se agotaran sus víveres y sufrieran los efectos del devastador verano en el desierto. Así las cosas, los británicos optaron por retornar a sus bases en el Alto Egipto, dejando Sudán para mejor ocasión. Esta llegaría más de una década más tarde, el 2 de septiembre de 1898, cuando un nuevo ejército anglo-egipcio comandado por el general Kirtchener, y del que formaba parte un joven Winston Churchill, venció a los seguidores del Mahdi en la batalla de Omdurmán. La determinación británica para perseverar en Egipto y en el Sudán, a pesar de todos los contratiempos sufridos, fue correctamente anticipada por Toda en las últimas páginas del libro que venimos glosando. En ellas, tras considerar el interés que en el destino de aquel país sin duda tenían otras naciones europeas, sobre todo Francia e Italia, y reconocer que tanto París como Roma habían conseguido situar a algunos de sus connacionales en los engranajes del gobierno, la administración y las finanzas jefivales, el diplomático español concluía que finalmente sería Gran Bretaña la potencia que se impondría sobre sus rivales y ello tanto por su voluntad de preservar su estatus de *primus inter pares* entre las grandes potencias, como, sobre todo, por el deseo de controlar el Canal de Suez como llave para regular la principal vía de comunicación marítima hacia la India e impedir que fuera cerrado por una potencia hostil. Fue por ello, recuerda nuestro diplomático, que, tras haberse opuesto en principio a la construcción del Canal e intentar sabotear económicamente a la compañía de Ferdinand de Lesseps, al comprobar que el proyecto seguía adelante, lo que hizo Londres fue comprar las acciones del propio jedive Ismael cuando este, lleno de deudas, se vio obligado a ponerlas en el mercado en 1875. Posteriormente, aprovechando la revuelta nacionalista de Urabi Pachá y el bombardeo de Alejandría en 1882, Gran Bretaña avanzó en su hegemonía sobre Egipto y el Canal en detrimento de Francia, llegando finalmente a imponer la Convención de Constantinopla, en octubre de 1888, por la que se acordaba internacionalmente el libre paso por el Canal tanto en tiempo de paz como de guerra, se desmilitarizaba un área de tres millas en su alrededor y se prohibía su bloqueo. Y así seguiría siendo hasta su nacionalización por Gamal Abdel Nasser en 1956.

Las consideraciones de Toda sobre la política internacional en el Mediterráneo oriental al final de su viaje no le hicieron olvidar su afición a la arqueología. Pese a que Asuán,



◆ Navegación por el canal de Suez, *circa* 1885-1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

antaño una villa próspera, sufría las consecuencias de la guerra en Sudán y se había convertido en un gigantesco acuartelamiento militar, en sus cercanías había suficientes vestigios del pasado como para merecer la atención del Servicio de Antigüedades. Justo poco antes de llegar sus miembros a la ciudad, en un monte cercano había sido descubierta una necrópolis en la que se hallaron varias tumbas. Una de ellas, que Toda pudo identificar, era la de Sarenput I, gobernador de la región bajo el reinado de Sesostri I, durante la Dinastía XII. Desde allí, Toda realizó una excursión a la isla de Elephantina, que le decepcionó por su desolación; exploró la primera catarata del Nilo, y, finalmente, admiró los templos de la isla de Filé consagrados a Isis. Aquel fue el último reducto donde se había mantenido, hasta la época de Justiniano, el culto a las ancestrales divinidades egipcias, cuya memoria, quería pensar nuestro compatriota, todavía era preservada en



◆ Mammisi en la isla de Filé, febrero 1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

el inconsciente colectivo del Egipto que tanto amó, que tanto le ofreció y cuyo antiguo esplendor se empeñó en descifrar y mostrar a sus compatriotas.

Apremiado por sus obligaciones oficiales, Toda tuvo que interrumpir su viaje por el Alto Egipto y retornar a España en marzo de 1886. A su regreso y antes de partir a otros destinos, Eduard Toda siguió interesado en la Egiptología. Así lo demuestra su proyecto de publicar los llamados *Estudios Egiptológicos*, de los cuales llegaría a escribir tres monografías: *Sesostris*; *La muerte en el Antiguo Egipto* y *Son Notem en Tebas: inventario y textos de un sepulcro egipcio de la XX Dinastía*, publicados en Madrid entre 1896 y 1897. Ofreció, asimismo, el 16 de mayo de 1886 la conferencia inaugural de la Colección Egipcia de la recién creada Biblioteca-Museo Balaguer, en Vilanova i la Geltrú, de la cual elaboró



◆ Templo de Isis en la isla de Filé, febrero de 1886. Colección Eduard Toda en la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú.

su catálogo, y en 1889 imprimió en Madrid un estudio sobre *Las momias reales de Bulaq*. Toda esta actividad estaba dirigida a crear en España una escuela de Egiptología a la altura de las que ya existían en Francia y Gran Bretaña. Las circunstancias del país no lo permitieron en lo inmediato, pese a la llamada de atención de nuestro protagonista en la mencionada conferencia inaugural, en la que exclamó, intentando excitar el orgullo de sus compatriotas: *no permanezcamos tan atrasados en el estudio de la ciencia egiptológica. En siglos pasados nuestro espíritu investigador traspasó las fronteras de la patria y acometimos grandes empresas. Hoy, por desgracia, nuestra visible decadencia casi nos ha reservado el último lugar de las naciones en la vía de los descubrimientos científicos, y trabajamos muy poco. ¡Quiera Dios que pronto veamos más extensos horizontes!*

Una de las últimas actividades relacionadas con la Egiptología que Toda realizó antes de que su inmensa curiosidad le llevara por otros derroteros, tuvo connotaciones casi detectivescas. El caso en el que estuvo involucrado le relacionó con las falsificaciones egipcias halladas en Tarragona y con la existencia de varias piezas de la misma civilización en el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. En el mencionado Gabinete habían entrado a mediados del siglo XIX tanto algunos ejemplares de las falsificaciones, todavía no reconocidas como tales, como varias piezas egipcias (varios papiros y un escarabeo) donadas a la docta institución por el barón prusiano Julius Rudolph Ottomar von

Minutoli. Es este un personaje poco conocido, pero que merece un breve excurso en el marco de esta historia. El barón de Minutoli era hijo de un prominente militar y egiptólogo cercano a la corte prusiana y es muy posible que las antigüedades donadas a la Real Academia fueran heredadas de su progenitor, quien había visitado Egipto años antes. Tras estudiar en Berlín, comenzó su carrera como prefecto de policía en la provincia, hoy polaca, de Posnanía. Ya bajo el reinado de Federico Guillermo IV, fue promovido a jefe de la policía berlinesa, puesto en el que tuvo que hacer frente a la frustrada revolución de 1848. De temperamento moderado, su actitud conciliadora ante los alzados le enemistó con el gobierno, por lo que fue depuesto y forzado a abandonar el servicio público. Años más tarde, ya condecorado con la Corte, se integró en la Carrera diplomática y fue enviado en 1851 como cónsul a España y, más tarde, en 1860, como Residente a Persia, donde falleció, probablemente de cólera. Durante todas estas vicisitudes, conservó la pasión heredada de su padre por la arqueología. Estando en España, le llamó la atención que poco antes de su llegada a nuestro país, en marzo de 1850, había tenido lugar el descubrimiento de varios fragmentos decorados de un supuesto sarcófago egipcio en el puerto de Tarragona, al que seguirían los hallazgos durante los siguientes años de varios restos de ánforas, estatuillas, columnas y capiteles egiptizantes. El prestigioso historiador y arqueólogo Buenaventura Hernández Sanahuja realizó un estudio sobre los mismos y envió algunas muestras a la Real Academia de la Historia, inclinándose por acreditar su autenticidad y afirmando que podrían tratarse de los restos de una colonia egipcia en España. En realidad, como más tarde se demostraría, se trataba de una falsificación, pues muchos de los caracteres identificados como jeroglíficos resultaron ser burdas invenciones o copias de signos ibéricos. Pero, por entonces, era todavía muy tenue el conocimiento que se tenía en España sobre la escritura egipcia y resultaba evidente el deseo por parte de ciertos historiadores patrios por realzar cualquier lazo que pudiera unir el pasado del país con las grandes civilizaciones antiguas. Así las cosas, la Real Academia de la Historia decidió publicar la noticia del hallazgo con reproducciones de las piezas recuperadas realizadas por Federico Kraus.

A no tardar, especialistas y aficionados nacionales y extranjeros comenzaron a terciar en el debate. Entre ellos, intervino el barón de Minutoli, quien sin dificultad advirtió que los fragmentos no eran egipcios, aunque los atribuyó a alguna otra civilización del Mediterráneo oriental; otros expertos, como los miembros de la Academia de Berlín o de la Universidad



◆ Reproducciones de los supuestos signos y dibujos egipcios hallados en Tarragona.



de Heidelberg, llegaron a la misma conclusión, considerando que, si no eran falsos, como pensaban, podrían tratarse de restos fenicios o tardo-romanos. Ante la controversia, la Real Academia de la Historia decidió enviar en 1852 a uno de sus académicos a Tarragona y hasta el escritor y anticuario Próspero Mérimée, quien residía por entonces en España, quiso ver las supuestas antigüedades egipcias que ya habían sido trasladadas a Madrid y tanto revuelo estaban provocando. Su conclusión fue similar a la de los expertos alemanes, es decir, como mucho podrían ser restos romanos, pero no egipcios, y mostrar quizá una extraña mezcla de cosmogonías gnósticas. Sanahuja, sin embargo, ya desde su nuevo puesto de Inspector de Antigüedades de las Provincias de Cataluña y Valencia, siguió perseverando en su hipótesis de que había existido una colonia egipcia en España hasta que, quizá fatigado y ya



◆ Sarcófagos pertenecientes a los sacerdotes Pairusekher [derecha] y Ankhfenkhonsu, de la Dinastía XXI [1076 a.C.-943 a.C.]. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

arrepentido de su apreciación inicial, fue abandonando el tema para concentrarse en la arqueología romana y medieval. En 1860, el eminente epigrafista alemán Emil Hübner, amigo de Eduardo Saavedra y Juan de Dios de la Rada y especialista en la Península Ibérica, tuvo ocasión de examinar las piezas halladas por Sanahuja y llegó a la conclusión, publicada en 1862, de que eran una palmaria falsificación. Las dudas, sin embargo, persistirían durante un par de décadas y el Gabinete de la Real Academia de la Historia siguió conservando varios fragmentos tarraconenses de posible origen egipcio. Fue en 1887 cuando, deseando cerrar el expediente, le fue encargado a Eduard Toda, quien acababa de regresar desde Egipto el año anterior, el examen de los mismos, junto con otras piezas de origen “oriental” que se encontraban en posesión de la institución procedentes de distintas fuentes. En el informe que emitió al respecto, nunca publicado, Toda aseveró que varias de las piezas investigadas eran en realidad asirias; algunas podrían haberse realizado en zona bajo influencia egipcia, pero no podía certificarlo, y, por último, se refiere a otra, quizá uno de los fragmentos hallados en Tarragona, cuyos signos eran ilegibles por ser demasiado toscos y sus símbolos incomprensibles. El misterio por tanto permaneció parcialmente irresuelto, o así lo parecía hasta que, en 1907, la Real Academia de la Historia decidió ceder las piezas “egiptizantes” al Museo Arqueológico Nacional y allí ya aparecen catalogadas como falsas sin atisbo de duda. Otra cosa era determinar quién o quiénes estuvieron detrás de la falsificación, pero para ello hubiera sido necesario contar con el talento no solo arqueológico, sino detectivesco, de la misma Agatha Christie.

Afortunadamente, tras el fiasco de las falsificaciones, las colecciones egipcias en España fueron acrecentadas con una inesperada donación del gobierno egipcio tras el descubrimiento, en Deir el-Bahari, en enero de 1891, de un segundo escondrijo real, o segunda *cachette*, por el mismo personaje, Abd-el-Rassoul Ahmed, que había hallado el primero dos décadas antes. Esta vez, la tumba desveló la presencia de ciento sesenta momias, ciento seis de entre ellas recubiertas por sarcófagos, de sacerdotes consagrados al culto de Amón, junto con una gran cantidad de objetos funerarios diversos. Por razones de prestigio, Egipto decidió en 1893 ceder a diversos museos una parte del hallazgo, dividiéndolo en lotes a tal efecto. Al Museo Arqueológico Nacional le tocó uno de ellos, compuesto por cinco sarcófagos, cajas mortuorias y decenas de ushebtis, que llegaron a Madrid en 1895 y algunos de los cuales hoy se exponen al público en sus renovadas salas.



◆ El templo de Debod en su emplazamiento original, *circa* 1862.

En cuanto a la semilla plantada por Eduard Toda, quien terminó sus días de retorno a su Cataluña natal empeñado en la restauración del Real Monasterio de Poblet, tardó en fructificar más de medio siglo. Ciertamente es que el estudio académico de la Egiptología contó en nuestro país con un pequeño número de entusiastas cultivadores en la primera mitad del siglo XX, pero la arqueología de campo tardaría hasta la década de los sesenta en retornar a las tierras del Nilo. Cuando lo hizo, la diplomacia también tuvo mucho que ver, pues el renacer de la Egiptología española se produjo en el contexto de la crisis geopolítica provocada por la nacionalización del Canal de Suez en julio de 1956 y la subsiguiente intervención para revertir aquella decisión por parte de Gran Bretaña, Francia e Israel, que resultaría políticamente desastrosa para sus promotores. Poco después de concluir el conflicto, y reforzado en su posición de líder del panarabismo, Nasser decidió seguir adelante con la construcción de la segunda presa de Asuán, necesaria para la industrialización del país. Dado que el proyecto anegaría buena parte de la Baja Nubia, donde existía una gran concentración de restos arqueológicos, el gobierno egipcio solicitó ayuda a la UNESCO para montar una expedición de rescate de los que pudieran ser salvados. Al llamamiento acudió, entre otros, el gobierno español. Se trataba de una decisión coherente con una política exterior que buscaba en la amistad con el mundo árabe compensar el rechazo de

la comunidad euro-atlántica para que la dictadura franquista se integrara en sus estructuras de seguridad y económicas. Fue así como, en 1960, se creó el Comité Español para el Salvamento de los Tesoros Arqueológicos de Nubia, bajo la supervisión de Martín Almagro Bosch, entonces director del Museo Arqueológico Nacional y especialista en la prehistoria del Sahara, y bajo la presidencia del entonces ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo. La campaña española, pese a la falta de una gran tradición en nuestro país en la arqueología fuera de nuestras fronteras, duró seis años y fue un éxito que permitió iniciar la formación de nuevas generaciones de egiptólogos españoles. No solo eso se consiguió. Retomando la política de donaciones de finales del siglo XIX, de la que se había beneficiado modestamente nuestro país, el gobierno egipcio decidió ceder a los participantes en la campaña de salvamento buena parte del material arqueológico recuperado. En el caso de España, a los hallazgos realizados en la Baja Nubia, que hoy forman parte de las colecciones del MAN, se sumó la concesión de nuevos permisos a equipos españoles para excavar en yacimientos de la magnitud de los todavía activos en Heracleópolis Magna y el espléndido regalo de un entero templo, el de Debod, trasladado pieza a pieza y reconstruido en su actual emplazamiento en la Montaña del Príncipe Pío de Madrid. Cabe concluir este ensayo recordando que el templo de Debod se encontraba originariamente a unos escasos kilómetros de la isla de Filé, donde Toda terminó su viaje hacia el corazón del antiguo Egipto. De vivir hoy, sin duda le llenaría de satisfacción comprobar que el viejo Egipto todavía late con fuerza en el corazón de España.



◆ El Templo de Debod en Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

- Apell, Claude, *Quince aventuras de la arqueología*. Bilbao: Editorial Fher, 1971.
- Assmann, Jan, *Death and Salvation in Ancient Egypt*. Ithaca: Cornell University Press, 2014.
- Balbín de Unquera, Antonio, *Arqueología egipcia*. Madrid: Gómez Fuentenebro Impresor, 1865.
- Belzoni, Giovanni Battista, *Narrative of the Operations and Recent Discoveries within the Pyramids, Temples, Tombs and Excavations, in Egypt and Nubia*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.
- Bernal de O'Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente: en Egipto*, con carta prólogo de R. Mesonero Romanos. Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1876.
- Ceram, C.W., *Dioses, tumbas y sabios. La novela de la arqueología*. Barcelona: Destino, 1963.
- Christie, Agatha, *Ven y dime cómo vives*. Barcelona: Tusquets Editores, 2008.
- Córdoba Zoilo, Joaquín María, "Del Eufrates y el Tigris a las montañas de Omán. Algunas observaciones sobre viajes, aventuras e investigaciones españolas en Oriente Próximo". *Arbor*. CLXI, pp. 635-636, 441-463. Nov. dic. 1998.
- Córdoba Zoilo, Joaquín María y Pérez Die, Carmen, *The Spanish Near Eastern Adventure (1166-2006)*. Madrid: Ministerio de Cultura, 2006.
- Córdoba Zoilo, Joaquín María, "Rivadeneira en Dizful. Notas sobre un óleo dedicado a la aventura española en Oriente". *Espacio, Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, t. 24, 2011, pp. 633-650.
- De La Vega, Eduardo Martínez. "D. Pedro Franco Dávila: Un Sabio Naturalista Guayaquileño." *Revista De Historia De América*, no. 102, 1986, pp. 125–141.
- Denon, Vivant, *Voyage dans la Basse et la Haute Egypte: pendant les campagnes du Général Bonaparte*. París: Pygmalion, 1999.
- Dieulafoy, Jane, *La Perse, La Chaldée et La Susiane*. París: Hachette, 2018.
- Escribano Martín, Fernando, "Adolfo Rivadeneira, un diplomático español al servicio del estudio y del viaje por Oriente". *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 789-804.
- Fagan, Brian M. (editor), *The Oxford Companion to Archaeology*. Oxford: Oxford University Press, 1996.
- Fernández Duro, Cesáreo, "Comentarios de D. García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del Rey de España D. Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 44 (1904), pp. 271-276.
- Forbin, Louis Philippe Nicolas Auguste de, *Voyage dans le Levant en 1817 et 1818*. Turín: Alliana, 1830.
- García i Marrasé, Neus-Elisabeth, *La huella de Osiris en tiempos de Felipe II. La recepción del mito egipcio en la Monarquía hispánica de la segunda mitad del siglo XVI*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona, 2019. Accesible en línea.
- Ginés Blasi, Mónica, "Eduard Toda i Güell: From Vice-Consul of Spain in China to the Renaixença in Barcelona (1871-84)". *Entremons. UPF Journal of World History*. Universitat Pompeu Fabra, Barcelona. Número 5 (Juny 2013).
- González Alcantud, José Antonio. *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Consejería de Cultura. Junta de Andalucía, 2006.
- Gozálbos Cravioto, Enrique, "Visita a las pirámides de Egipto de un erudito renacentista: Mártir de Anglería". *Asociación Española de Orientalistas*, XXXIX (2003), pp. 79-87.
- Ivanoff, Pierre, *En el país de los mayas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1974.
- Kavanagh, Alfred G., *Irán por dentro. La otra historia*. Palma: José J. de Olañeta Editor, 2010.
- Kramer, Samuel Noah, *La historia empieza en Sumer*. Barcelona: Aymá, 1978.

- Lama de la Cruz, Víctor, *Relatos de viajes por Egipto de la época de los Reyes Católicos*. Madrid: Miraguano Ediciones, 2013.
- Latour, Antonio de, *Voyage de S. A. R. Monseigneur le duc de Montpensier a Tunis en Egypte, en Turquie et en Grece: Lettres*. París: Arthus Bertrand Libraire-Editeur, 1847.
- Layard, Austen Henry, *A Second Series of the Monuments of Nineveh*. Londres: John Murray, 1853.
- Layard, Austen Henry, *Niniveh and its Remains*. Guilford: Lyons Press, 2001.
- Litvak, Lily, *Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneira (1874-75)*. Barcelona: Ediciones del Serval, 1987.
- López Grande, María J. "El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo". *CuPAUAM* 30, 2004, pp. 225-239.
- Mañé Rodríguez, Montserrat, "Don Juan Víctor Abargues de Sostén y la presencia española en el Mar Rojo y Abisinia a finales del siglo XIX". *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 825-842.
- Martínez Montes, Luis Francisco, *Historias del Mundo. La gran aventura de la diplomacia española*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, 2019.
- Mártir de Anglería, Pedro, *Una Embajada de los Reyes Católicos a Egipto*, (según la Legatio Babylonica y el Opus Epistolarum). Traducción, prólogo y notas de Luis García y García de Castro. Valladolid: CSIC/Instituto Jerónimo Zurita, 1947.
- Marcos Alonso, Carmen y Pons Mellado, Esther, "Sobre las falsificaciones egipcias de Tarragona a mediados del siglo XIX". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, Tomo XIV, 1996, pp. 157-177.
- Marcos Pous, Alejandro, *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1993.
- Maspero, Gaston, *Lettres d'Égypte. Correspondance avec Louise Maspero (1883-1914)*. París: Seuil, 2003.
- Molinero Polo, Miguel Ángel, "Eduard Toda i Güell en Egipto (1884-1886)". *Aula Orientalis* 35/2 (2017), pp. 291-318.
- Molinero Polo, Miguel Ángel y Rodríguez Valls, Andrea, "El viaje de inspección anual al Alto Egipto de 1886 y el fondo fotográfico Toda de la Biblioteca Museu Víctor Balaguer", en A. Carretero Pérez, C. Papí Rodes, G. Ruiz Zapatero (eds.), *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Arqueología / IV Jornadas de Historiografía SEHA-MAN Arqueología de los Museos: 150 años de la creación del Museo Arqueológico Nacional*, 21-23 de marzo de 2017, Madrid.
- Morales Lezcano, Víctor, *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*. Madrid: Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe/ UNED, 1990.
- Murray Fagan, Brian, *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists, and Archaeologists in Egypt*. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1975.
- Papí Rodes, Concepción: "La creación del Museo Arqueológico Nacional: el Casino de la Reina, sus facultativos y sus fondos", *Pioneros de la Arqueología en España, del siglo XVI a 1912*. Zona Arqueológica, 2004, nº 3, pp. 389-398.
- Parra Ortiz, José Miguel, *La historia comienza en Egipto: eso ya existía en tiempos de los faraones*. Barcelona: Editorial Crítica, 2011.
- Parrot, André y Neuville, René, "Heurs et malheurs des Consuls de France à Jérusalem aux XVIIe, XVIIIe et XIXe siècles". *Syria*, t. 27, nos 3-4, 1950, pp. 373-374.
- Pascual González, José, "Don Juan de la Rada y Delgado y los expedicionarios de la fragata de guerra *Arapiles* en Tierra Santa". *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril), pp. 805-824.
- Paz Yanes, Claudia, "Don Tomás de Asensi: historia de una vida y de una colección". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional (Madrid)* XIII, 1995.

<p>• Pérez-Díe, María del Carmen, “Introducción”, en VV. AA. <i>120 años de Arqueología Española en Egipto</i>. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2009.</p>
<p>• Rada y Delgado, Juan de Dios de la, <i>Viaje a Oriente de la fragata Arapiles y de la Comisión científica que llevó a su bordo</i>. Barcelona: Emilio Oliver, 1876-1882.</p>
<p>• Richard, Yann, <i>L'Iran de 1800 à nos jours</i>. París: Éditions Flammarion, 2009.</p>
<p>• Rivadeneyra, Adolfo, <i>Viaje de Ceilán a Damasco</i>. Madrid: Editorial Miraguano, 2006.</p>
<p>• Rivadeneyra, Adolfo, <i>Viaje al interior de Persia</i>. Madrid: Editorial Aribau y Cª, 1880-1881. La edición original digitalizada puede consultarse en la Biblioteca Digital Hispánica. Existe una más reciente edición realizada por Fernando Escribano Martín y publicada en 2008 por la Editorial Miraguano.</p>
<p>• Robinson, Andrew, <i>Cracking the Egyptian Code: The Revolutionary Life of Jean-Francois Champollion</i>. Oxford: Oxford University Press, 2012.</p>
<p>• Rogan, Eugene, <i>The Arabs. A History</i>. Londres: Allen Lane, 2009.</p>
<p>• Saavedra, Eduardo, “Discurso en elogio de D. Adolfo Rivadeneyra”. Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, no. XII, pp. 495-513.</p>
<p>• Shelley, Percy Bysshe, <i>Ozymandías</i>. San Jose, CA: Hoopoe Books, 1999.</p>
<p>• Silva y Figueroa, García de, <i>Comentarios de don García de Silva que contienen su viaje a la India y de ella a Persia, cosas notables que vió en él y los sucesos de la embajada al Sophi</i>. El manuscrito, datado entre 1614-1624, puede consultarse en la Biblioteca Digital Hispánica. Una edición más moderna, titulada <i>Comentarios de don García de Silva y Figueroa de la Embajada que de parte del rey de España don Felipe III hizo al rey Xa Abas de Persia</i>, fue publicada en Madrid en los años 1903-1905 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles.</p>
<p>• Spar, Ira (editor), <i>Cuneiform Texts in The Metropolitan Museum of Art. Volume I: Tablets, Cones, and Bricks of the Third and Second Millennia B.C</i>. Nueva York: Metropolitan Museum of Art, 1988.</p>
<p>• Tafur, Pedro, <i>Andanças É Viajes De Pero Tafur Por Diversas Partes Del Mundo Avidos: (1435-1439)</i>. Madrid: Imprenta de M. Ginesta (editado por Marcos Jiménez de la Espada). Colección De Libros Españoles Raros o Curiosos, T. 8. Madrid, 1874.</p>
<p>• Toda i Güell, Eduard. <i>Annam and its Minor Currency</i>. Shanghai: Noronha & Sons, 1882.</p>
<p>• Toda i Güell, Eduard. <i>Historia de la China</i>. Madrid: El Progreso editorial, 1893.</p>
<p>• Toda i Güell, Eduard, <i>Son Notém en Tebas. Inventario y textos de un sepulcro egipcio de la XX Dinastía</i>. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1887.</p>
<p>• Toda i Güell, Eduard, <i>A través del Egipto</i>. Madrid: Ediciones del Viento, 2020. Se puede consultar el original, publicado en Madrid, en 1889, por la editorial El Progreso, en la Biblioteca Digital Hispánica.</p>
<p>• Valdés Pereiro, Carmen, “El Reverendo Padre Bonaventura Ubach, peregrino en Tierra Santa: el monje y su obra”. Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), pp. 893-911.</p>
<p>• Vercoutter, Jean, <i>À la recherche de l'Égypte oubliée</i>. París: Éditions Gallimard, 2007.</p>
<p>• Wilkinson, Toby, <i>The Rise and Fall of Ancient Egypt</i>. Londres: Bloomsbury Paperbacks, 2011.</p>
<p>• Woolley, Leonard, <i>Digging Up the Past</i>. Londres: Penguin, 1950.</p>

CRÉDITOS IMÁGENES

Pág.	Imagen	Crédito
6	Máscara de Madera	Museo Arqueológico Nacional Inv. 15245
10	Adolfo Rivadeneyra <p>Juan de Dios de la Rada</p> Eduard Toda con el uniforme reglamentario de vicecónsul español (1883).	La Ilustración Española y Americana 1882 por Arturo Carretero. <p>Museo Arqueológico Nacional, Madrid</p> Museo de Reus Salvador Vilaseca MR 13865
25	Ramsés II estatua-londres-inglaterra-british-museum	Creative Commons
30	Soldados asirios ascendiendo por una rampa para asaltar las murallas de Lachish. Museo Británico, Londres.	Creative Commons
37	El Estandarte de Ur	Creative Commons
95	Fragmento de inscripción con caracteres cuneiformes	Museo Arqueológico Nacional Inv. 16745. Foto Alberto Rivas Rodríguez
96	Bajorrelieve con guerreros asirios procedente de Nínive	Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia
97	El padre Ubach en su estudio	Instituto de Estudios Mediterráneos
110	Llegada a Dizful del gobernador de Luristán y Arabistán y del vicecónsul de España, de J.L. Pellicer	Depósito del Ministerio de Política Territorial y Función Pública en el Museo Arqueológico Nacional. Inv. DE2011/55/1. Foto: Raúl Fernández Ruiz
120	Eduard Toda ataviado con ropajes del antiguo Egipto en el Museo de Bulaq, El Cairo, circa 1885.	Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
123	Las esfinges del dromos que conducía al Serapeum de Saqqara. Museo del Louvre, París.	Creative Commons
135	Nectanebo I (380- 362 a.C), arrodillado, XXX Dinastía	Museo del Prado E000412
136	Isis e Imagen de Khonsu o de Montu	Museo del Prado D003834 y D003835
137	Proyecto de monumento, Francisco de Goya, 1808-1820.	Museo del Prado D004328
140 ^{izq.}	Pedro Franco Dávila, autor y fecha desconocidos.	Creative Commons
140 ^{der.}	Estatuilla de Isis	Museo Arqueológico Nacional Inv. 2129
141	Estatua de Harsomtusem-hat, XVI Dinastía.	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2014. Foto: Fernando Velasco Mora
141	Estatua del dios Amón. Período Tardío (siglos VI a III a.C.).	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2072.
144	Relieve con guerrero a caballo	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2745
145	Esculturas chipriotas. Cabezas masculinas	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2641 y 2649
146	Cabeza de soberano ptolemaico	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2015. Foto: Pablo Luis Viñuales
147	Estatuilla de Osiris, Época Tardía, siglos VIII a.C.	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2087
148	Escarabeo de la XXX Dinastía, reinado de Nectanebo II.	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 2338. Foto Pablo Linés Viñuales
152	Fellahs egipcios en las orillas del Nilo, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
154	Niña nubia, circa 1885-1886.	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
155	Mujer siria, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
	Mujer árabe, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
156	Plaza de los Cónsules, en el barrio europeo de Alejandría, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
161	Eduard Toda, compañía de varios miembros del Servicio de Antigüedades	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
162	Momia del artesano Sennedjem.	Egypt Forward
165	La momia de un niño, o niña, llamada Nesi	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
166-7	Tumba de Sennedjem:	Fondo Eduard Toda. Biblioteca Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
170	Eduard Toda a bordo del Bulaq	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
171	Piezas de divinidades en bronce	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
172	Máscaras, cráneos y piezas diversas	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
173	Piezas diversas	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
174	Caja para guardar Ushebti	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 15222. Foto Raúl Fernández Ruiz
176	Máscara	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 15244B
177	Cartonaje que reproduce un collar usekh	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 15230. Foto Ángel Martínez Levas
178	Estela funeraria	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 16014. Foto Ángel Martínez Levas
179	Fortificación inglesa cerca del Nilo, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
181	Navegación por el canal de Suez, circa 1885-1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
182	Mammisi en la isla de Filé, febrero 1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
183	Templo de Isis en la isla de Filé, febrero de 1886	Fondo Eduard Toda. Biblioteca-Museo Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú
186	Sarcófagos de los sacerdotes Pairusekher y Ankhfenkhonsu, de la Dinastía XXI (1076 a.C.-943 a.C.)	Museo Arqueológico Nacional. Inv. 18253 y 18256. Foto Gonzalo Cases Ortega
189	Templo de Debod en Madrid.	Freepeek

*El resto de imágenes que aparecen el el libro son de Dominio Público.



M A N

MUSEO
ARQUEOLÓGICO
NACIONAL



9 788495 265944 >